

UNIVERSIDAD NACIONAL  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO  
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE  
MAESTRÍA EN TRADUCCIÓN (INGLÉS-ESPAÑOL)

*The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia  
Nervosa*, de Helen Malson

La estructuración sintáctica y argumentativa en un experimento traductológico:  
un estudio de caso de simplificación

Traducción e Informe de Investigación

Trabajo de graduación para aspirar al grado de  
Magíster en Traducción  
(Inglés - Español)

Presentado por

Arleny Noelia Zamora Méndez

Cédula # 11314365

2012

NÓMINA DE PARTICIPANTES EN LA ACTIVIDAD FINAL  
DEL TRABAJO DE GRADUACIÓN

***The Thin Woman: Feminism, Post-structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nervosa*, de Helen Malson**

**La estructuración sintáctica y argumentativa en un experimento traductológico:  
un estudio de caso de simplificación**

Presentado por la sustentante

NOELIA ZAMORA MÉNDEZ

El día 10 de noviembre de 2012

PERSONAL ACADÉMICO CALIFICADOR

Dra. Judit Tomcsányi Major

Profesora Encargada

Seminario de Traductología III

.....

M.A. Francisco Javier Vargas Gómez

Profesor tutor

.....

M.A. Sherry Elaine Gapper Morrow

Coordinadora

Plan de Maestría en Traducción

.....

Noelia Zamora Méndez

Sustentante

.....

*La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico de la Maestría en Traducción Inglés–Español, de la Universidad Nacional.*

*Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni la traductora, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.*

*Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositario el traductor. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.*

## **Dedicatoria**

A mis padres, Idaly Méndez y Eliecer Zamora  
¡Jamás hubiese llegado hasta aquí sin ustedes!

## **Agradecimientos**

Agradezco a Dios por haberme bendecido con la fortaleza, el empeño y la perseverancia para culminar exitosamente esta etapa de mi vida académica y profesional.

A mi madre y mi padre, Idaly Méndez y Eliecer Zamora, por estar conmigo en todo momento, apoyarme, aconsejarme, guiarme en el camino y hacer posible que haya llegado hasta este punto en mis estudios. Miles gracias por haberme inculcado el amor por el estudio y las letras.

A mis hermanos, Yendry, Jeison y Wilmar, que siempre me han apoyado incondicionalmente y que me han motivado a seguir adelante.

A Allan Montero por su cariño, apoyo y motivación durante estos dos años.

A la profesora Judith por su guía y sus tan valiosas contribuciones hacia este trabajo. Sus perspectivas fueron un aporte de suma importancia para llegar al resultado de esta investigación. Su consejo me ayudó en los momentos más oportunos en este proceso y me impulsaron hasta el final.

Al profesor Francisco por sus valiosos aportes y sus anotaciones en el momento justo que ayudaron a dar nuevos puntos de vista en este proceso.

A la profesora Sherry por sus recomendaciones tan acertadas y su actitud positiva y motivadora durante esta investigación.

A Laura Vides por su apoyo y motivación en todo momento. Agradezco sus aportes y su paciencia para acompañarme en este camino.

## Resumen

El presente trabajo de graduación se realizó con base en la traducción y el informe de investigación de los capítulos 1 y 2 de la parte I y un fragmento del capítulo 3 de la parte II, del libro *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nerviosa* 1, de Helen Malson. La primera parte contiene la traducción del texto; luego se presenta el trabajo de investigación orientado al análisis de las estructuras sintácticas y argumentativas del texto original y a la discusión de las modificaciones, tendientes a la simplificación, que se realizaron a nivel sintáctico y argumentativo en el texto traducido, para evaluar si ese proceso resultó *funcional* o no para el producto final. En el análisis del texto original se utilizan ciertos parámetros de notación de la gramática generativa así como algunas de sus categorías básicas para la segmentación de las oraciones en constituyentes. La propuesta de esta investigación consiste en desmentir que la tendencia contemporánea de la simplificación sintáctica que se da en los textos en español debe ser vista como un método de traducción aplicable para todos los tipos de texto; por el contrario, se propone observar cuidadosamente su efecto en el texto meta.

**Descriptores:** traducción, sintaxis, simplificación, contemporánea, argumentación, coherencia y cohesión.

---

1 Malson, Helen. *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nervosa*. Londres y Nueva York: Routledge, 1998.

## Abstract

This graduation project was done based on the translation and research report of the chapters 1 and 2 of part I and a section of chapter 3 of part II from the book *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nervosa 2*, by Helen Malson. The first part consists of the translation of the book. Then, the research report is introduced. It is aimed first at analyzing the syntactic and argumentative structures of the original text and the discussion of the modifications based on simplification made at the syntactic and argumentative levels in the translated text to evaluate if it is functional or not for the target text. For the analysis of the original text, some parameters of generative grammar as well as some of its basic categories for the division of sentences were used. The proposal of this research consists of refuting the contemporary tendency of syntactic simplification present in texts written in Spanish should be considered a method for translating applicable to all kind of texts; in contrast, we suggest to analyze carefully the effects in the target text.

**Keywords:** translation, syntax, simplification, contemporary tendency, sociocultural phenomenon, functionalism, argumentation, coherence and cohesion.

---

2 Malson, Helen. *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nervosa*. Londres y Nueva York: Routledge, 1998.

## Índice general

Nómina .....	ii
Advertencia sobre derechos de autor .....	iii
Dedicatoria .....	iv
Agradecimientos .....	v
Resumen .....	vi
Abstract .....	vii
Índice general .....	viii
Traducción .....	1
Informe de investigación .....	71
Introducción .....	72
Capítulo I: Marco teórico .....	78
Introducción .....	78
Funcionalismo .....	79
Lingüística textual .....	81
Metodología de la gramática generativa .....	84
Capítulo II: Estructura sintáctica y estructura argumentativa en el texto	
Original .....	86
Introducción .....	86
El texto original: un texto argumentativo .....	86
Descripción y análisis de ejemplos del texto original .....	88



Conclusión preliminar.....	103
Capítulo III: Simplificación de oraciones y la estructura argumentativa en el texto	
Traducido .....	104
Introducción .....	104
La traducción: un texto “argumentativo” simplificado .....	105
Descripción y análisis de ejemplos del texto traducido .....	105
Conclusión preliminar .....	118
Conclusiones finales .....	119
Bibliografía .....	122
Apéndice: texto original .....	127

## Traducción

## Parte I

# HACIA UNA PERSPECTIVA POSESTRUCTURALISTA FEMINISTA

## TEORÍAS SOBRE LAS MUJERES

### El discurso acerca de género, subjetividad y personificación

Hemos planteado que si pretendemos comprender mejor el problema de la “anorexia”, es necesario profundizar en el ámbito de las dimensiones socio culturales y de género. Es preciso cuestionar el modelo médico de la anorexia y los supuestos empíricos y positivistas con respecto a la naturaleza de la “anorexia” que se encuentran implícitos en muchas de las nuevas perspectivas, y en su lugar debemos trabajar desde un punto de vista que nos permita posicionar a la anorexia dentro de su contexto socio cultural y que a la vez nos brinde una más profunda teorización de género. Mi objetivo en este capítulo es precisamente proporcionar tal punto de vista, a partir de la teoría sicoanalítica y posestructuralista. Sin embargo, no pretendo explicar dichas teorías sicoanalíticas y posestructuralistas en detalle; ese sería un proyecto que sobrepasa los alcances de este libro. Por el contrario, analizamos aquellos aspectos de la teoría sicoanalítica y posestructuralista los cuales considero particularmente útiles e inspiradores para entender las experiencias de un sujeto social y, de manera específica, las dificultades que experimentan muchas mujeres jóvenes y adultas en esta sociedad acerca de comer o no comer, de perder o ganar peso, de ser gorda o delgada, de ser una mujer y de ser “anoréxica”.

El presente análisis se centrará de forma particular en la teoría feminista sicoanalítica de Lacan y en el trabajo de Foucault, con lo cual se establece un marco teórico para el presente libro en el cual se teoriza sobre la categoría de género en lugar de darla por sentada, se transgrede la dicotomía del individuo contra la sociedad y se problematiza y politiza el estado y la naturaleza de los conocimientos (acerca de la “feminidad” y la “anorexia”). Indispensablemente, tanto en este como en el siguiente

capítulo ha sido necesario partir del hecho de que el lector cuenta con conocimientos previos sobre la teoría sicoanalítica y posestructuralista, y que está familiarizado con los enfoques de análisis de discurso tal como se han desarrollado en el campo de la psicología por autores como Valerie Walkerdine, Wendy Hollway, Jonathon Potter y Margaret Wetherell, entre otros. Sin embargo, he tratado de mantener la discusión de estos temas, a menudo complejos, en un nivel lo más accesible posible para el lector, a quien, cuando sea pertinente, se le referirá a otras obras en que se exponen con mayor detalle los diferentes temas y conceptos que se utilizan en este libro. Muchos de los temas de orden teórico que se analizan aquí se retomarán en capítulos siguientes.

En este capítulo abordaré, en primer lugar, la teoría sicoanalítica sobre la subjetividad, propuesta por Freud, centrada en el género, y del género como el efecto de la interpretación del cuerpo más que como un resultado biológico “natural” (ver Sayers, 1982). Posteriormente, analizaré la relectura de la teoría de Freud hecha por Lacan, cuyo énfasis está en el papel de la interpretación o significación (ver Grosz, 1990). La discusión se centrará también en las apropiaciones y críticas feministas de la teoría de Lacan, para luego analizar las propuestas teóricas posestructuralistas sobre el discurso, el poder, la subjetividad y el cuerpo planteadas por Foucault.

## La teoría sicoanalítica

### La teoría del desarrollo psicosexual de Freud

Algunas feministas han considerado a Freud como su enemigo (Mitchell, 1974; Usher, 1991). Argumentan que el psicoanálisis es patriarcal y falocéntrico (ver Sayers, 1990) y que justifica el status quo patriarcal que considera a las mujeres como biológicamente inferiores y a la “verdadera feminidad” como una subordinación (ver Mitchell, 1974). Algunas feministas, incluida de Beauvoir (1953), con frecuencia han criticado la teoría de Freud, aduciendo que se trata de una interpretación del género de tipo determinista y biológica (Sayers, 1982). Sin embargo, otras feministas han visto con buenos ojos y adoptado de una u otra forma la teoría sicoanalítica como un análisis útil (en lugar de una prescripción) de las relaciones de poder patriarcales (Grosz, 1990). La relación entre “feminismo y psicoanálisis” ha sido intensa y ambivalente (Bowly, 1989), y la amplia obra de Freud, así como su desarrollo teórico y cambios de paradigma (Loevinger, 1978), permiten una amplia variedad de interpretaciones. No obstante, la teoría sicoanalítica es valiosa para el feminismo debido a que:

si prestamos verdadera atención a la interpretación que Freud hace del desarrollo de las diferencias psicológicas del sexo, encontraremos que no era partícipe de explicar la psicología femenina como biológicamente determinada. Antes bien, consideró el desarrollo característico de la personalidad femenina (y masculina) como un efecto de la manera en que las niñas (y niños) interpretan sus características biológicas respectivas.

(Sayers, 1982:127).

En otras palabras, la feminidad y la masculinidad no están determinadas de manera mecánica por la biología, sino que son el efecto de las *ideas* que la sociedad

tenga de esta (Mitchell, 1974). El psicoanálisis conceptualiza el género no como dado de manera natural, sino como la consecuencia posible y probable de *interpretaciones* inconscientes que se hagan de las diferencias genitales de cada sexo (Sayers, 1982). No en el cuerpo de las mujeres (o de los hombres) que nos hacen femeninos (o masculinos) sino la manera como lo interpretamos, esto es, los significados y significaciones psicológicas y sociales que le atribuimos a nuestro cuerpo. Así pues, la teoría psicoanalítica se puede ver como una teoría antiesencialista de la sexualidad, tanto que el mismo Freud (1935, citado en Mitchell, 1982:1) refutó las ideas de quienes intentaron “establecer un paralelismo bien delineado” entre los aspectos biológicos y los psicológicos. Debido a que el psicoanálisis deconstruye nuestra “impresión fálica” acerca de género e identidad —ya que “el psicoanálisis no recomienda una sociedad patriarcal, sino que es un análisis de una en particular” (Mitchell, 1974:xv)—, este puede ser útil para comprender la identidad femenina, y por consiguiente la “anorexia”, dentro del contexto de la sociedad “patriarcal”.

Freud argumentó que la sexualidad femenina y masculina (género e identidad) no son ni tendencias innatas, ni categorías naturales, ni mucho menos una consecuencia natural o inevitable de las diferencias físicas sexuales. No se limita al cuerpo de una mujer o de un hombre. Por el contrario, Freud explicó que la etapa temprana de la sexualidad de los niños y niñas era similar (Sayers, 1982) y que ninguno de los dos hace diferencia entre el yo y el otro (Laplanche y Pontalis, 1973). Así, un recién nacido no tiene una noción inicial de sí mismo como un ser unificado, vinculado y coherente. En términos psicoanalíticos, al principio no existe un ego unificado, diferente del mundo exterior para ninguno de los sexos (Laplanche y Pontalis, 1973); no hay distinción entre el ego del libido y el objeto del libido (Freud, 1914). Al contrario, el bebé nace en un estado “narcisista primario” que se caracteriza por la ausencia total de una relación con el exterior (Laplanche y Pontalis, 1973). Entonces, es únicamente a causa de la

ausencia de su madre que la infante se reconoce a sí misma como un objeto individual y que también se autoconceptualiza como una entidad diferenciada (Mitchell, 1974). De tal manera, el juego del carrete (en el cual un bebé lanza y recoge, una y otra vez, un carrete unido a un hilo de algodón) por medio del cual el infante trata de dominar su experiencia de pérdida, es vital para el desarrollo del ego (Freud, 1920).

Entonces, según Freud, el infante no nace con un sentido diferenciado o integral de sí mismo (Laplanche y Pontallis, 1973), ni tampoco con una noción de sexualidad completa o innata (Mitchell, 1974). Por el contrario, es “polimórficamente perverso”, bisexual y, en un inicio, autoerótico. La teoría de Freud brinda, de ese modo, una explicación sobre la manera en que un infante transita desde un estado indiferenciado y carente de género a otro en el cual se reconoce en él o ella una identidad sexual masculina o femenina. Así, propuso una serie de etapas del desarrollo (oral, anal, fálica) a través de las cuales el niño o la niña avanza (con mayor o menor “éxito”) hacia la “normalidad”. Así pues, la “normalidad” se alcanza, si es que se logra, únicamente de forma precaria luego de un largo y doloroso proceso de desarrollo psicosexual (Mitchell, 1974).

En este sentido, Freud propuso que la sexualidad femenina (y masculina) no es un punto de partida sino un punto de llegada (probable, aunque siempre imperfecto e inestable) del desarrollo psicosexual. Por lo tanto, la sexualidad femenina y masculina no deben ser vistas como la fuente o razón de ser del desarrollo psicosexual masculino o femenino, y no se les puede conceptualizar como puntos de partida desde los cuales se desarrollan los niños y niñas ya que, tal como hemos visto, los niños y niñas nacen en un estado indiferenciado en términos de su identidad de género. Adicionalmente, ambos toman a su madre como el principal objeto de afecto y muestran aspiraciones tanto activas como pasivas durante las etapas oral y anal del desarrollo psicosexual. No es sino hasta la “etapa fálica” del desarrollo cuando inicia la diferenciación psicológica de los



dos sexos (Sayers, 1982).

Es en dicha etapa que el pene o el clítoris se convierten en las zonas erógenas principales y, como consecuencia, las diferencias físicas se vuelven significativas (Sayers, 1982). En el caso del niño, el erotismo fálico le despierta deseos fálicos hacia su madre y de esa manera el padre se convierte en rival edípico. Debido al temor que le produce la castración a manos del padre en respuesta a tales deseos, renuncia a tener a la madre como objeto de afecto, formando en su lugar un vínculo con el padre, adoptando una posición más masculina (Freud, 1924a). En otras palabras, el padre es tomado según el complejo de Edipo (por parte de ambos sexos) como una figura poderosa que castigaría al niño con la castración si se entera de sus deseos edípicos hacia la madre (Freud, 1923, en Sayers, 1990). La diferencia sexual en el área genital se interpreta como la representación de la autoridad paterna, y la renuncia del niño a su madre es un reconocimiento tanto del poder paterno como de que oportunamente él también tendrá acceso a ello (Sayers, 1990). Según Freud, la creencia del niño en la castración se sustenta en

la observación de los genitales femeninos. Tarde o temprano el niño, quien se siente muy orgulloso de poseer un pene, tiene la oportunidad de observar la zona genital femenina y no puede aceptar la ausencia de un pene en una criatura que se parece tanto a él. Con esta visión el niño comienza a imaginar la posibilidad de perder su pene y el efecto de la amenaza de una castración se vuelve inminente.

(Freud 1924<sup>a</sup>:318)

Sin embargo, la “castración”, más que una posibilidad a la cual temer, es una realidad para las niñas (Freud, 1924a:321):

Se dan cuenta de la existencia del pene de un hermano o compañero de juego, notablemente visible y de amplias proporciones. De inmediato lo

reconocen como una contraparte superior de sus propios órganos y desde ese momento se vuelven víctimas de la envidia fálica.

(Freud, 1925:335)

Freud argumenta que, durante la etapa fálica, el clítoris de las niñas se convierte en su propio “sustituto del pene” (Freud, 1905:114) y que siempre se prefiere al pene por sobre el clítoris (Sayers, 1982). Por lo tanto, su sentimiento de inferioridad se deriva del conocimiento de la ausencia del pene: “Ella reconoce su castración y con ello también acepta la superioridad masculina y su propia inferioridad” (Freud, 1931:376). Asimismo, según Freud, con frecuencia se culpa a las madres por el hecho de que sus hijas estén “tan mal equipadas” (Freud, 1925, citado en Sayers, 1982:128), y cuando una niña descubre que todas las mujeres carecen de un pene, llega a devaluar a su madre de manera similar. En consecuencia, la niña abandona a su madre colocando en su lugar a su padre como objeto principal de afecto (Sayers, 1982), y al remplazar su deseo de un pene con el deseo por tener un bebé, adopta una posición femenina “normal” (Freud, 1924a). También tiene la alternativa de evitar la comparación desfavorable con los genitales masculinos dejando de lado su “sexualidad en general” o continuar con su deseo de poseer un pene y desarrollar un “complejo de masculinidad” (Freud, 1931, 1925). En conclusión, Freud considera “que la psicología femenina se basa en la envidia del mayor tamaño y visibilidad del pene” (Sayers, 1982:133) y en la “aceptación” de que únicamente el pene es símbolo de poder (patriarcal o paternal).

De esta manera, según Freud, el cuerpo femenino se define negativamente por lo que no es, y la feminidad comienza con el reconocimiento de una ausencia. Sin embargo, tal como hemos visto, tal “feminidad” no es concebida como una categoría natural ni como una *sencilla* consecuencia de la anatomía femenina.

Es necesario entender con claridad que los conceptos de “masculino” y “femenino”, cuyos significados parecen tan definidos... se encuentran entre los menos consensuados en la ciencia... “Masculino” y “femenino” se

utilizan en términos de *actividad y pasividad*; en algunas ocasiones en función de lo biológico y otras veces en un sentido *sociológico*... El tercer significado, el sociológico, recibe su connotación de la observación de los individuos masculinos y femeninos reales. Tal observación es muestra de que no se puede encontrar la masculinidad o feminidad pura en los seres humanos, ni en un sentido psicológico, ni biológico. Por el contrario, cada individuo presenta una mezcla de rasgos de carácter propios de su sexo y del sexo opuesto, y presenta una combinación entre actividad y pasividad, sin que estas últimas características coincidan necesariamente con las biológicas.

(Freud, 1905:141–142, nota al pie incluida en 1915)

Así, Freud expone una teoría sobre la sexualidad en la cual la “feminidad” se conceptualiza como un término negativo, pero en la que se problematizan tanto la masculinidad como la feminidad. Estas no son categorías naturales, ni tampoco las consecuencias naturales o inevitables de la diferencia genital y sexual. Por el contrario, son las consecuencias posibles y probables (pero siempre precarias e imperfectas) de un largo y tortuoso proceso de desarrollo psicosexual basado en una *interpretación* del cuerpo y no en el cuerpo en sí.

Al problematizar la noción de género e identidad (de género), el trabajo de Freud se puede tomar como un antecedente de la comprensión posmoderna de la subjetividad porque desnaturaliza y desestabiliza las nociones de identidad y el género (Grosz, 1990). Al afirmar que la distinción del ser con respecto del otro se basa en la pérdida o la ausencia (de la madre) y al poner énfasis en el papel del inconsciente en el desarrollo psicosexual, Freud “deconstruye” nuestras “ilusiones fálicas” acerca del individuo (ver Sayers, 1990, 1994). Sus teorías del inconsciente subvierten la fantasía del “hombre” unitario, racional y conocedor de sí mismo, porque el sujeto consciente ya no será capaz de conocer sus pensamientos inconscientes (Grosz, 1990), esto es, “[e]l ego no es más el amo de su propia casa” (Freud, 1917: 141-143). Quiere decir esto que Freud postula a un sujeto dividido dentro de sí mismo de forma drástica y por consiguiente “radicalmente *incapaz* de conocerse a sí mismo” (Grosz, 1990:13). De la misma manera, el psicoanálisis deconstruye la noción de género concebido como un

hecho natural. Así, la identidad de género se alcanza solo después de un proceso de desarrollo psicosexual complejo y es un resultado de la *interpretación* de las diferencias sexuales físicas. No es hasta que se manifiesta el complejo de Edipo que se pueden describir las aspiraciones pasivas o activas como masculinas o femeninas, ya que es sólo en aquel momento que se posicionan dentro de la estructura social de diferenciación sexual (Nagera, 1969). El género y, por lo tanto, la subjetividad humana se constituyen a partir de las ideas y leyes patriarcales de la sociedad que se adquieren de manera inconsciente (Mitchell, 1974; Coward y otros, 1976).

## Una relectura del psicoanálisis según Lacan

Para Freud, “el ego es ante todo un ego basado en el cuerpo”, sin embargo, “no se trata de un ente meramente superficial, sino de la proyección misma de la superficie” (1923:703). El análisis de Lacan sobre la obra de Freud se concentra en la importancia del desarrollo psicosexual de tal proyección o interpretación del cuerpo.

Al igual que Freud, Lacan (1949) propone que un infante sin diferenciación ni género en su estado inicial, que obtiene una identidad de género únicamente mediante un proceso de desarrollo psicosexual (ver Mitchell y Rose, 1982), al tiempo que “deconstruye” nuestra “ilusión fálica” (ver Sayers, 1994, 1995) del “hombre” unitario, racional y conocedor de sí mismo. Así, es a partir de la reinterpretación que Lacan hace de Freud —a partir del estructuralismo francés de Saussure, Althusser y Lévi-Strauss— que se pone mayor énfasis en la idea de que es lo *simbólico* y no lo *real* del cuerpo lo que organiza dicho proceso de desarrollo psicosexual. La teoría de Lacan se centra en la idea de que la masculinidad y la femineidad no provienen de aquello que es real en el cuerpo, sino de la manera en que se representan el cuerpo femenino y masculino dentro de un orden *simbólico*.

El concepto de orden *simbólico*, vital en el pensamiento de Lacan, direcciona a la teoría sicoanalítica aun más hacia el campo de lo social, debido a que dicho orden *simbólico* es principalmente lingüístico (y por lo tanto social) (ver Saussure, 1960). Es dentro de este orden *simbólico* que la diferencia sexual adquiere significado y se produce la identidad (de género). Para Lacan, el inconsciente es “el centro de interacciones entre el cuerpo, la historia y la representación psíquica” (Coward y otros, 1976:8) de manera que:

En el inconsciente de cada hombre se encuentran las “ideas” de la humanidad sobre su historia; una historia que no puede recomenzar con cada individuo, pero que se debe adquirir y a la que se debe contribuir con el paso del tiempo. Entonces, la comprensión de las leyes del inconsciente equivale a comenzar a comprender la manera en que funciona la ideología y cómo adquirimos y vivimos ciertas ideas y leyes dentro de las que debemos vivir. Un aspecto esencial de la ley es que vivimos de acuerdo a nuestra identidad basada en el sexo, nuestra “masculinidad” o “feminidad” siempre imperfecta.

(Mitchell, 1974:403)

La discusión *lacaniana* acerca del inconsciente se refiere al mismo tiempo a lo que se encuentra “dentro” de la persona y también a lo que está más allá de ella, transgrediendo la dicotomía individuo-sociedad. Con mayor precisión, lo que Lacan argumenta es que el inconsciente se constituye mediante la adquisición del lenguaje (Coward y otros, 1976), mismo que siempre precede al individuo y que le llega desde afuera (Mitchell, 1982). Por lo tanto “no hay un sujeto independiente del lenguaje” (Sarup, 1988:12).

Los seres humanos se convierten en seres sociales por medio de la apropiación de un lenguaje; es el lenguaje el que nos define como sujetos.

Por tanto, no debemos crear una dicotomía entre el individuo y la sociedad.

La sociedad habita en cada individuo.

(Sarup, 1988:7)

El énfasis que pone Lacan en el lenguaje permite interpretar su trabajo como una explicación no humanista (Mitchell, 1982) y descentralizadora (MacCannell, 1986) de la subjetividad, como una exposición sociológica (Squire, 1983) o, más específicamente, como una explicación que rechaza cualquier dicotomía entre el individuo y la sociedad. Esto significa que, para Lacan, el ego se constituye cuando se reconoce de manera equivocada (*méconnaissance*) algo fuera de sí mismo como sí mismo. Al principio, durante el “estadio del espejo”, el infante, que inicialmente no se diferenciaba y cuya imagen corporal estaba fragmentada, llega a identificarse con aquella imagen “completa” e integrada de sí mismo. Se constituye a sí mismo de manera equivocada como su “imagen especular” (Lacan, 1949). En términos de esta metáfora, la niña no se identifica consigo misma sino con su imagen reflejada (especular), una imagen que, por definición, no es ella. Se produce una identificación errónea en la cual:

La eufórica suposición que la niña hace sobre su imagen especular... pareciera poner al descubierto de manera ejemplar la matriz simbólica en la cual el yo se precipita en su forma primigenia antes de ser convertido en un objeto como parte del proceso dialéctico de la identificación con el otro, y antes de que el lenguaje le devuelva su función de sujeto en el universo... esta forma posiciona en una dirección ficticia al poder del ego antes de su determinación social.

(Lacan, 1949:2)

Este “yo especular”, por lo tanto, predispone el destino del infante en el “yo social” (Lacan, 1949). Predefine el momento en el que el sujeto se constituye en el lenguaje o en el orden *simbólico* (Rose, 1982), por medio de un distanciamiento de sí mismo al identificarse

erróneamente en la posición lingüística preexistente de “yo”.

Así, Lacan “deconstruye” al sujeto demostrando que es un ser social, descentrado y ficcional. La “identidad” e “integridad” permanecen como una fantasía (Rose, 1982:32) porque la subjetividad no proviene de dentro del individuo, de lo *real*, sino del exterior, creado por y dentro del lenguaje u orden *simbólico*. Es “creado en la fisura radical” (Mitchell, 1982:5) en la cual la subjetividad se constituye como un efecto *simbólico* (Sheridan, 1977).

Para Lacan, el falo representa ese momento de división en el cual se produce la subjetividad (Rose, 1982). “Es a este significante (el falo) al que se le atribuye en general el efecto de poseer un significado en la medida en que condiciona cualquier efecto similar con su presencia como significante” (Lacan, 1982d:80). El falo posee “la función privilegiada de representar la identidad humana” (Benvenuto y Kennedy, 1986:187). Esto representa el efecto del significante, del lenguaje o del orden simbólico en la creación de la subjetividad (Lacan, 1958<sup>a</sup>). Al estar constituida en su relación con el falo, la identidad tiene una clasificación de género muy marcada. La diferencia sexual

debe existir porque ningún ser humano puede convertirse en sujeto fuera de la división en dos sexos. Uno debe elegir una posición ya sea como hombre o como mujer. Ese posicionamiento en ninguna manera es similar a las características sexuales biológicas (Mitchell, 1982:6).

En vista de que el falo representa la identidad humana, la diferencia sexual se manifiesta mediante el lenguaje (Coward y otros, 1976) de manera que la masculinidad se define de manera positiva como el “yo” mientras que la feminidad se define negativamente como el “no yo”. “La diferencia sexual está implícita en el lenguaje únicamente en relación al falo; el otro sexo se define como tal sólo por no poseer un falo” (Benvenuto y Kennedy, 1986:189).

El falo define la identidad, el “yo”, como masculino. Esto designa al sexo masculino

en la posición de “unidad”, conocimiento y ser según la representación del efecto del orden simbólico. Al sexo femenino se lo define negativamente como “otro ser”, no un yo, no un todo y no una unidad (Benvenuto y Kennedy, 1986:186). Una mujer tiene un acercamiento negativo con lo simbólico lo cual “garantiza que la unidad (de identidad) permanezca del lado del hombre” (Rose, 1982:47). De esta manera, Lacan, al igual que Freud, define la femineidad de forma negativa, en términos de una carencia.

### Subjetividad femenina: la “mujer” como una ideología

El trabajo de Lacan se puede tomar como una teoría de subjetividad no humanista, descentralizadora en la cual una identidad (de género) no se reduce a una diferencia biológica o propia de un individuo porque en teoría se ubica dentro del orden *simbólico*: “[la sexualidad] no se puede explicar mediante una reducción al plano biológico, tal como se especifica en la mera necesidad del mito detrás del complejo de Edipo” (Lacan, 1982d:75).

La relectura de Lacan acerca de la teoría de Freud explica que la identidad de género es un efecto de la significación (o interpretación). La definición de lo femenino a partir de una carencia es simbólica. No hay ningún faltante en la realidad porque “solo se puede considerar que algo falta cuando se compara con una jerarquía de valores preexistentes” (Rose, 1982:42). La negatividad de la parte femenina es consecuencia de la naturaleza fálica de la significación y no de una carencia “real”. Mediante la lingüística estructural, Lacan comprueba la naturaleza ilusoria y precaria de esta identidad *simbólica*.

Apoyando la afirmación de Saussure (1974), Lacan sostiene que los sistemas de lenguaje no solo son sociales y externos a los individuos sino que también son “sistemas de valores basados en una convención social” (Lyons, 1981:221). Es decir, la relación



entre el significado y el significante, los cuales constituyen el signo lingüístico, es arbitraria. El lenguaje no se conceptualiza en este estudio como una nomenclatura transparente. Por el contrario, las palabras únicamente tienen significado dentro de la estructura de un sistema lingüístico, y el significado es el producto de las relaciones semánticas entre palabras (Lyons, 1981). Este no se manifiesta en la palabra en sí sino en las divisiones y diferencias generadas dentro del lenguaje. Para Lacan, el falo es el “significante privilegiado” pues denota una diferencia sexual:

Según la teoría de Freud, el falo no es una fantasía si se pretende atribuirle un efecto imaginario. Tampoco es considerado un objeto (parte, interno, bueno, malo, etc.) en tanto este término tiende a acentuar la realidad involucrada en una relación. Ni siquiera es el órgano, pene o clítoris, que representa. El falo es un significante cuya función en la economía del análisis intrasubjetivo puede aclarar la posición que ocupa en estos misterios.

(Lacan, 1982d:79)

Así, para Lacan el falo, que representa el efecto de lo *simbólico* en la constitución de la subjetividad (de género), no se puede definir únicamente como el pene. Aunque la teoría propuesta por Lacan se tilda de falocéntrica, también expone el estado “fraudulento” del falo (Rose, 1982). Aunque el lenguaje establece el significado y define la identidad, el significado oscila entre los planos metafóricos y metonímicos constantemente. El objeto significado se puede convertir en un significante. “Nos vemos forzados a aceptar la noción de posicionamiento incesante del objeto significado por debajo del significante” ya que el significado se genera solo en las relaciones entre palabras (Lacan, 1977:154). “De ahí se puede afirmar que el significado “persiste” en la cadena del significante pero ninguno de sus elementos “constituye” la significación de la que es capaz en ese momento” (Lacan, 1977: 153).

Los significados de las palabras son inciertos e indeterminados porque siempre difieren a lo largo de las cadenas de significantes (ya que es solo en las relaciones entre las palabras donde se produce el significado). La significación implica una pérdida, porque el significante “representa” al objeto: “el lenguaje expresa el faltante que se encuentra en ese primer momento de simbolización” (Rose, 1982:32). Ya que el falo significa el efecto de lo *simbólico*, su presencia también produce una ausencia (Benvenuto y Kennedy, 1986). El falo representa una “unidad” (Benvenuto y Kennedy, 1986:190); indica identidad y seguridad. No obstante, Lacan también deconstruye esta “fantasía omnipotente del ser como un todo indivisible mientras demuestra que se basa en una elipsis de división ilusoria, tanto interna como externa, desde sus comienzos” (Sayers, 1990:200).

El falo también simboliza esa “carencia en el ser”, la división en la cual la subjetividad se constituye fuera de sí misma. Representa a la subjetividad y el deseo que emergen precisamente debido a una carencia o brecha en lo *simbólico* (ver Rose, 1982). La “idealización de la separación y la idealización del falo se desarrollan juntas (Benjamin, 1985:4); de forma que en la significación de la certeza de la identidad, el falo es un fraude (Rose, 1982): “la mera ideología de la unidad y la finalización” que representa “cierra la brecha del deseo humano” también representada por el falo (Rose, 1982:46). Según argumenta Irigaray,

desde el momento en que un polo de diferencia intenta decretar lo Universal, dice que su discurso no se basa en lo sexual. Sin embargo, hay indicaciones de una diferencia sexual en este discurso que tiene *pretensiones* de ser universal.

(Irigaray 1988:161)

El concepto del falo en la teoría de Lacan no indica una aserción de un privilegio masculino sin problemas, sino la naturaleza problemática, compleja y conflictiva de la

subjetividad y sexualidad humana (Rose, 1982). Lacan descentraliza la subjetividad mediante la conceptualización de esta como una identificación con una posición preexistente del “yo” dentro del orden simbólico. Recurriendo a la lingüística estructural, muestra lo profundamente precarias, problemáticas y ficticias que son la subjetividad y la sexualidad. Ya que la teoría de Lacan cuestiona lo simbólico como un “registro de fijación absoluto”, también cuestiona y deconstruye la categoría de mujer (Rose, en Sayers, 1986:92).

Lacan resalta que la feminidad no es una categoría natural sino una posición simbólica. Esta explicación de la feminidad aclara la naturaleza particularmente problemática de esa identidad “femenina” ficticia y simbólica. Como hemos visto, la “feminidad” se conceptualiza como una (im)posición construida social y simbólicamente que se representa negativamente en relación al falo. Es el no “yo”, el no-Uno (Benvenuto y Kennedy, 1986), el “otro” de la identidad; esto no significa que “la mujer” esté fuera del orden simbólico; por el contrario “ella” está excluida dentro de este: “el que ella no tenga una función fálica completa no significa que no esté en esa función del todo. No es que no esté ahí del todo. Sí está justo ahí” (Lacan, 1982b:145). Por eso es, según argumenta Lacan, que existe “algo inaceptable” para la “mujer” “en el hecho de estar posicionada como un objeto en el orden simbólico al cual está sujeta tanto como lo está el hombre” (Lacan, citado en Rose, 1982:45). La categoría de feminidad se concibe así como inaceptable, al menos para las mujeres. Pero, se vuelve “fundamentalmente conflictiva” porque la “mujer” se incluye (de manera imposible) en una exclusión. “Ella” representa una contradicción imposible, una posición de sujeto que corresponde al “otro” de la identidad. El que la mujer deba estar inscrita en un orden de intercambio del cual ella es un objeto, es lo que hace que de su posición sea fundamentalmente conflictiva, y diría que insoluble...” (Lacan citado en Rose, 1982:45).

Mientras que para Riviere (1929) “la máscara... indicaba una feminidad fallida”,

para Lacan “la máscara es la definición exacta de “feminidad”, porque la “mujer” se define en términos de lo que no es (Rose, 1982:43). La mujer no existe (Lacan citado en Rose, 1982:48). La “feminidad” entonces señala “la duplicidad fundamental” de lo simbólico (Rose, 1982:42) porque apunta a esa carencia en lo simbólico, a “algo más”, “a un *jouissance* propio de ella”, a “ese “ella” que no existe” (ver Lacan, 1982b:145). Entonces, según la teoría de Lacan, la sexualidad femenina es

una exposición de los términos de su definición, lo contrario a una demanda de lo que esa sexualidad debe ser... que involucra un colapso del falo precisamente... dándole la mentira, podríamos decir, a todo el problema presentado.

(Rose, 1982:44)

La teoría sicoanalítica de Lacan hace ver la naturaleza problemática, “inaceptable” y quizás subversiva de la “feminidad” como el “otro” representado de manera negativa dentro del orden *simbólico*. Según Sayers (1986:94), las feministas seguidoras de Lacan han deconstruido la categoría de mujer. Sin embargo, no está clara la relación que una mujer en la actualidad tenga con esta “categoría”, ni desde cuál posición (*simbólica*) podrían las mujeres oponerse a esta (im)posición inaceptable.

### Otras feminidades (en lugar de ¿feminismos?)

Para Freud, la feminidad y la histeria están relacionadas tanto histórica como psicológicamente: “la femenina” (ser una mujer en un sentido psicológico) era en parte una formación histérica” (Mitchell, 1974:48). La naturaleza profundamente problemática y conflictiva de la “feminidad”, según plantean Freud y Lacan, indica de forma muy clara las dificultades del desarrollo psicosexual femenino. La dilucidación de la imposibilidad e inaceptabilidad de la “feminidad” de seguro promoverá la comprensión

de “los padecimientos femeninos”, tales como la histeria (ver Showalter, 1985) y más recientemente, la anorexia (Malson, 1992). Según Mitchell,

la histeria fue y es la enfermedad de la hija, sin importar la edad y el estatus generacional del hombre o mujer que lo padece. Para “ella”, la “feminidad” parece ser equivalente a la brecha que indica la castración o, según Joan Riviere, es una “máscara” para encubirla.

(Mitchell, 1984:308)

Según Lacan, la “máscara” es la definición exacta de la feminidad, en vista de que se determina en términos de un signo masculino (Rose, 1982). No se trata de argumentar que las mujeres son “naturalmente” histéricas de alguna manera o que todas (o la mayoría de ellas) se vuelve histéricas (Malson, 1992). Por el contrario, se procura dar a entender que “la mujer histérica” o “la mujer anoréxica” *es una parodia de las ideologías de género profundamente arraigadas que desvalorizan a las mujeres mediante la afirmación de que las mujeres desempeñamos un papel social dependiente y restringido* (Selig, 1988).

Muchas psicoanalistas feministas argumentan de manera similar que “la histeria” se puede interpretar como un rechazo casi feminista de la heterosexualidad patriarcal (ver Ramas, 1985) que “ella” traduce en una “guerra constante” contra el falocentrismo y el patriarcado del orden simbólico (ver Cixous, citado en Gallop, 1985: 203). Cixous describe el caso Dora de Freud como un ejemplo brillante de la sublevación femenina” (Moi, 1985:192). Si bien no se niega este aspecto de resistencia o protesta de la histeria o anorexia, la ubicación de la protesta femenina en esa autodestrucción también ocasiona problemas (ver Swartz, 1985b). La histeria puede no ser considerada una resistencia política feminista contra el patriarcado sino una derrota no aceptada pero cooptada. Clément sostiene que la histeria

introduce una disensión. Sin embargo, de ninguna manera cambia algo;

no hace *desaparecer* a la familia burguesa que solo existe mediante su desacuerdo, y que sostiene basada en la posibilidad o realidad de su propia alteración, siempre resellables y siempre reselladas.

(Cixous y Clément, 1975:287)

Aunque “la histeria” puede explicarse como una expresión poco representativa de “su rechazo” y “sus síntomas”, se asimila el rol de “ella” en el orden falocéntrico en el que compete. La histérica (y “la anoréxica”) “rechaza la feminidad aunque esté atrapada en ella” (Mitchell, 1984:290). Esa dicotomía paradójica entre estar atrapada y no aceptarlo puede incluirse dentro del análisis de la naturaleza problemática de la feminidad antes mencionada.

Kristeva propone una reacción asociada al problema de “la feminidad” contra lo feminista. Ella cambia el análisis de Lacan, centrado en la abstracción simbólica, para incluir la semiótica (la “textura”, gestos y ritmos del habla) (ver Sayers, 1995). Argumenta que las mujeres hablan y escriben como “histéricas”, como “espectadoras” en relación con del discurso falocéntrico (Jones, 1985). Su proyecto de “semanálisis” apunta a significados marginales y de oposición. Según explica, “una práctica feminista solo puede realizarse en contraposición con lo que ya existe, de manera que se pueda decir que “no se trata de eso” y “tampoco se trata de esto otro”” (Kristeva, 1974, citado en Jones, 1985:88). Para Kristeva, la función de una “mujer” (la cual también puede abarcar a los hombres) solo puede ser negativa, retadora, subversiva, y demandante del lenguaje (masculino) como suyo propio.

A diferencia de Kristeva, Irigaray explica que las mujeres tienen su propia especificidad, diferente de los hombres. Para ella, una resistencia feminista al falocentrismo debe centrarse en la formulación del cuerpo femenino y de la relación madre e hija. Con respecto a este último aspecto, su trabajo coincide con el de muchas feministas no seguidores de Lacan quienes, en oposición al falocentrismo y al enfoque patriarcal de

Freud, han cambiado su perspectiva del padre hacia la madre (ver Sayers, 1988, 1991). Siguiendo lo que propuso Klein y posteriormente de Winnicott, algunas feministas, como Chodorow (1978), Benjamin (1990) y Orbach (1993) se han concentrado significativamente en la relación preedípica entre madre e hijo y, según Winnicott, en los efectos de sus realidades materiales individuales en lugar de sus fantasías. Dado “el valor que Winnicott, a diferencia de Freud, le da al trabajo de las mujeres como madres...no es de sorprenderse que las feministas muestran simpatía por tales teorías” (Sayers, 1995:126). Pero también es paradójico que dicho análisis feminista se centre en situaciones individuales acerca de la madre hasta al tiempo dejando de lado al padre, ya que el feminismo ha “insistido fervientemente en la necesidad de ir más allá del psicoanálisis centrado en el individuo para tener una explicación de los factores sociales y patriarcales que condicionan los padecimientos y descontentos de las mujeres” (Sayers, 1988: 368-369).

Al concentrarse en la especificidad del cuerpo femenino, el planteamiento de Irigaray coincide con el primer trabajo de Horney (1926), para quien la psicología “femenina” no se basa únicamente en la envidia del pene sino que “radica en la “naturaleza biológica específica” de las mujeres” (Horney, 1926:17, citado en Sayers, 1982:130). Sin embargo, aunque el intento de Horney de contabilizar el “favoritismo masculino” de Freud resulta atrayente, se ha descrito como esencialista debido a que plantea una feminidad natural “primaria” (ver Sayers, 1982). Lacan (1982a:127) ha argumentado que la lucha femenina por la “prioridad anatómica” del pene (o clítoris) “de ninguna manera se aleja de la afirmación básica de Freud acerca del condicionamiento fálico del narcisismo presente en el sujeto, independientemente de su sexo”.

Irigaray, al igual que Horney, propone una psicología femenina específica del cuerpo femenino, en lugar de basarse en el cuerpo masculino. Como investigadora posterior a Lacan, afirma que las mujeres, atrapadas en un orden *simbólico* falocéntrico,

“no han tenido oportunidad de conocerse o representarse a sí mismas” (Jones, 1985:88).

Así la madre no tiene una identidad como mujer que heredarle a su hija:

La madre es enajenante porque no posee una identidad como mujer. Esto sitúa a la madre y a la niña en la misma posición de vacío. Sin embargo, el problema no es acusar a la madre o decir que es el padre quien viene a salvar a la niña. La madre debe encontrar su identidad como mujer y a partir de ahí será capaz de darle una identidad a su hija. Pero esta es el punto más débil de nuestro sistema.

(Irigaray, 1988:157)

Irigaray (1988:156) considera que la sociedad no se constituye solo sobre el mito edípico del patricidio sino, principalmente, sobre el matricidio: “cuando el padre toma el poder ya había desplazado a la madre”. Propone que para que las mujeres encuentren su identidad se requiere un retorno a la especificidad del cuerpo femenino, a los “dos labios” de la vulva y a un deseo femenino específico de múltiples energías libidinosas (Jones, 1985).

Es evidente que el proyecto de Irigaray puede considerarse esencialista, en vista de su premisa de que las feministas deben luchar contra el patriarcado de manera que podamos expresar una “feminidad” que está “constituida esencialmente de manera biológica” (Sayers, 1982: 131-132). Su “solución” está vinculada con el propio sistema que dice socavar (Jones, 1985) ya que “el cuerpo femenino no parece ser el mejor lugar para lanzar un ataque contra las fuerzas que nos han aislado de lo que nuestra sexualidad puede ser” (Jones, 1985:93). Aunque la descripción de la feminidad derivada del cuerpo femenino propuesta por Cixous o la celebración de la sexualidad femenina propuesta por Irigaray como diversa y difusa, de la mujer como “completamente diferente en su interior”, como “temperamental, incomprensible, perturbada, caprichosa”, “un poco loca” e incoherente (Irigaray 1977 citado en Jones, 1985) son ciertamente, opuestas a la identidad fálica, su posición de deriva de la misma posición que el patriarcado le ha



asignado.

Sin embargo, se puede analizar el trabajo de Irigaray de manera muy diferente. Se le puede considerar como no esencialista si se relee en el nivel *simbólico* en vez de ubicarse en el plano del cuerpo “real” (Whitford, 1989). Whitford afirma que la propuesta de Irigaray es la formulación de un orden *simbólico* femenino que le permite a la madre ser madre y además mujer, que no limita a las mujeres a tener una “función” maternal y que les puede dar a las mujeres una identidad como tales, y no una falocéntrica. Irigaray argumenta que las mujeres han permanecido en un estado de “abandono”, no por la “naturaleza” femenina, sino por no haber podido expresarse como sujetos dentro de un orden que solo representa lo femenino de manera negativa (Whitford, 1989). Las mujeres se ven desprovistas de una identidad *simbólica*, dado que aún no existe una simbolización específica de la relación madre e hija o del cuerpo femenino. “El “problema” que enfrentan las mujeres radica en la *falta de simbolización* de la relación hacia la madre y hacia el cuerpo de la madre” (Whitford, 1989:114). Irigaray critica la parcialidad de lo *simbólico* y propone la formulación de un imaginario femenino y un orden *simbólico* basado en el contacto constante de los labios de la vulva y en una multiplicidad difusa del “deseo femenino”:

El simbolismo que imponen ustedes (Messieurs les psychanalystes) como universal, sin contingencia empírica o histórica, es *su propio* imaginario convertido en un orden, un orden social.

(Irigaray, 1985:311–313, citado en Whitford, 1989:118)

Para convertir al “cuerpo sin órgano” en un “motivo” de placer sexual, no es cierto que fue necesario establecer una relación con el lenguaje y el sexo (los órganos) que las mujeres nunca han tenido.

(Irigaray, 1977, citado en Whitford, 1989:113)

Whitford (1989) añade que la descripción de “feminidad” dada por Irigaray (1977)

no es tanto una exigencia a favor del regreso al plano “real” del cuerpo femenino, como un intento de establecer un “imaginario femenino”, que se podría transformar en un “*orden simbólico femenino*” basado en el cuerpo de las mujeres.

Es dudoso, en mi criterio, si Irigaray habla literalmente del cuerpo femenino o si utiliza los “dos labios” como un término simbólico alternativo. El trabajo de Irigaray (incluso dejando de lado el problema de si es posible establecer un “simbolismo femenino” o no) sigue siendo controversial ya que, al igual que Lacan, propone una categoría homogénea de “*la mujer*”. Parece inverosímil proponer que *cada* voz libidinal “femenina”, incluso una no falocéntrica, pueda representar a *todas* las mujeres en todas las situaciones socioculturales y económicas (Jones, 1985). De manera controversial, Lacan e Irigaray teorizan solo sobre una “mujer” (sin importar la manera en que “ella” sea definida). Con seguridad no se puede definir a todas las mujeres, de color, caucásicas, de clase media o trabajadora, feminista o no, occidental o no, a través de un único “mito monolítico” de feminidad (ver Jones, 1985). Un concepto único de feminidad podría “opacar las diferencias existentes entre las mujeres” (Jones, 1985:95) porque una “mujer” es un significante inestable, una colectividad plural de madre, hija, amante, prostituta, negra y demás (Sayers, 1986). La teorías de Lacan y posteriores a él frecuentemente tienden a perder “las realidades sociales que caracterizar la categoría de *mujer*, y que, fuera de tales relaciones, el concepto de *mujer* se vuelve abstracto” (Eisenstein citado en Sayers, 1986:93). Propongo que es necesario redefinir a la “mujer” como una multiplicidad de estas “feminidades”, variadas y algunas veces contradictorias, ya que se constituyen mediante las prácticas discursivas socioculturales e históricas variables:

La categoría “mujer” representa una colectividad volátil en la cual se le puede posicionar a las mujeres de maneras diferentes, de modo que no se confíe en la continuidad aparente del concepto de “mujer”; “mujer” es una

categoría sincrónica y diacrónicamente errática en tanto colectividad.

(Riley, 1988:1–2)

La categoría de “mujer” fluctúa cultural e históricamente, y abarca una multiplicidad de “feminidades” socio-históricas específicas. Si por una parte “el modo de identidad fálico” (Benjamin, 1985) y la definición negativa de feminidad como el *otro* pueden ser ubicuas, “las maneras en las cuales se definen, imponen, aceptan, distorsionan y desafían variarán” (Malson, 1992:83). Más aún, la relación de las mujeres con esta categoría de “mujer” es incierta ya que, como

argumenta Freud, el único libido que existe es el masculino. ¿Qué significa eso? Significa que negligentemente se ignora un área existente. *Esa área donde están todos aquellos seres a los que se les llama mujeres (o simplemente se destina a ser mujeres).*

(Lacan, 1972–73, citado en Rose, 1982:27, cursiva añadida)

Denise Riley (1988:6), de manera similar, cuestiona “hasta dónde puede asumir una mujer la identidad de ser una mujer de manera exhaustiva”. Pregunta “cómo puede alguien ser “una mujer” en todo sentido y crear un refugio en esta clasificación sin padecer de claustrofobia”. Quizás como mujeres tenemos una relación de cambio fluctuante con la también fluctuante categoría de “mujer” existente. La subjetividad de las mujeres se podría definir en términos de “colectividades plurales” de posiciones personales contradictorias, constituidas por diversos discursos sociohistóricos específicos en los cuales lo *simbólico* es una abstracción. Aunque las posiciones personales basadas en el género se inclinan hacia una realidad corporal, en las diferencias genitales, las mujeres asumen y se ven sumidas en una multiplicidad de posiciones personales diferentes con “distintas densidades de ser sexuado” (Riley, 1988:6).

## De lo simbólico al discurso

La reinterpretación de Lacan acerca de Freud acentúa la función fundamental de la interpretación, del lenguaje o del orden *simbólico* en la constitución de la subjetividad (de género). Tal énfasis en el lenguaje facilita la posibilidad de analizar el trabajo de Lacan como una explicación de la subjetividad no humanista y descentralizada que rechaza la dicotomía individuo-sociedad. Primero, teoriza la subjetividad como constituida fuera de sí misma como una posición simbólica en el lenguaje; segundo, muestra que, por lo mismo, la identidad (de género) es ficticia. Utilizando la lingüística propuesta por Saussure como marco epistemológico, Lacan demuestra la naturaleza precaria, incierta, controversial y ficticia de la subjetividad y de la feminidad. Pone en duda el “registro de fijeza absoluta de la categoría de mujer” (Rose, en Sayers, 1986:92). Sin embargo, si se inicia con el concepto abstracto de orden *simbólico* (cfr. *langue* en Saussure), la teoría de Lacan y algunas teorías posteriores tienden a rechazar las realidades del habla (*parole* en Saussure), los discursos y prácticas discursivas en las cuales se reproducen el lenguaje y las subjetividades (de género) (Henriquez y otros, 1984). Tal como Saussure argumentó, los sistemas lingüísticos son sociales y materiales (Lyons, 1981). La lengua, al igual que otras instituciones sociales, debe ser colocado en un contexto social de manera que se analice como “algo de uso diario por todos”, y como “algo bajo la influencia permanente de todos” aunque un solo individuo no pueda cambiarlo (Saussure, 1960:73-74). El lenguaje o discurso no es independiente de su re-producción diaria y por lo tanto es cambiante (Hollway, 1992). Así, la lengua se comprende como un sistema definido que precede al individuo y como un sistema evolutivo histórico que cambia por su uso continuo:

En cierto modo, podemos hablar acerca de la inmutabilidad y la mutabilidad del signo. Este sufre alteraciones porque se perpetúa a sí mismo. La vieja

esencia es lo que persiste a pesar de todo; el rechazo del pasado es relativo. Por eso, el principio de cambio se basa en el principio de continuidad. Independientemente de cuáles sean los agentes de cambio, siempre resultan en un *cambio en la relación entre el significado y el significante*.

(Saussure, 1960:74–75)

Al colocar la lengua en un contexto social, Saussure muestra que éste parece ser sociohistóricamente cambiante. Además, la atención al aspecto social indica la necesidad de continuar más allá del concepto de lengua u orden *simbólico* como totalidades universales establecidos por Lacan y Saussure (ver Walkerdine, 1988) hacia un concepto posestructuralista de discursos que se caracteriza por la diversidad y la lucha de poder.

He propuesto en este capítulo que la teoría sicoanalítica, en particular la teoría Lacaniana y poslacaniana, resulta útil precisamente porque “deconstruye” las nociones de género e identidad. La identidad (de género) no se muestra como un estado natural sino como el efecto controversial y precario del desarrollo psicosexual, que se basa en la *interpretación* o significado *simbólico* y el valor del cuerpo. La teoría sicoanalítica resulta útil, entonces, porque muestra la identidad (de género) como problemática y precaria, y también como construida socialmente (y no de forma natural). Desde una perspectiva feminista, por otra parte, se necesita un análisis más profundo. Propondría que es indispensable “deconstruir” el concepto abstracto de Lacan del orden *simbólico* para establecer este orden en el plano de la realidad social, de manera que se exploren las especificidades de los contextos sociopolíticos, dentro de los cuales se constituyen las experiencias de género, identidad y personificación. En mi opinión, el posestructuralismo proveería un marco teórico más adecuado dentro del cual se comprenda la subjetividad y feminidad (y por consiguiente la anorexia) como posiciones localizadas

sociohistóricamente, múltiples y cambiantes que se materializan en los discursos y en las prácticas discursivas.

## Discurso, poder / conocimiento, subjetividad y género

Mucha de la crítica con respecto al estructuralismo ha insistido en que “la *colectividad* social no es una estructura convenientemente establecida” y que se podría comprenderla mejor como “un nexo contradictorio de prácticas sociales” (Hirst y Woolley, 1982). Entonces, las concepciones estructuralistas de lenguaje y del orden *simbólico* como totalidades universales se debería reformular en términos de una teoría posestructuralista de discursos y prácticas discursivas, según Foucault. En las páginas restantes de este capítulo analizaré cómo contribuye la teoría posestructuralista a la comprensión de la subjetividad, género, poder y conocimiento y, en consecuencia, a la comprensión de la anorexia.

Para Foucault (1972), el lenguaje no es una totalidad transhistórica unitaria, sino una variedad de diferentes discursos históricamente específicos (por ejemplo, discursos económicos, médicos, psiquiátricos y psicológicos). Foucault define estos discursos como sistemas regulados de enunciados. Lo que unifica un sistema de enunciados, lo que constituye la unidad de un discurso, es siempre provisional. Aunque los discursos se evidencian en los textos y las expresiones, esta concreción está siempre fragmentada; únicamente se encuentran piezas de discursos (Parker, 1990b). La unidad en un discurso no se puede encontrar en el documento o en otras expresiones, porque las “fronteras de un libro no siempre están delimitadas. Siempre se encuentra atrapado en un sistema de referencias hacia otros libros, textos y oraciones: es solo un nudo en una red (Foucault, 1972:23). Un documento solo brinda “una unidad débil y accesoria en relación a la unidad discursiva para la que funciona como base” (Foucault, 1972: 23). Así,

para Foucault, un discurso es un sistema disperso cuya unidad hipotética es siempre provisional: “Debemos concebir el discurso como una serie de segmentos discontinuos cuya función táctica no es uniforme, ni estable” (Foucault, 1979:100). La división del lenguaje en discursos “no se puede establecer como definitiva o absolutamente válida; no es más que una aproximación inicial que debe permitir la aparición de relaciones que pueden eliminar los límites de esta esquema inicial” (Foucault, 1972:30). Identificar un discurso “no implica encasillarlo en sí mismo; es dejarse libertad para describir el juego de las relaciones dentro y fuera de este” (Foucault, 1972:29).

Además, la unidad de un discurso no se puede basar solo en la existencia de los objetos a los que hace referencia (por ejemplo, la economía, la mente, la locura, la enfermedad o el cuerpo) en virtud de que los discursos son “prácticas sociales que forman de manera sistemática los objetos de los que se habla” (Foucault, 1972:49). Para Foucault y los investigadores y teóricos posestructuralistas y del discurso que le siguen, el discurso no es un medio transparente que solo describe o refleja una realidad específica. Por el contrario, los discursos (y las prácticas discursivas) constituyen a los objetos a los que hacen referencia (Foucault, 1972, 1979).

Esta visión acerca del lenguaje difiere mucho de la noción de lenguaje como algo reflexivo, ya que implica que el lenguaje no transmite un significado preexistente, sino que supone “una labor más activa en darle significado a las cosas” (Hall, 1982:64). Los objetos no existen más allá o “con anterioridad” al discurso, “esperando” a ser descubiertos y descritos de manera más o menos precisa y objetiva (Foucault, 1977a). Un discurso “halla la forma de limitar sus alcances, de definir aquello que enuncia, de darle la categoría de objeto, y por consiguiente de hacer que se manifieste, se nombre y se describa” (Foucault, 1972:41). Los objetos en la realidad social

no son “cosas” separadas e independientes del discurso, sino que se reconocen solo dentro y mediante los elementos discursivos que rodean a

los objetos en cuestión. Las cosas se hacen visibles y palpables por medio de la existencia de las prácticas discursivas, y de esta forma [los objetos, acontecimientos y experiencias] no son referentes de los cuales existen discursos sino objetos contruidos por el discurso.

(Prior, 1989:3)

Los discursos producen “identidades”, posiciones como sujetos y “espacios institucionales” desde los cuales una persona puede expresarse o ser interpelada (Foucault, 1972:51; ver Henríquez y otros, 1984). Los discursos no describen simplemente a los individuos sino ofrecen una variedad de posiciones como sujetos (ver Walkedine, 1986). La subjetividad es constituida y reestablecida por medio de expresiones escritas y orales (Wheterell y White, 1992), no proviene desde adentro. La “identidad” puede ser conceptualizada como una multiplicidad de diferentes posiciones de sujetos, cambiantes y contradictorias (Walkerdine, 1993). La feminidad, por ejemplo, no se comprende estrictamente como una compilación de características que se encuentran dentro de una persona, o como una identidad unitaria consistente, sino como una categoría vacía que asume una gran variedad de formas históricamente determinadas dentro de los discursos (Wetherell, 1986; Poovey, 1988).

Así, desde un punto de vista posestructuralista, la subjetividad no está solo descentralizada como *una* posición del sujeto en el discurso (consultar Lacan), sino es, también múltiple y dispersa:

No refiero las diferentes modalidades enunciativas a la unidad del sujeto. En vez de mencionar *la* síntesis o *la* función unificadora de *un* sujeto, las diferentes modalidades manifiestan su división; hablan acerca de los estatus, los lugares, y las posiciones que puede ocupar o le son dados cuando se elabora un discurso; se relaciona la discontinuidad de los planos desde los que habla. Si estos planos se entrelazan en un sistema



de relaciones, este sistema no se establece por medio de la actividad sintética de una conciencia de sí mismo, torpe y predecesora del discurso; por el contrario se determina por la especificidad de una práctica discursiva. El discurso no es la manifestación perfecta e inalterable del sujeto hablante y pensante, sino, por el contrario, de una totalidad en la cual se puede determinar la división del individuo y su discontinuidad consigo mismo.

(Foucault, 1972:54-55)

Un discurso no es solo un conjunto de prácticas lingüísticas. El concepto incluye las prácticas discursivas. Integra un conglomerado de conceptos, objetos, acontecimientos y actividades (Prior, 1989). Un discurso es una práctica social; las relaciones discursivas no se ubican simplemente “dentro de un discurso” ni “fuera de este...estas se posicionan al límite del discurso” (Foucault, 1972: 46). “Los discursos se estructuran mediante signos. Pero utilizan tales signos para algo más que designar cosas. Ese “algo más” es el que impide su reducción a la lengua (*langue*) y el habla” (Foucault, 1972:49). Los discursos como prácticas sociales poseen efectos enormes y “reales” (Walkerdine, 1986). Regulan y norman los comportamientos y las actividades humanas, definiendo lo que es normal o anormal en contextos sociales diferentes y para grupos variados (Walkerdine, 1986).

De igual modo, los discursos, como prácticas, no se condicionan simplemente por reglas lingüísticas. La aparición de la “locura”, por ejemplo, como un objeto del discurso estuvo “regulada” por las “condiciones de posibilidad” de un discurso acerca de la locura (Woodiwiss, 1990; 63). Tales condiciones incluían “la plataforma de su surgimiento” (ciertas condiciones sociales tales como el auge de las familias burguesas y de la medicina como profesión, la cual, como una práctica fidedigna e institucionalizada, “delimitó, designó, nombró y estableció la locura como un objeto” (Foucault, 1972:41-42).

Claramente, los discursos como prácticas sociales generan efectos “reales”, legitimando algunas prácticas, particulares formas de autoridad, constituyendo “verdades” particulares acerca de la “realidad” y posicionando a las personas como cuerdos o locos, por ejemplo. Sin embargo, al reconocer estos poderosos efectos reales, hemos de reconocer que estas “verdades” no son absolutas, sino que se generan históricamente dentro de un grupo específico de condiciones de posibilidad ” (Walkerdine, 1986:64). De esta manera,

existe la posibilidad para que la ficción funcione como verdad, para que el discurso ficticio genere un efecto de verdad y que un discurso verdadero produzca o “manufacture” algo que aún no existe, es decir, que lo convierte en ficción”.

(Foucault, 1980:193)

Para Foucault, los discursos tratan acerca del poder. Durante la constitución de un área de conocimiento, el discurso excluye otras verdades. Al no decirlo todo reprime lo que no se dice (Foucault, 1972). El poder y el conocimiento se relacionan estrechamente en que

el poder produce conocimiento (y no solamente por secundarlo por estar al servicio del poder o por su útil aplicación), en que el poder y el conocimiento se implican mutuamente y en que no hay una relación de poder sin la creación correlativa de un área de conocimiento, ni ningún tipo de conocimiento que no presuponga y establezca al mismo tiempo relaciones de poder.

(Foucault, 1977b:27)

El poder se manifiesta al interior y mediante el discurso y las prácticas discursivas. Sin embargo, este concepto posestructuralista de poder no es un poder independiente, como una posesión de ciertas personas en particular. Por el contrario,

Foucault (1977b:139) redefine el concepto de poder dentro de una “microfísica del poder”, como un aspecto de la función reguladora del conocimiento (Walkerdine, 1986:65). Los discursos regulan y disciplinan por medio del establecimiento de áreas de conocimiento, de la creación de verdades, de la construcción de subjetividades de maneras particulares y del posicionamiento de las personas dentro de los discursos, sometiéndolos a la justificación de normas (Foucault, 1977b, 1979) de forma que las relaciones de poder estén presentes en todas partes aunque se encuentren distribuidas en forma irregular (Foucault, 1979:95).

Para Foucault (1977b:170), sin embargo, este control ínfimo no representa simplemente una represión. El poder/conocimiento es productivo y represivo a la vez: “Crea” individuos:

Una persona se convierte en el átomo ficticio de una representación “ideológica” de la sociedad, pero también es un producto de aquella tecnología del poder específica que llamo “disciplina”. Debemos dejar de describir los efectos del poder en términos negativos, por ejemplo, que “excluye”, “reprime”, “censura”, “abstrae”, “enmascara” u “oculta”. De hecho, el poder es productivo. Produce realidades. Produce las esferas de objetos y rituales de la verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener están relacionados con esa producción.

(Foucault, 1977b:194)

El poder/conocimiento no se limita a reprimir sino que produce “al individuo”, y otros objetos de diferentes maneras. Para Foucault (1979:96), los discursos producen sus propias “resistencias” al poder. Por ejemplo, el discurso médico acerca de la sexualidad del siglo XIX produjo al “homosexual” como algo perverso, pero al mismo tiempo creó una posición de sujeto desde la cual resistir esa patologización (Foucault,

1979). “No hay un discurso del poder, por una parte, y un discurso de oposición, por otra parte, que se contrapongan. Los discursos son elementos tácticos en el campo de las relaciones de fuerzas” (Foucault 1979:101-102). Foucault (1979:102) define al poder en términos de un “área de las relaciones de poder que son variables y múltiples” que se encuentran en los discursos y en las prácticas discursivas, “dentro de las cuales se producen efectos de dominación de gran alcance, aunque no sean completamente estables”.

El concepto de cuerpo también es vital para la teorización del discurso y de la relación de poder/conocimiento que realiza Foucault (McNay, 1992). Sostiene que los discursos “disciplinan” al cuerpo mediante “una multiplicidad de procesos menores de dominación” (Foucault, 1977b:138). Los discursos construyen el cuerpo de diferentes maneras, al ejercer sobre él una presión sutil, y establecen restricciones en el nivel del mecanismo en sí (movimientos, gestos, actitudes, rapidez: un poder ínfimo sobre el cuerpo) (Foucault, 1977b:137). Insiste en que el cuerpo es una entidad histórica y culturalmente específica la cual se define, y redefine en diferentes discursos y prácticas discursivas (McNay, 1992):

El cuerpo es la superficie inscrita de los acontecimientos (trazado por el lenguaje y deshecho por las ideas), el locus de un ser disociado (que adopta la ilusión de una unidad sustancial) y un volumen en degradación constante. La genealogía, como análisis de descendencia, se posiciona dentro de la composición del cuerpo y la historia. Su propósito es exponer al cuerpo totalmente impregnado por la historia y el proceso de destrucción del cuerpo en la historia.

(Foucault, 1977:148)

A pesar de la realidad corporal, el cuerpo no es un punto de origen (Riley, 1988). El cuerpo que conocemos es resultado o efecto del discurso porque “ya ha sido”

producido dentro del discurso y las prácticas discursivas (McNay, 1992). No es posible conocerlo fuera del discurso, antes de que esté “inscrito” dentro de las prácticas sociales y las relaciones de poder (McNay, 1992). Sin embargo, los discursos no solo generan cuerpos útiles y dóciles, ya que también producen su propia “pluralidad de resistencias” (Foucault, 1979). Los cuerpos no pueden ser sometidos de manera definitiva a una inscripción, cualquiera que sea, ya que articulan y mantienen una multiplicidad de significados con frecuencia conflictivos. Foucault brinda una explicación radicalmente antiesencialista del cuerpo en la cual no se niega la materialidad del cuerpo (McNay, 1992). En todos los casos, el cuerpo físico “ya está” producido de formas múltiples en discursos específicos sociales e históricos, que lo constituyen, “penetran” y regulan de maneras particulares, pero que a su vez crean resistencia a sus “controles ínfimos”.

La teoría posestructuralista propone una explicación de la subjetividad y el cuerpo como producida y regulada por los discursos, que constituye un marco útil para los análisis feministas de la “anorexia”, así como de muchos aspectos de las experiencias de las mujeres (u hombres) y de la realidad social, en general. En primer lugar, la teorización de la subjetividad como descentralizada, esto es, como constituida y regulada por discursos sociales e históricos específicos, permite un análisis de “la feminidad” vista como una “pluralidad colectiva” (Riley, 1988) de las posiciones de los sujetos que varían histórica y culturalmente, en lugar de una categoría inamovible y asocial. Al contrario de la teoría sicoanalítica, la cual con frecuencia carece de especificidad histórica (McNay, 1992), el posestructuralismo brinda una teoría de la subjetividad más fundamentada al concebirla como variable, regulada y resistida.

En segundo lugar, la teorización del cuerpo hecha por Foucault es radicalmente antiesencialista: el cuerpo “ya ha sido” constituido y regulado por los discursos y las prácticas discursivas. Foucault (1977a) se opone a la búsqueda de orígenes, ya sean corporales o históricos, en tanto “una búsqueda epistemológica problemática” de esencias

ahistóricas y asociales (McNay, 1992). Conceptualiza el cuerpo como un lugar en el cual se manifiestan más concretamente las relaciones de poder (Foucault, 1977b). Así, su proyecto coincide con el del feminismo, en cuanto al análisis del cuerpo como lugar material de la lucha de poderes. Para Foucault, el cuerpo y el sexo son construcciones de los discursos y las prácticas discursivas, las cuales regulan y normalizan las actividades, subjetividades y sexualidades (Foucault, 1979; Walkerdinem 1986). Como lo he señalado, el poder/conocimiento funciona a través de los discursos (Foucault, 1977b, 1980). La teoría de Foucault rechaza cualquier distinción categórica entre la ideología y la ciencia, el hecho y la ficción, puesto que el conocimiento se conecta siempre con regímenes de poder específicos e históricos. La noción de una *verdad* empíricamente verificable, objetiva y absoluta se vuelve insostenible, porque las sociedades crean sus propias verdades específicas, normalizadoras y reguladoras (Foucault, 1979). La teoría posestructuralista permite un cuestionamiento feminista de las *verdades* científicas que han definido a las mujeres como (biológicamente) inferiores y defectuosas o carentes de algo (ver Ussher, 1992a). Al mismo tiempo, ofrece la posibilidad de un marco teórico dentro del cual se analizan los efectos “reales” de estas verdades que “enajenan” a las mujeres en una multiplicidad de formas sociales e históricas específicas.

## Conclusiones

En este capítulo me propuse delimitar algunos aportes de las teorías psicoanalíticas y posestructuralistas. No buscaba ofrecer una explicación exhaustiva de tales teorías, sino exponer aquellos aspectos de las teorías psicoanalítica y posestructuralista que pudiesen ser útiles e inspiradores en la comprensión de asuntos relacionados al género, la subjetividad y la personificación y, más en específico, en nuestro intento por comprender el problema de la “anorexia”.

He afirmado que la explicación de Lacan acerca de la teoría de Freud brinda una teoría de la subjetividad y el género particularmente útil como enajenada dentro del orden *simbólico*. Sin embargo, las teorías de Lacan y poslacanianas carecen de la especificidad sociohistórica que ofrece la teoría de Foucault. El concepto posestructuralista de discurso no solo facilita un análisis de la subjetividad y el género socialmente fundamentado; también permite una caracterización de la “mujer” como una colectividad inestable, de múltiples, y algunas veces contradictorias, posiciones de sujeto en el discurso. El concepto de cuerpo propuesto por Foucault, determinado y regulado por el discurso, además de ser antiesencialista, reconoce e incorpora teóricamente la realidad tangible del corporal. En vista de que el poder y el conocimiento se interrelacionan dentro del discurso (Foucault, 1979), la teoría de Foucault explica al cuerpo como un lugar de lucha de poder, así como una crítica a ciertas verdades científicas sobre el cuerpo femenino que lo posicionan como inferior y defectuoso.

Las feministas critican la falta de atención de Foucault a la asignación de género en las posiciones discursivas y las regulaciones (McNay, 1992). Aunque aborda detalladamente la producción discursiva del sexo y la sexualidad, y de las tecnologías del sexo (Foucault, 1979), no logra explicar cómo las mujeres y los hombres son posicionados, disciplinados y regulados de manera diferente (McNay, 1992). Por lo tanto,

es esencial mantener los aportes psicoanalíticos *lacanianos* del origen fálico de la significación (Frosh, 1994) y sobre la naturaleza de la “mujer” problemática como el otro, negativamente simbolizado. Además, la concepción de la subjetividad como una “suma total de posiciones discursivas” deja sin explorar gran parte del área del deseo y el esfuerzo (Walkerdine, 1986). En la teoría de Lacan, el significante por su sola presencia significa también una carencia (Benvenuto y Kennedy, 1986). Así, el deseo se conceptualiza como un efecto de la pérdida y división fundamental de la significación (Rose, 1982): “es un derivado de la cadena de significación en la que se expresan los canales de deseo” (Lacan, 1958b:259). El deseo está estrechamente relacionado con la subjetividad, ya que ambos son efectos de la significación, de modo que “en la medida en que sea exitoso como fenómeno cultural en interpelar a los sujetos (eso es, en la medida en que los convenga de asumir ciertas (dis)posiciones subjetivas) lo hace mediante la evocación de forma de deseo o la promesa de satisfacción de algún deseo” (Bracher, 1993:19).

Las percepciones psicoanalíticas acerca del deseo, la naturaleza irracional e inconsciente de la identificación y la índole fálica de la significación permiten la comprensión de las formas en que se interpela a las mujeres (y a los hombres) (Althusser, 1977) o se les acapara y posiciona en los discursos. También permite el entendimiento de los “esfuerzos” en algunas posiciones de los sujetos en particular (Hollway, 1992). Sayers (1994) ejemplifica cómo estas defensas inconscientes, teorizadas por el psicoanálisis, se incluyen en la conservación de nuestras “ilusiones fálicas” en la identidad. Walkerdine (1990) dice que “una mujer es una ficción que se vive como realidad y que se entrelaza con la fantasía”.

Con esta exposición de la teoría psicoanalítica y posestructuralista he intentado demostrar cómo esta perspectiva teórica permite conceptualizar e investigar la “anorexia nerviosa” como un objeto de discurso producido de múltiples maneras y como una



categoría particularmente relevante para las mujeres, para la instauración y regulación (discursivas) de las feminidades, subjetividades y del cuerpo *femenino*. Aunque mi análisis sobre la anorexia se base en las teorías posestructuralistas y la teoría de Lacan, se mantendrá o “se intentará mantenerlo en el nivel discursivo” (Foucault, 1972:48). Mi objeto de estudio serán los textos acerca de la “anorexia”, y no ninguna supuesta realidad “más allá” de ellos. En la Parte II de este libro me referiré a la genealogía de la “anorexia”, a su origen histórico como objeto del discurso médico, y al desarrollo subsecuente y la proliferación de ese objeto del discurso, tal y como lo han incorporado y reproducido numerosos discursos clínicos y académicos, en términos de la disfunción fisiológica, propensiones genéticas y cognitivas o la disfunción psicodinámica o familiar, o dentro del discurso sociocultural feminista, como resultado de los ideales culturales de la delgadez femenina y de la opresión de las mujeres en la sociedad capitalista patriarcal. En la Parte III, me centraré en los discursos utilizados por las mujeres diagnosticadas o autodiagnosticadas como anoréxicas, con el propósito de indagar cómo converge una variedad de discursos culturalmente censurados en el cuerpo (en el cuerpo femenino, en este caso, en el cuerpo (muy) delgado, el cuerpo “anoréxico”) para constituir y regular este cuerpo, la subjetividad y la feminidad en múltiples, y a menudo contradictorias, maneras.

## DISCURSO, FEMINISMO, INVESTIGACIÓN Y LA PRODUCCIÓN DE LA VERDAD

En el capítulo 1 se explicaron las teorías psicoanalíticas y posestructuralistas, y se analizó el modo en que subvierten el sentido común y las nociones psicológicas dominantes de sexo, identidad y corporalidad. Para ofrecer una explicación radicalmente antiesencialista de la subjetividad, el género y la personificación, argumenté que una perspectiva posestructuralista, basada en la teoría de Lacan, brinda un espacio teórico útil e inspirador dentro del cual cuestionar críticamente el estado de los conocimientos actuales sobre la “anorexia” y en la cual revisar ese problema de acuerdo con sus contextos discursivos sociohistóricos y de género específicos. Una perspectiva posestructuralista feminista como he sostenido, permite superar la dicotomía entre la sociedad y la persona, y nos acerca aun más a un concepto de “anorexia” entendido como un fenómeno socioculturalmente constituido, y manifiesto individualmente en las mujeres. Una perspectiva así nos permite ubicar las experiencias y angustias de las mujeres con respecto a la comida y en relación con el género, la subjetividad y la personificación dentro de aquellos discursos que constituyen y regulan nuestra vida en la sociedad occidental de finales del siglo XX. También abre la posibilidad de investigar las dimensiones de género de tales discursos, permitiéndonos involucrarnos con las dimensiones sociopolíticas de nuestra subjetividad y la de los demás. Mediante el esclarecimiento de estos discursos que convergen hacia el cuerpo femenino y el cuerpo “anoréxico”, se puede indagar cómo opera la “microfísica del poder” en el discurso acerca del cuerpo anoréxico.

Esta perspectiva feminista posestructuralista presenta implicaciones radicales no solo sobre cómo conceptualizamos la sociedad sino también sobre cómo investigamos

ese mundo y el estatus que le damos al conocimiento que obtenemos de dicho mundo. El posestructuralismo feminista tiene implicaciones radicales también respecto al modo en que interpretamos los enfoques psicológicos dominantes utilizados para investigar, y a cómo podemos conducir nuestra propia investigación. Según se señaló en el capítulo 1, los objetos de la realidad social

no son “cosas” separadas ni independientes del discurso, sino que precisamente se establecen dentro y mediante los elementos discursivos que rodean los objetos en cuestión. Las cosas se vuelven visibles y palpables mediante la existencia de las prácticas discursivas.

(Prior, 1989:3)

“El poder y el conocimiento se unen en el discurso” (Foucault, 1979:100). ¿Qué sucede, entonces, con la teoría y la investigación psicológica? ¿Cómo debemos percibir, desde una perspectiva posestructuralista, los discursos de la psicología y los procesos en las cuales nos involucramos para producir conocimientos “científicos” acerca de la realidad social, de las personas, del género y las patologías? En este capítulo me referiré a las implicaciones metodológicas del posestructuralismo feminista sobre la investigación psicológica. Comenzaré con una breve revisión de las críticas a las metodologías positivistas “dominantes” hechas por psicólogos feministas y adeptos al “nuevo paradigma”. Expondré cómo la teoría posestructuralista socava las suposiciones epistemológicas y metodológicas que subyacen a la investigación positivista.

Estas críticas han ido de la mano con el desarrollo de nuevos enfoques, a menudo cualitativos, en los estudios sociales y psicológicos (Henwood y Pigeon, 1992). Entre estos enfoques se encuentran las metodologías analíticas del discurso, que han contado con el apoyo en el campo de la psicología de Potter y Wetherell (1987), Burman y Parker (1993), Hollway (1989) y Walkerdine (1986, 1988), por ejemplo. Se argumentará que los análisis discursivos son, o pueden ser, compatibles epistemológicamente con la

perspectiva teórica desarrollada en el capítulo 1. Esta es la metodología que se utiliza para abordar el problema de la “anorexia” en las Partes II y III de este libro.

## Críticas al positivismo

Desde la década de 1930, la metodología hipotética-deductiva o positivista se ha utilizado como el paradigma dominante en psicología (Kitzinger, 1987). Tal enfoque se caracteriza por idealizar el control experimental y la manipulación de las variables, y por prestar atención a las minucias de los procedimientos investigativos a partir de la cuantificación, medida y análisis estadístico. La filosofía científica que fundamenta tal enfoque se basa en el positivismo lógico, creado por el Círculo de Viena al inicio de la década de 1920. Supone una realidad objetiva y comprensible, y se fundamenta en la epistemología empírica de que el conocimiento “verdadero” debe sustentarse en la experiencia y la observación (Harre y Secord, 1972). La “verdad objetiva” de los resultados de las investigaciones estaría entonces respaldada por la utilización rigurosa de los procedimientos de investigación. El conocimiento objetivo se obtiene solo mediante la experimentación científica y la observación, la cual corroboraría (o invalidaría) la verdad de las proposiciones lógicas (Bechtel, 1988): “Por medio de la reducción de conceptos complejos en simples funciones lógicas de conceptos simples, relacionados con operaciones experimentales no ambiguas, la ciencia se podía desarrollar sobre una base sólida de hechos irrefutables” (Harre y Secord, 1972:33).

Las críticas hacia el positivismo lógico, efectuadas por Popper, Kuhn, Quine y los trabajos de Lakatos, Laudén, Feyerabend y otros, condujeron a la generación de las filosofías científicas de corte pospositivistas (Bechtel, 1988; Outhwaite, 1987). No obstante, la visión positivista de la investigación científica, entendida como conocimiento progresivamente acumulativo y objetivo, y de utilización universal, que se determina a

partir de la naturaleza del mundo, persiste (ver Woolgar, 1988) y permanece como el paradigma dominante dentro de la psicología. Sin embargo, ha recibido muchas críticas desde dentro y fuera de la psicología (Henwood y Pigeon, 1992; Parker, 1989).

Buena parte de la crítica procede de los psicólogos del “nuevo paradigma”, tales como Harre (1979) y Shotter (1975. 1984). Harre y Secord (1972:28) argumentan que la metodología positivista no genera automáticamente conocimiento científico confiable; que el conductismo, el epítome de la psicología positivista, ofrece tan solo una objetividad ilusoria, y que los resultados de los experimentos de laboratorio, tan apoyados por la psicología positivista, no se pueden generalizar a los seres humanos en su contexto social. Consideran que la psicología social positivista es inadecuada, en vista de que no toma en cuenta los distintos significados o contextos del comportamiento humano, ni la mediación o la experiencia humanas. En consecuencia, los psicólogos del “nuevo paradigma” utilizan nuevas ideas y metodologías, como la etnometodología (Garfinkel, 1967), el análisis de juego de roles, entrevistas y la teoría del acto del habla (Austin, 1962), originadas en otras disciplinas, en un intento de producir una nueva psicología centrada en la persona y orientada al contexto (Harre y Secord, 1972; ver Parker, 1990a).

El feminismo, a su vez, también ha lanzado críticas relevantes a la búsqueda positivista de la objetividad científica. Pero, existen “tantas teorías y premisas feministas al respecto como hay feministas (Ussher, 1991:187). Debido a la variedad de perspectivas sería ingenuo hablar de “el punto de vista feminista” (Ussher, 1991) o de *la* crítica feminista del positivismo. Por el contrario, hay diversas críticas y agendas feministas de investigación.

Muchas feministas sostienen que el discurso científico no es objetivo, ni libre de juicios de valor, ni apolítico; por el contrario, se manifiesta como masculinizado y androcéntrico. La epistemología positivista “científica” se basa en una ideología liberal, que ubica al “hombre racional” como generador de conocimiento objetivo de su entorno

mediante la experimentación científica (Fee, 1981). Esta ideología implica la premisa, pocas veces explicitada, de que las características de la “persona racional” en realidad son características masculinas (Fee, 1981). El discurso científico ha anulado, fuese intencionalmente o no, la posibilidad de que las mujeres pueden ser “creadoras de conocimiento” (Harding, 1987:3). Mientras que al “hombre” se lo asocia con la cultura, la racionalidad, el conocimiento y la ciencia, a la mujer, como el “otro”, del hombre (ver capítulo 1), se le relaciona con la naturaleza, la superstición y las emociones (Jordanova, 1989). Una vez que se vincula a la “mujer” con la naturaleza, esta pasa a ser un objeto, no un sujeto, del conocimiento científico (Fee, 1981; Jordanova, 1989; Bleier, 1984).

Las feministas han demostrado que en las ciencias sociales se presupone que los individuos son masculinos (Harding, 1987). Así, algunas feministas definen a la tendencia dominante en investigación como “la tendencia académica masculina dominante” (Siltanen y Stanworth, 1984) y como “estudios del hombre” (Spender, 1980). Este androcentrismo excluye muchos aspectos de la vida de las mujeres de la investigación “oficial” (Harding, 1987) y ha concluido en un principio “en el que lo masculino representa la norma” (Griffin, 1986), que inevitablemente marginaliza y patologiza a las mujeres. Se invisibiliza a las mujeres o se les interpreta como desviaciones inferiores de los hombres (ver Jordanova, 1989). La crítica feminista ante el principio de que “lo masculino representa la norma” no es un simple llamado de atención en procura de una mayor “equidad” en la investigación, ya que “si se considera seriamente a las mujeres, si se posiciona a la experiencia femenina como elemento fundamental de lo que se estudia, entonces no se podrá evitar cambiar el resto” (Stanley y Wise, 1983:3).

No se trata simplemente de incluir a las mujeres en los programas de investigación científica, ya arraigados a la ideología patriarcal (Griffin, 1986; Harding, 1987). ¿Cuál es el estado que se le debe atribuir a los conceptos de “objetividad” y “validez” positivistas tal y como se encuentran, esto es, basados en una noción de la investigación científica como

apolítica? ¿Cómo se debe interpretar la “objetividad” de los programas de investigación que excluye un compromiso con las dimensiones sociopolíticas de las experiencias?

Muchas feministas han mostrado como se ha usado la ciencia para favorecer a los hombres (caucásicos y burgueses), por ejemplo, en la construcción de la masculinidad y la femineidad de cierta manera, y luego establecerlas como naturales. Así, se considera el género, la división sexual del trabajo y el estatus quo sexual como presuntos hechos naturales, y no como construcciones y prácticas sociopolíticas. La ciencia ha contribuido a la construcción y regulación de género y de las relaciones opresivas de género (Walkerdine, 1986; Foucault, 1979; Ussher, 1991). La ciencia, que en apariencia no emite juicios de valor, ha generado evidencia aparentemente objetiva de que las mujeres son adecuadas de manera natural para las labores domésticas y a la maternidad únicamente (Jordanova, 1989), que son menos inteligentes que los hombres (ver Sayers, 1982; Bleier, 1984), que tienen menos destrezas matemáticas (ver Walkerdine, 1986, 1988), y que muestran más susceptibilidad a las enfermedades (ver Ehrenreich y English, 1974) y a la inestabilidad mental (Ussher, 1991). Durante muchos años, las feministas han enfrentado tales afirmaciones acerca de las mujeres y han propuesto muchas maneras de producir conocimientos positivos y diferentes acerca de las mujeres (Walkerdine y Lucey, 1989).

Las feministas han desafiado a la “ciencia” mediante la elucidación de una “masculinidad” de su supuesta objetividad, por medio del señalamiento de su favorecimiento a los hombres y la exposición de cómo la ciencia apoya al estatus quo del patriarcado. Muchas investigadoras feministas procuran invalidar y minimizar los conocimientos científicos acerca de la supuesta inferioridad de las mujeres mediante varias epistemologías (Ussher, 1991) y metodologías (Harding, 1987) para recuperar las experiencias de las mujeres (Stanley y Wisem 1983) y las voces femeninas (Gilligan, 1982) y para deconstruir las explicaciones científicas acerca del género (Gavey, 1989; Bleier, 1984). Se piensa que el “límite entre las explicaciones científicas y los discursos

científicos ficticios puede ser más precisa” (Walkerdine y Lucey, 1989:31). Los investigadores feministas rechazan la metodología positivista “tradicional”, por razones éticas, epistemológicas y emancipadoras (Henwood y Pigeon, 1992). Según argumentan los teóricos que defienden un punto de vista feminista (ver Griffin y Phoenix, 1994), la investigación feminista, además de “centrarse en la mujer”, debe procurar la reflexión y la crítica de las epistemologías y metodologías aceptadas. La investigación feminista ha de partir de las perspectivas epistemológicas y metodológicas que sean adecuadas según los cuestionamientos investigativos a los que se avoca y a sus objetivos emancipadores.

### La teoría posestructuralista y la investigación

La crítica posestructuralista de la ciencia comparte muchos aspectos con la crítica feminista recién descrita (Gavey, 1989). Algunas feministas, en efecto, ubican al feminismo dentro del posestructuralismo o posmodernismo explícitamente (por ejemplo Flax, 1987), o afirman que el posestructuralismo reitera los principios del feminismo (por ejemplo, Burman, 1990). Al igual que la crítica feminista, la teoría posestructuralista socava las aseveraciones de la ciencia con respecto a la objetividad y afirma que el poder tiene una influencia significativa en el conocimiento (ver capítulo 1).

La crítica posestructuralista de la ciencia procede de la teoría lingüística posterior a Saussure, la cual problematiza la relación entre el significante y el significado, entre el lenguaje y la realidad. El lenguaje no se define como un medio transparente por medio del cual percibimos el mundo. No describe la realidad de forma más o menos objetiva. Por el contrario, construye la realidad (Parker, 1990b). Los discursos son prácticas sociales que “de manera sistemática construyen los objetos a los que hacen referencia” (Foucault, 1972:49). Participan activamente en la elaboración de ciertas realidades de diversas maneras (Wetherell y White, 1992) y en el proceso constituyen ciertas relaciones de poder



y normalizan formas de regulación social (Foucault, 1979; ver capítulo 1).

La teoría posestructuralista rechaza radicalmente las afirmaciones de que los discursos científicos describen y explican de manera objetiva una realidad preexistente e independiente del discurso. Redefine los “hechos” empíricos como productos teórico-lingüísticos (Lawson, 1985) y la “metodología científica”, no como medio para dar a conocer una realidad sino como una técnica de elaboración de realidades y verdades específicas (Tseelon, 1991). De acuerdo con la perspectiva posestructuralista, no hay correspondencia entre la ontología y la epistemología (Parker, 1990b) o entre la realidad más allá del discurso y los conocimientos del mundo. Así, la noción de que “las propuestas de la teoría científica son verdaderas o no en virtud de la realidad del mundo no se pueden utilizar con resultados favorables en la caracterización de un realismo defendible” (Harre, 1992:153). No se trata de argumentar, como hace Derrida (1976:158), que “no hay nada más allá del texto”; que no hay un mundo real fuera del discurso. La teoría posestructuralista demuestra, más bien, la inverosimilitud de las afirmaciones “empíricas puras” de que se puede conocer de manera directa la realidad física extradiscursiva de las cosas (Parker, 1990a). Así, la teoría posestructuralista pone en entredicho el “concepto filosófico de la *verdad* que proporciona la aprobación definitiva de una explicación en particular” (Outhwaite, 1987). Niega la posibilidad de conocer objetivamente la realidad fuera del discurso, pero no le es necesario negar la existencia de una realidad más allá del discurso, “independientemente de las percepciones, acciones u otras manifestaciones de los sujetos humanos” (Woodiwiss, 1990:25). Bhaskar afirma que hay cosas que “existen y actúan independientemente de nuestras descripciones, pero que solo se pueden reconocer a través de descripciones particulares”:

las relaciones entre el objeto “real” y las prácticas que llevan a su producción son complejas: no hay un momento en la “realidad” que sea comprensible o posible fuera de un marco de prácticas discursivas que lo

vuelven posible y convertible.

(Walkerdine, 1984:163)

Para el análisis del problema de la “anorexia”, tomaré esta posición posestructuralista “crítica y realista”, que presupone la existencia de una realidad material externa al discurso, mientras sostiene que los conocimientos de lo “real” son sociohistóricamente circunstanciales y no objetivas o absolutas, y que el conocimiento siempre es ideológico, no por ser parcializado y distorsionado, sino porque únicamente ofrece una visión parcial (Hall, 1982).

La teoría posestructuralista coincide con el feminismo en la crítica de las afirmaciones científicas acerca de la objetividad y en la aserción de que el poder es intrínseco al conocimiento. Comprueba que los intentos “científicos” por eliminar la subjetividad, la parcialidad y otras fuentes de “error” no garantizan una objetividad sin juicios de valor (Tseelon, 1991). De hecho, la mera posibilidad de una verdad *absoluta* ya es considerada una fantasía (Walkerdine y Lucey, 1989). Mediante el rechazo de una verdad universal absoluta, la teoría posestructuralista aboga por una pluralidad de “verdades”, las cuales incluyen las verdades feministas (Gavey, 1989:462).

Sin embargo, el posestructuralismo problematiza ciertas perspectivas feministas tales como la “perspectiva privilegiada” (ver Flax, 1987) y el feminismo esencialista (ver Sawicki, 1991). Se refiere en particular a la noción feminista o no feminista de una experiencia, identidad o deseo femenino auténtico, que ha sido reprimido por el patriarcado (Sawicki, 1991). La investigación feminista se concentra en las experiencias de las mujeres (ver Hardingm 1987; Stanley y Wise 1983) y la propuesta de una investigación concentrada en las mujeres (ver Nicolson, 1986) ha expuesto algunos de los problemas de la investigación positivista orientada hacia la “experiencia masculina”, ya descritos. Pero el posestructuralismo demanda una reevaluación de las formas de conceptualizar a las “mujeres” y las “experiencias femeninas”, ya que problematiza o

deconstruye la categoría de “mujer” y porque propone a un sujeto descentralizado cuyas experiencias se construyen fuera de sí mismo. La teoría posestructuralista indica que no hay experiencias ni deseos femeninos *casi naturales* fuera del patriarcado o diferentes de la experiencia masculina. Por el contrario, las subjetividades de las mujeres (o de los hombres), las experiencias y los deseos han sido previamente constituidos y regulados por los discursos y las prácticas discursivas (Walkerdine, 1986; ver capítulo 1). Por eso, la investigación feminista posestructuralista no pretende una búsqueda o reclamo de la experiencia femenina legítima, sino un análisis de las maneras en que se constituyen y regulan las subjetividades, las experiencias y los deseos de las mujeres mediante el discurso, y una elucidación de las especificidades sociohistóricas del poder/conocimiento con respecto al género (ver Gavey, 1989).

## El análisis del discurso y el posestructuralismo

Las diversas críticas del positivismo han ido acompañadas por el desarrollo de nuevas perspectivas de investigación, con frecuencia de tipo cualitativo (Henwood y Pidgeon, 1992). Entre tales metodologías se encuentran las perspectivas analíticas del discurso desarrolladas en psicología, por ejemplo, por Potter y Wetherell (1987), Burman y Parker (1993), Hollway (1989) y Walkerdine (1986).

Dentro del ámbito del “análisis del discurso”, existen numerosas tendencias (Potter y otros, 1990) y se conceptualiza al “discurso” en sí de distintas maneras (Walkerdine, 1986). En términos generales, se puede entender la perspectiva analítica del discurso hacia la investigación como una parte de un “giro hacia el lenguaje” dentro de las ciencias sociales (Parker, 1990a).

La psicología social tradicionalmente ha adoptado la posición de que “el lenguaje es un medio neutral y transparente entre las personas y el mundo” (Wetherell y Potter,

1988:168); de que el discurso común de las personas refleja fenómenos y procesos reales y relativamente estables, como las actitudes, personalidades y cogniciones que existen dentro de la persona y de manera independiente del lenguaje. Los investigadores han procurado dar a conocer de forma objetiva tales fenómenos, como si fuesen evidentes en el lenguaje bajo estudio. Ciertos avances en los campos de la lingüística, la teoría literaria, la filosofía y la sociología demuestran que esta concepción del lenguaje resulta inverosímil (Wetherell y Potter, 1988). Los psicólogos que analizan el discurso se han basado en las ideas propias de la etnometodología (Garfinkel, 1967), la teoría de los actos del habla (Austin, 1962), el posestructuralismo, la lingüística, el análisis conversacional y la crítica literaria para desarrollar conceptos alternativos acerca del lenguaje y el discurso (Wetherell, 1986; Walkerdine, 1986). Dentro del análisis del discurso, éste se visualiza como orientado hacia la acción y como productor de la realidad (Potter y Wetherell, 1987, 1991). Así, se comprende el discurso como una práctica social sociohistóricamente localizada (Parker, 1990a): “Las personas actúan de diferentes maneras mediante el lenguaje oral y escrito” (Potter y Wetherell, 1991:3). Construyen versiones particulares de la realidad utilizando los recursos discursivos socialmente disponibles. Los discursos generan verdades, realidades y subjetividades particulares, y a su vez reproducen relaciones de poder. “Determinados regímenes de la verdad o áreas de conocimiento permiten establecer lo *que se puede decir o hacer*” (Walkerdine, 1984:154-155). Conforman las subjetividades e interpelan al sujeto hablante (u oyente) de distintas maneras (Hollway, 1992; Parker, 1990a). A la investigación analítica del discurso no le interesa dar a conocer ninguna realidad objetivamente cognoscible que esté fuera del discurso, sino que analiza los discursos en sí, tal y como se manifiestan en los textos y el habla.

Hay enfoques distintos entrelazados dentro del “análisis discursivo”. “Es muy difícil hablar de ‘discurso’ o de su ‘análisis’ como una entidad unitaria y única, ya que se

podrían confundir algunos enfoques apoyando marcos filosóficos diversos y específicos” (Burman y Potter, 1993:3). Se ha diferenciado estos puntos de vista de varias maneras y es bastante lo que se ha dicho acerca del tema. Potter y Wetherell (1991) identifican al menos cuatro tipos de trabajos conocidos como “análisis de discurso”.

El primero ha sido influenciado significativamente por la teoría del acto de habla y se ocupa del análisis de los intercambios conversacionales en contextos institucionales específicos. Sinclair y Coulthard (1975) analizan el discurso dentro de la clase con respecto a los “actos” verbales, similares a las oraciones gramaticales, las cuales se pueden combinar para formar movimientos como el “enfoque” de la actividad en el aula, o su inserción en un “marco”. La investigación de Van Dijk caracteriza una segunda forma de “análisis discursivo”. Van Dijk define el análisis del discurso como “parte de una teoría cognoscitiva y social más incluyente acerca de las reglas y estrategias que subyacen en la producción y comprensión del discurso (de los medios de comunicación)” (Van Dijk, 1983:27). En este caso, el análisis discursivo abarca los efectos del “discurso” sobre los procesos cognoscitivos, como la comprensión y la memoria. Por ejemplo, su análisis de artículos de periódicos se utilizó para desarrollar un modelo cognoscitivo de la producción, la comprensión y la memoria en los medios de comunicación.

Más allá del estudio del lenguaje, estas formas de “análisis discursivo” no comparten otras características del enfoque utilizado en esta investigación. No se oponen a la conceptualización del lenguaje como medio transparente mediante el cual se accede al “mundo real”. Tampoco son compatibles epistemológicamente con la teoría posestructuralista. Estas aproximaciones al “análisis discursivo” deben entenderse como avances metodológicos todavía dentro de la psicología empírica y no como alternativas radicales a tal paradigma. El último de ambos enfoques conceptualiza explícitamente el análisis “discursivo” como una manera de revelar los procesos cognoscitivos subyacentes.

Un tercer tipo de análisis discursivo es el que se desarrolla dentro de la sociología de la ciencia. Estas investigaciones (por ejemplo, Gilbert y Mulkay, 1984; Woolgar, 1988) se ocupan del análisis discursivo y de textos de los investigadores científicos para elucidar las maneras en que elaboran sus acciones como racionales y sus hallazgos como hechos, mientras las actividades “científicas” de los otros se posicionan como fallidas. Este enfoque se acerca al punto de vista posestructuralista por el hecho de que evita la noción de una *verdad* conocida objetivamente, anterior al discurso, y porque, por el contrario, se ocupa del análisis de las maneras en las cuales los discursos constituyen a los objetos. También hay diferencias importantes entre este punto de vista y el que utilizo en este libro.

Otra aproximación que se distingue dentro del “análisis discursivo” se interesa primordialmente por el análisis de la retórica, esto es, por estudiar las maneras en que se despliegan los recursos discursivos en los textos y en el habla para producir efectos específicos. El análisis retórico no repara en la “exactitud” o en la manera en que una explicación se relaciona con la realidad putativa (Potter y Wetherell, 1991). Por el contrario, elucidada la manera en que se construye una explicación para competir con otras versiones de la “realidad” (Billig, 1991). Por ejemplo, Potter y otros (1991) han examinado la cuantificación retórica utilizada en un documental televisivo reciente sobre el cáncer y por las instituciones de caridad británicas. Muestran cómo ciertas formas de cálculos específicos (como cálculos de incidencia, frecuencias de diferentes tipos de cáncer y cálculos del éxito de los tratamientos) y prácticas de presentación específicas se han implementado satisfactoriamente en diferentes grupos para generar controversia sobre el grado de éxito o no de la investigación médica acerca de los tratamientos contra el cáncer. Del mismo modo, Widdicombe (1993) ha examinado “los procesos de negociación y argumentación retóricos” involucrados en la discusión sobre los cambios en la identidad. Mediante el análisis de entrevistas con “punkis” y “góticos”, identifica algunas de las

formas en las que los hablantes orientan y negocian el problema de pretender ser miembros auténticos de una subcultura y no simplemente copiar a otros.

Este punto de vista sobre el análisis del discurso se encarga de explicar los recursos discursivos desarrollados en la construcción de las explicaciones de la realidad, como en la aseguración de explicaciones específicas como hechos, aunque se minimicen versiones alternativas. Estos estudios acentúan la naturaleza constructiva del discurso, la manera en que los discursos y los recursos discursivos no solamente muestran una realidad que existe desde antes del discurso sino que constituyen los objetos o situaciones de maneras específicas. Prestando particular atención a los aspectos argumentativos del habla y los textos, también comienzan a elucidar las formas en las cuales el poder se imbrica en el discurso. Este enfoque comparte algunos de los aspectos teóricos y metodológicos del posestructuralismo. Se opone al proyecto empirista de mostrar de forma objetiva una realidad (putativa) anterior al discurso y en su lugar se encarga de la explicación de las maneras en que los discursos y los recursos discursivos construyen los objetos dentro de contextos socioculturales específicos (Potter y Wetherell, 1987). Sin embargo, hay diferencias importantes entre este punto de vista y el análisis discursivo posestructuralista.

En esta perspectiva posestructuralista se distinguen las obras de Henriques y otros (1984), Hollway (1989), Walkerdine (1986, 1988) y Wetherell (1996). Se ocupa de la elucidación de las maneras en que los discursos constituyen y regulan ciertas prácticas discursivas, experiencias y subjetividades, y las formas en que los discursos constituyen conocimientos específicos o *verdades* que a su vez rigen nuestra vida. A diferencia de las perspectivas antes descritas, esta forma de análisis discursivo se basa en la filosofía social continental y en el análisis cultural, y principalmente en la teoría posestructuralista de Foucault. Se distingue de las otras perspectivas por su interés teórico en la epistemología y por el desarrollo de un marco teórico investigativo

posestructuralista (ver Parker, 1990a, 1990b). Por ejemplo, Valerie Walkerdine (1986) ha estudiado “las prácticas sociales diarias” en la familia y la escuela para mostrar cómo los discursos particulares han definido la “niñez”, las “buenas” enseñanzas y los “buenos” cuidados maternos, y cómo tales definiciones constituyen parte de una variedad de “régimenes de la verdad” que tienen efectos favorables e influyentes en la regulación del orden moderno”. Este estudio

estaba dirigido hacia la comprensión de cómo los supuestos acerca de las “buenas madres”, las “educadoras sensibles” y la “naturaleza de la niña” funcionan en relación con las prácticas domésticas y pedagógicas que a su vez constituyen la vida diaria de muchas mujeres y niñas. Se preocupaba principalmente por la relación entre las concepciones de verdad, poder y construcción del sujeto... para explorar la manera en que el posestructuralismo nos permite entender la posición que ocupan las jóvenes y las mujeres en estas prácticas.

(Walkerdine, 1986:57)

Esta perspectiva se caracteriza sobre todo por el interés explícito en el posestructuralismo, en las formas en que los discursos constituyen y regulan los conocimientos, objetos, prácticas, subjetividades y experiencias, y en la elucidación de las especificidades sociohistóricas de tales poderes/conocimientos. La diferenciación de las diferentes formas de análisis discursivos es, en mi opinión, de gran utilidad para ubicar los estudios de “análisis del discurso” según sus marcos metodológicos y teóricos específicos. Esta categorización es provisional ya que muchos estudios se basan en más de una de estas perspectivas. Por ejemplo, el estudio de Widdicombe, sobre los recursos retóricos utilizados en las construcciones autobiográficas de “ser un gótico”, muestra un interés en la producción discursiva del sujeto que se asocia más con el posestructuralismo que con una perspectiva orientada a la retórica. La distinción entre



las formas de análisis discursivo descrita anteriormente se ve entonces oscurecida por la existencia de estudios basados en más de una perspectiva. En efecto, se puede argumentar que la metodología utilizada por Potter y Wetherell (1987), Gilbert y Mulkay (1984) y los “psicólogos del discurso” orientados a la retórica es compatible con el marco teórico del posestructuralismo. Ambas perspectivas parten de la definición de los discursos como “orientados a las acciones” y como constituyentes de la realidad. Ambos comparten “un interés con respecto a las maneras en que el lenguaje produce y reprime el significado, donde el significado no se ubica dentro de las mentes de las personas y donde las condiciones sociales producen las formas de expresión disponibles” (Burman y Parker, 1993:3).

Pero, según queda dicho, existen diferencias importantes entre estas perspectivas. En primer lugar, la perspectiva posestructuralista se puede definir por su tendencia al análisis “global”, a la explicación de los discursos y los recursos discursivos, a grandes rasgos, y al análisis de las formas en que éstos constituyen y regulan a sus objetos. Por el contrario, la perspectiva orientada a la retórica se caracteriza por ser muy “meticulosa”, ya que se concentra en los procedimientos discursivos más detallados (como los recursos retóricos) utilizados en la producción de explicaciones específicas (Wetherell y White, 1992).

En segundo lugar, y más importante, estas perspectivas difieren en el marco teórico utilizado. Aunque la metodología intrínseca de los análisis “meticulosos” es compatible con el posestructuralismo, no es explícitamente posestructuralista. No utiliza solo la conceptualización del “discurso” propuesta por Foucault, por ejemplo. Como se muestra en el debate entre Parker (1990a, 1990b) y Potter y otros (1990), el uso del término “repertorios interpretativos”, en lugar del término “discurso”, muestra diferencias sutiles pero relevantes entre las dos perspectivas en la manera en que conceptualizan el “discurso” y en la forma en cómo la teoría posestructuralista influye o no en el análisis.

## Una perspectiva posestructuralista feminista sobre el análisis discursivo

El término “análisis discursivo” abarca un rango amplio de perspectivas investigativas, las cuales comparten pocos aspectos con la metodología posestructuralista utilizada en este libro. Para el análisis de los discursos alrededor de la “anorexia nerviosa” se utilizará un análisis “global”, en vez de uno “meticuloso”, para abordar los discursos y los recursos discursivos involucrados en la producción y regulación de la “anorexia”, la subjetividad y el género.

La perspectiva utilizada y desarrollada se puede ubicar de manera general entre aquellas perspectivas que evitan cualquier noción de una realidad objetivamente conocida previa al discurso, y se interesa en el análisis de las maneras en que los discursos y los recursos discursivos son los que construyen, en lugar de ser un reflejo de, los objetos. Me interesaré en el análisis de las formas en que los discursos, como prácticas sociales, construyen verdades específicas, realidades particulares y subjetividades, y al mismo tiempo reproducen relaciones de poder (de género) específicas. Al estudiar el problema de la “anorexia” me baso en la teoría de Foucault, de manera particular en las argumentaciones teóricas de Foucault sobre el discurso y el conocimiento (1972), el poder y regulación (1977b, 1980) y la genealogía (1977a). Se incluirá, además, la teoría de Lacan de la subjetividad y el género y las apropiaciones feministas (ver capítulo 1), en lo concerniente a las maneras en que se constituyen y regulan los cuerpos femeninos, las subjetividades, los deseos y las experiencias dentro de un contexto discursivo patriarcal.

Esta forma de investigación analítica del discurso no busca una realidad objetiva conocida sobre la “anorexia” fuera del discurso, sino que se interesa por un análisis de los discursos tal como se manifiestan en los textos, expresiones orales, prácticas e

instituciones (ver Henriques y otros, 1984). Se concentra en la elucidación de la inseparabilidad de los discursos de las condiciones en las que emergen, y de las instituciones y las prácticas de las que forman parte (ver Walkerdine, 1984). Busca demostrar cómo los discursos y las prácticas discursivas constituyen y regulan objetos, prácticas y deseos, y cómo la producción discursiva de las verdades se comprende por medio de una “microfísica del poder” (Foucault, 1977b:139) que afecta al cuerpo femenino y al cuerpo “anoréxico”.

Esta es una perspectiva que permite una revisión crítica de las concepciones “dominantes” acerca de la “anorexia nerviosa” y que facilita una manera de ubicar mejor a la “anorexia” dentro de los contextos discursivos socioculturales en que se manifiesta. A la vez facilita una indagación de los discursos en los cuales se constituyen y regulan la anorexia, la feminidad, la subjetividad y el cuerpo. Da la posibilidad de investigar las maneras en la que funciona la microfísica del poder en el discurso sobre el cuerpo femenino y el anoréxico.

## Parte II

### LA CONSTITUCIÓN DE UNA MUJER DELGADA

Las producciones discursivas acerca de la “anorexia nerviosa”

## UNA GENEALOGÍA DE LA “ANOREXIA NERVIOSA”

Mientras el nombre del trastorno simbólico femenino puede variar de un período histórico a otro, la asimetría de género de la tradición representativa se mantiene constante.

(Showalter, 1985:4)

A fines del siglo XX, en Europa, el concepto de la “anorexia nerviosa” ha resultado fundamental para la transformación en patología de ciertos aspectos de las experiencias de las mujeres. “Anorexia nerviosa” es el nombre y la explicación de las afecciones extremas que experimentan algunas mujeres jóvenes y adultas con respecto a los alimentos y el peso corporal, y a los graves comportamientos autodestructivos relacionados con tales afecciones. Si se quiere comprender mejor cómo la “anorexia” se ha convertido en la explicación para la manera desordenada de comer o no comer del todo; si además, se desea entender mejor el carácter eminentemente cultural, clínico y académico de tales trastornos, y si se quiere comprender las relaciones entre la “anorexia nerviosa”, la mujer” y las mujeres, entonces es indispensable tener una perspectiva genealógica y “rastrear el origen” de la anorexia. Se debe investigar cómo la “anorexia” ha surgido y se ha desarrollado como objeto de los discursos médicos y psicológicos, al tiempo que examinar el papel que han desempeñado las construcciones discursivas de feminidad en este proceso histórico. Según han demostrado algunas feministas en reiteradas ocasiones, se ha creado una afinidad entre desviación, “locura”, enfermedad y la categoría de “mujer” en una variedad de contextos sociohistóricos diferentes. ¿Cómo puede encajar la “anorexia nerviosa” en la historia de la patología femenina y feminizada?

Esta relación entre la “mujer” y la “patología” en los diagnósticos clínicos que se concentran en el género y en las representaciones culturales de la demencia y la

enfermedad como femeninos se ha visto como lógica. Por ejemplo, durante el siglo XX se han diagnosticado y tratado a más mujeres que hombres por “enfermedades mentales” (Ussher, 1991; Chesler, 1972) y también durante los siglos XVIII y XIX (Showalter, 1985; Ehrenreich y English, 1974). Como el “otro” del “hombre racional”, la “mujer” se ha dado una categoría “ficticia” como enferma, deshabilitada intelectualmente y como irracional y loca (Ussher, 1991), y como el “otro” del “hombre racional” (ver capítulo 1) “las mujeres y la locura comparten el mismo ámbito”, ubicados ambos en relación a una norma fundamentalmente masculina (Martin, 1987:42).

Esta relación entre la feminidad, la enfermedad y la demencia era ciertamente evidente durante el siglo XIX, período en el cual apareció por primera vez la “anorexia nerviosa” como objeto del discurso médico. Aunque los discursos médicos y culturales sobre el género han cambiado significativamente desde el siglo XIX, todavía se asocia la feminidad con los conceptos de enfermedad y demencia. Broverman y otros (1970), en su estudio clásico sobre conceptos clínicos en salud mental, descubrieron que la concepción de los médicos de un adulto sano correspondía al concepto de un hombre sano y no de una mujer sana. No se acreditaban características de una “adulta sana” a las mujeres como lo hacían con los hombres. Esta disyuntiva entre una “mujer” y la salud (mental) se ejemplifica de forma extensa en un artículo reciente en el cual se organizó el conjunto de síntomas de una prueba de detección de un “trastorno de somatización” de manera tal que se podría utilizar la siguiente nemotécnica: “un trastorno de somatización acosa a las damas y desconcierta a los médicos” (Othmer y De Souza, 1985: 1148). Al parecer, la misoginia médica no terminó en la era victoriana. La categoría de “mujer” continúa siendo una categoría de la otredad, de desviación y de patología.

El vínculo de la mujer con la patología se interpreta como el resultado del patriarcado, ya sea porque la opresión patriarcal la convierte en una enferma o porque la sociedad patriarcal busca fomentar la imagen de un ser inferior por naturaleza (ver

Ussher, 1991). En ambos casos, los discursos y las prácticas discursivas alrededor de la “anorexia nerviosa” se pueden entender como parte de un sinfín de estrategias discursivas patriarcales, mediante las cuales se ha constituido a la “mujer” históricamente como el otro, como una desviación, enfermiza e inferior. Si procuramos comprender mejor esta categoría contemporánea e importante de “patología femenina”, conviene adoptar una perspectiva genealógica en la cual se indaguen los contextos sociohistóricos discursivos dentro de los cuales se constituye y regula la autoinanciación de las mujeres (europeas). Una vez explicadas las posiciones premédicas y las primeras explicaciones médicas sobre la autoinanciación femenina, pasare a considerar aquellos aspectos de la medicina de los siglos XVIII y XIX, que colaboraron en la producción de la “anorexia nerviosa” como un objeto del discurso médico.

En este capítulo no me detendré en la evaluación de la “veracidad” de las aserciones históricas sobre la autoinanciación o establecer diagnósticos en retrospectiva. Tampoco pretendo “restaurar una continuidad truncada” (Foucault, 1977 a: 146) entre el pasado y el presente, entre las mujeres a quienes se les diagnosticó anorexia durante el siglo XX y las explicaciones históricas de las mujeres medievales, georgianas o victorianas practicantes de la autoinanciación. Tampoco voy a demostrar que la “anorexia nerviosa” ha existido desde siempre (independientemente de los contextos sociohistóricos discursivos) ya que la “genealogía... rechaza el desarrollo sociohistórico de las significaciones ideales y teleologías indefinidas, ya que se opone rotundamente a la búsqueda de los ‘orígenes’” (Foucault, 1977a:140).

Por lo tanto, este capítulo no trata sobre el “descubrimiento” de la “anorexia nerviosa” ya que, como Foucault argumenta,

el objeto no espera en el limbo por una orden que lo libere y le permita ser parte de una objetividad visible y minucioso. No se precede a sí mismo ya que se vio obstaculizado durante las

primeras etapas. Se posiciona bajo las condiciones positivas de un grupo complejo de relaciones.

(Foucault, 1972:45)

La “anorexia nerviosa”, como objeto, no existía fuera del discurso médico a la “espera” de darse a conocer por medio de los avances científicos. Por el contrario, la “anorexia nerviosa” se constituyó mediante los discursos médicos y las prácticas discursivas que la definieron y le dieron tratamiento:

En esas etapas de diferenciación inicial, en las distancias, las discontinuidades y los umbrales en que surgieron dentro de estas, el discurso psiquiátrico encontró la manera de delimitar sus alcances, o de definir de lo que se trata, de darle el rango de objeto y de hacer que se manifestara, nombrara y describiera.

(Foucault, 1972:41)

No se pueden buscar los significados u orígenes de la anorexia en el cuerpo “anoréxico” femenino. Por el contrario, se deben considerar los discursos y las prácticas discursivas en las que emergió y se constituyó. El cuerpo no es un objeto natural y transhistórico, basado en su realidad corporal (Riley, 1988). El cuerpo se constituye y se regula de acuerdo a los discursos sociohistóricos específicos. Según Foucault (1977a: 147), la historia y la “descendencia” “se encuentran vinculadas al cuerpo”. Los discursos y las prácticas discursivas son “intrínsecos” al cuerpo, y el propósito de esta genealogía es “exponer un cuerpo señalado completamente por la historia y el proceso de destrucción del cuerpo que realiza la historia” (Foucault, 1977a: 148).

El objetivo de esta genealogía consiste en demostrar la naturaleza discursiva de la “anorexia nerviosa” y analizar aquellos discursos y prácticas discursivas que facilitaron y constituyeron la anorexia como una categoría del discurso médico. El discurso médico de finales del siglo XIX, en el cual surgió la “anorexia nerviosa”, no se limitó sencillamente a



describir una “realidad” que existía más allá de dicho discurso. Al contrario, el discurso médico en comunicación con la cultura dominante fue incorporado en el cuerpo (femenino) que se diagnosticaría como anoréxico. El cuerpo varía históricamente. Se ubica “siempre” dentro de una cultura (Riley, 1988). Al cuerpo al que se le diagnostica no puede apartarse de los discursos que hablan sobre él.

El surgimiento de la “anorexia nerviosa” fue un acontecimiento discursivo facilitado por los vacíos y las relaciones existentes entre los discursos (ver Foucault, 1997a). La anorexia surge en la interfaz de los discursos médicos y culturales sobre la hipocondría, la histeria y la feminidad. Se constituyó como un trastorno nervioso femenino cuando la “mujer nerviosa” era una figura cultural significativa (ver Ehrenreich y English, 1974) y cuando las explicaciones de la debilidad nerviosa femenina eran cambiantes (ver Rousseau, 1991). La anorexia se convirtió en un foro político y médico, en el cual se debatió, se constituyó y reconstituyó la nerviosidad femenina.

### Casos de autoinanición femenina previos a la medicina moderna

Han habido muchos casos documentados de mujeres que, inspiradas por la religión, practicaban la autoinanición en la Europa medieval; el más conocido fue el de Catalina de Siena (1347-1380). Santa Juana y Santa Cristina son otros ejemplos, de quienes la última “abandonó la comida porque no tenía nada más que ofrecerle a Cristo”. La santa Princesa Margarita de Hungría pasó por lo mismo hasta que murió en 1271 a los 26 años (Halmi, 1983:2), mientras que se dice que Liduina de Schiedam (1500) sobrevivía solo con “un pedacito de manzana del tamaño de una ostia” (Strober, 1986:231).

En cuanto a la anorexia, muchos historiadores concuerdan en que tales casos se podrían diagnosticar en retrospectiva como anorexia. Por ejemplo, Halmi (1983:1) argumenta que la anorexia nerviosa “ya existía al comienzo del siglo XIII”, y que Margarita de Hungría

“presentaba una personalidad anoréxica premórbida común”. En forma similar, Palazzoli (1974:3-4) afirma que “es probable que los casos de anorexia nerviosa se hayan dado desde tiempos inmemoriales” y que “la enfermedad era frecuente durante la edad media”. Otros historiadores (por ejemplo Habermas, 1989; Tolstrup, 1990) son más cautelosos en cuanto a los diagnósticos en retrospectiva, pero queda claro que muchos historiadores de la anorexia plantean como válido utilizar el concepto de “anorexia nerviosa” del siglo XX de manera más o menos categórica en un gran número de casos históricos de autoinanición femenina. Tales historias favorecen y suponen los conocimientos médicos y psicológicos modernos sobre la anorexia como verdades objetivas y transhistóricas. Dan por sentado que la “anorexia” es una entidad médica transhistórica, cuya existencia se da de manera independiente de los discursos en los que se constituye actualmente y del entorno cultural en el que se manifiesta. Según señala Brumberg (1988:42), “algunos escritores médicos e historiadores... nos harían creer que Karen Carpenter y Santa Catalina de Siena sufrieron la misma enfermedad”.

Pero tales diagnósticos en retrospectiva son muy controversiales (Dinicola, 1990). Los análisis históricos de la autoinanición demuestran que el significado que se atribuía en la Europa medieval a la comida y el ayuno eran muy distintos de los actuales (ver Bynum, 1987). Las hambrunas aún existían en Europa y las prácticas ascéticas, como el ayuno, eran costumbres religiosas comunes. El ayuno, argumentaba un comendador del siglo XIII, “era útil para la expulsión de demonios y pensamientos impuros, la redención de los pecados, la eliminación de vicios, el surgimiento de una esperanza de un bien futuro y un anticipo de la gloria celestial” (citado en Bynum, 1987:2-3).

La comida, especialmente la eucaristía, se ubicaba en un contexto religioso. Se representaba a Dios y a Jesús como proveedores y como alimento. La eucaristía simbolizaba la unión con Dios por medio del alimento y muchas de las que ayunaban no ingerían nada más que la ostia (Bynum, 1987). En la Europa medieval, el ayuno se percibía como un instrumento de espiritualidad y no como una patología individual (Brumberg, 1986).

Hay similitudes ineludibles entre las descripciones de las mujeres ayunantes de la Edad Media y las de la anorexia nerviosa del siglo XX con respecto a los efectos físicos de la inanición (Brumberg, 1988). Más allá de esto, las diferencias son tales que destruirían cualquier argumento a favor de la equivalencia entre los dos fenómenos. Las diferencias entre la cultura medieval y la contemporánea indican que el ayuno generaba consecuencias sociales muy distintas y tenía significados muy diferentes en comparación con el concepto contemporáneo de la “anorexia”. Las posiciones de los sujetos, y por consiguiente las experiencias, del ayuno religioso femenino y la “anoréxica” del siglo XX son muy distintas. La similitud sintomatológica de la autoinanición medieval y de aquella presente en la Europa del siglo XX no es evidencia de una continuidad de experiencias personales o de significados sociales (Brumberg, 1986). Tampoco indica una propensión transhistórica “natural” femenina a los trastornos alimenticios. La historia contemporánea define el ayuno de Santa Catalina de Siena como una expresión de piedad admirable y santa. Su muerte no fue vista como la culminación trágica y lamentable de una enfermedad o trastorno.

### La autoinanición en los inicios del discurso médico

Después de la reforma protestante, se rechazaron muchas prácticas católicas tradicionales, incluida la meditación rigurosa y la adoración de los santos. Se sometió a las mujeres que ayunaban a un escrutinio y sospecha (Brumberg, 1988). Sin embargo, se siguieron dando casos de ayuno por parte de algunas mujeres durante el siglo XIX. Entre esos casos están los de Martha Taylor (c. 1669), la “célebre doncella de Derbyshire”, Ann Moore (c 1807), la “ayunadora de Tutbury”, y, la más conocida, Sarah Jacobs (c 1873), la “galesa ayunadora” que murió aunque había vigilancia de su ayuno (Morgan, 1977).

Los registros de tales “damas milagrosas” y “ayunadoras” representan una transición importante en la historia de la autoinanición femenina. A pesar de que se

documentaron en un marco religioso, también se incluyeron poco a poco en el surgimiento de la medicina. Durante los siglos XVI y XVII, “la anorexia milagrosa” (‘anorexia mirabilis’) se convirtió en motivo de debate intenso entre los médicos y las autoridades civiles y el clero. Los médicos y magistrados fueron considerados como investigadores calificados con respecto al ayuno milagroso (Brumberg, 1988). El término “anorexia milagrosa”, acuñado por François Boissier de Sauvages de la Croix a finales del siglo XVIII (Brumberg, 1988), indica ese punto en que para hablar del ayuno se pasó de las explicaciones teológicas a las médicas.

Dicha transición de las acepciones religiosas a las médicas acerca de la autoinanición no fue inmediata. Sin embargo, se marca el comienzo de una “discontinuidad radical” en las construcciones discursivas sobre la autoinanición tan pronto las teorías “científicas” comenzaron a desplazar a las interpretaciones teológicas. Con el surgimiento de la medicina profesional, “el cuerpo se redujo a un plano orgánico” (Foucault, 1979:117) de manera que a fines del siglo XVIII surgió nueva tecnología *médica*, “separada de las instituciones religiosas, aunque sin ser completamente independiente del tema del pecado” (Foucault, 1979:116). A medida que se separaron las interpretaciones médicas sobre la autoinanición de las aserciones religiosas previas, las construcciones acerca del ayuno como milagroso o divino se empezaron a considerar como ideológicas, al igual que el escepticismo con que los médicos escribían sobre las “ayunadoras” (ver por ejemplo Smith-Rosenberg y Rosenberg, 1973/1974). Hammond (1879, citado en Strober, 1986), por ejemplo, calificó la religiosidad de varias de las primeras descripciones de las “ayunadoras” como poco científica, bajo la premisa de que probablemente eran casos de engaño, fraude o enfermedad física.

Dicha coyuntura en que la autoinanición se convierte en una preocupación médica en vez de una de carácter religioso se considera también como “el comienzo” de la historia de la anorexia. Un sinnúmero de explicaciones hechas a finales del siglo XVII

acerca del “ayuno” mediante la pérdida del apetito se muestran como descripciones médicas tempranas de la anorexia nerviosa. Un caso diagnosticado en retrospectiva (ver Strober, 1986) es una descripción hecha por el médico Fabricius en 1611, acerca de una niña de trece años de quien se afirmó que vivió sin comer o beber durante tres años:

Tenía un semblante triste y melancólico. El cuerpo parecía suficientemente carnoso excepto por el vientre, tan comprimido que parecía pegarse a la espina dorsal... Ella nunca defecaba y aborrecía cualquier tipo de alimento. Al punto de que cuando alguien, que la visitó en privado, le dio un poco de azúcar, inmediatamente se desvaneció.

(citado en Strober, 1986:232)

A pesar de que muchos otros casos de autoinanición contemporáneos al anterior aún se interpretaban de manera religiosa, esta en particular es completamente médica. El hecho de que Fabricius fuera un médico y que documentara la condición física de aquella joven también garantiza su estatus médico. Este es un ejemplo de un discurso médico temprano. A diferencia de las aserciones de que “la similitud clínica del caso con la verdadera anorexia nerviosa es evidente” (Strober, 1986:232), no resulta ser una descripción clara de la anorexia nerviosa tal y como se describe en la bibliografía médica y psicológica de finales del siglo XX. Aunque el abdomen de la muchacha se describe como muy “comprimido”, su cuerpo, independientemente de su peso, se consideró como “suficientemente carnoso”. Tomando en cuenta las consideraciones religiosas acerca del ayuno, y contrario a las descripciones modernas sobre la anorexia, se hace hincapié en una aparente condición saludable a pesar de la autoinanición: “Lo más sorprendente es que aquella muchacha caminaba por todas partes, jugaba con otras niñas, bailaba y hacía todas las demás cosas que hacían las niñas de su edad” (citado en Strober, 1986:232). “Que se “desvaneciera” cuando se le dio “un poco de azúcar” no es una característica de

las descripciones actuales de la anorexia, y las características principales actuales de miedo a la obesidad o a la distorsión corporal no se mencionan en el recuento.

Otros informes de los siglos XVII y XVIII que se consideran como descripciones médicas modernas sobre la anorexia nerviosa son *Medical lectures and clinical aphorisms* (1668) de Hobbes, *A discourse on prodigious abstinence* de Reynolds (ver Bliss 1982) y los debates de Whytt sobre la “atrofia nerviosa” (ver Dowse, 1881). Sin embargo, frecuentemente se hace referencia a *Phthsiologica: or a treatise of consumption* (1689/1694) de Richard Morton, la cual se cree es la bibliografía médica más antigua acerca de la anorexia (Brunch, 1974). Muchos historiadores especializados en la anorexia (por ejemplo Tolstrup, 1990; Waltos, 1986) se refieren a esta como la primera descripción detallada, completa y fácilmente reconocible acerca de la anorexia nerviosa. Morton expone, en *Phthsiologica*, los casos de muchas mujeres y un hombre que se “perdían” en la “atrofia nerviosa o agotamiento”. La hija del señor Duke, dice Morton,

sufrió una eliminación total de sus *períodos* debido a una multitud de *cuidados y pasiones* de su *mente* ... con el tiempo su *apetito* había desaparecido, y su *digestión* empeoraba; sus músculos empezaron a tornarse flácidos y flojos, y su semblante pálido... No recuerdo haber visto algo así en todos mis años de ejercicio profesional, que fuera conocido como un ser *viviente* tan desgastado, totalmente consumido (como un esqueleto recubierto solo por la piel) aunque no tenía *fiebre*, sí tenía un terrible frío en todo el *cuerpo*; no tenía tos o dificultad para respirar, ni ningún otro problema en los pulmones u otro padecimiento.

(1689-1694, citado en Bliss y Branch, 1960:10-11; Waltos, 1986:1-

2)

Morton clasifica tal “atrofia nerviosa” como una forma de “agotamiento” o “tisis”, que es una enfermedad “que consume”, caracterizada por la pérdida de apetito, amenorrea, enflaquecimiento extremo y una ausencia de fiebre, tos o cualquier otro “padecimiento”. Sin embargo, según algunos historiadores de la anorexia, Morton no identificó una enfermedad según la comprende la medicina moderna, ni identificó el “padecimiento” del que habla como “anorexia nerviosa”.

Una atrofia nerviosa o agotamiento es un *cuerpo totalmente consumido sin indicios de fiebre, tos o falta de oxígeno*, asociada a una falta de apetito y una mala digestión, a la cual le sigue una debilidad lánguida natural y una pérdida de los músculos cada día más y más marcadas... Las causas que predisponen al paciente a esta enfermedad suelen ser deseos profundos de la mente, el consumo inclemente de bebidas espirituosas y un aire malsano, por los que no existe asombro de que se destruyan la densidad de los nervios y la fortaleza del espíritu.

(1689-1694, citado en Bliss y Branch, 1960:9-10)

La concepción georgiana de enfermedad era claramente diferente en comparación con las teorías médicas y psicológicas modernas. Según L.P. Hartley (1953:1), “el pasado es un país extranjero. Ahí las cosas se hacen diferente”.

La medicina previa a la época moderna carecía de un sistema nosológico y de una teoría de la enfermedad. El diagnóstico dependía de las descripciones de las enfermedades que suministraban los pacientes, lo cual provocó la producción de una interacción fluida entre las creencias existentes y las teorías “científicas” de la emergente profesión médica (Porter y Porter, 1988). Había una multiplicidad de modelos explicativos. Entre ellas, predominaban la teoría de los “humores”, la que se centraba en los “nervios” y la “nervosidad”, los efectos de la imaginación sobre el cuerpo, los peligros del medio

ambiente y una preocupación holística con respecto a la “constitución” (Rousseau, 1991). Por ejemplo, la teoría tradicional de los humores sostenía que el temperamento, la condición física y la salud “estaban determinadas por el equilibrio cambiante de los fluidos internos, espíritus, apetitos y almas” (Porter y Porter, 1988: 201). Las enfermedades no se comprendían como “entidades genéricas estables”, sino que se explicaban a partir de la concentración temporal de los humores. Así, una enfermedad podría convertirse en otra (Porter y Porter, 1988). Los humores, la imaginación o la nervosidad podían causar cualquier padecimiento (Stainbrook, 1965). Tales afecciones se interpretaban como signos de una “constitución desmerecida”. Estaba muy arraigada y, a pesar de ser superficial, involucraba a todo el cuerpo y a la persona completa (Porter y Porter, 1988).

El discurso médico presente en Morton difiere significativamente del discurso médico moderno. Durante el siglo XVIII, el “agotamiento” o “tisis” implicaba un estado y no una cosa (Porter y Porter, 1988). Para Morton, la enfermedad surgía a partir del estado de “agotamiento”. Su diferenciación entre “el agotamiento nervioso” y otros no es equivalente al tipo de diferenciación moderna que se puede dar entre la tuberculosis y la “anorexia nerviosa”. Además, tal condición indicaba una “constitución quebrantada” (Porter y Porter, 1988). Los nervios o la imaginación podían ser parte tanto del agotamiento “biológico” como del “nervioso” (Stainbrook, 1965). Morton atribuye la causa de la “atrofia nerviosa” a “los violentos deseos de la mente” (al alcohol y al “aire malsano”) los cuales destruyen “el tono de los nervios”, “el temperamento” y “los espíritus”. Construye una explicación holística típicamente georgiana de la enfermedad, sobre la cual no es posible utilizar la distinción moderna entre las causas psicológicas y las somáticas. Incluso a finales del siglo XIX los “trastornos nerviosos” implicaban tanto enfermedades físicas o de inflamación de las fibras nerviosas como psicopatologías (Rousseau, 1991). Dowse (1881:96) se refirió a los “nervios neumogástricos inflamados, irritados o debilitados” como los causantes de la pérdida del apetito. Presentar el recuento de Morton como un herald



del pensamiento psicossomático contemporáneo sería caer en un anacronismo, ya que los discursos mediante los cuales los médicos georgianos elaboraron la relación entre la mente y el cuerpo diferían significativamente de los actuales. Para ellos, el “ser” y el soma estaban sinérgicamente relacionados, y en algunas ocasiones significaban lo mismo. Esa interacción entre ambos dio como resultado una transformación mutua” (Porter y Porter, 1988:201).

Los primeros textos médicos de Fabricius (1611/1646), Morton (1689/1694), Whytt (1767), Naudeau (1789) o Willan (1790), tan a menudo presentados como descripciones casi definitivas de la anorexia nerviosa, deben comprenderse como las primeras explicaciones médicas acerca del ayuno (ver Dinicola, 1990; Brumberg, 1988). Los intentos por realizar un diagnóstico en retrospectiva inevitablemente niegan las divergencias entre las significaciones culturales sobre la autoinanición, así como las diferencias y discontinuidades considerables en el “conocimiento” médico. También pasan por alto las diferencias importantes en las descripciones. Atribuir las diferencias en la sintomatología presentada a una observación inapropiada y a la falta de conocimiento por parte de aquellos médicos favorecería la posición del conocimiento médico y psicológico actual como una verdad transhistórica, y presupone, en lugar de demostrarlo, que la “anorexia nerviosa” siempre ha existido como una “enfermedad” independientemente del conocimiento médico y del contexto cultural.

## **Informe de investigación**

## Introducción general

Para el presente proyecto de graduación se tradujeron los capítulos 1 y 2 de la parte I y una selección de 8 páginas del capítulo 3 de la parte II del libro *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nerviosa*<sup>3</sup>, de Helen Malson. El texto original trata el tema del lenguaje como parte de las causas directas de las percepciones negativas que las mujeres pueden tener de ellas mismas, y la manera en que tales puntos de vista se reflejan en el padecimiento de la anorexia nerviosa. La autora expone sus argumentos tomando como referencia las teorías de autores reconocidos como Freud, Lacan y Foucault, figuras señeras del estudio psicoanalítico.

Luego de exponer determinadas teorías del psicoanálisis y parte de sus implicaciones en el proceso de comprensión del funcionamiento de la psicología femenina, Malson realiza una serie de comparaciones y explicaciones sobre las teorías y postulados con relación al psicoanálisis mediante la teoría lingüística del proceso social y el comportamiento femenino, y su relación con las causas de la anorexia nerviosa. Además, explica y critica algunas de las relaciones entre el lenguaje y la imagen que proyecta la sociedad acerca de la mujer y la feminidad, y los efectos que esto produce en la psicología colectiva femenina.

Durante el proceso de traducción y edición del texto meta se observaron ciertos patrones sintácticos que la autora utiliza de manera recurrente, y que resultaron llamativos con miras al presente trabajo. En particular, surgieron las siguientes interrogantes: ¿cuáles son las estructuras sintácticas significativas del texto original?

¿Cuál es su función? Y, con base en estas, la tercera:

---

3 Malson, Helen. *The Thin Woman: Feminism, Post-Structuralism, and the Social Psychology of Anorexia Nervosa*. Londres y Nueva York: Routledge, 1998.

¿Qué sucede cuando se rompen estas estructuras en la traducción y cómo afecta tal ruptura al texto final?

Para dar una respuesta preliminar al problema se plantea un análisis comparativo entre las estructuras sintácticas del texto original y los efectos de una eventual simplificación sintáctica practicada en el texto meta, con el fin de evaluar su funcionalidad con respecto al carácter argumentativo que presenta el texto. Como parte del proceso investigativo, se evalúan los recursos léxicos, y la simplificación como una tendencia del estilo contemporáneo del español y la relación directa de dichos aspectos con la argumentación en el texto meta. Se establece como hipótesis que la estructura sintáctica del texto original funge como un elemento sustancial de consistencia, coherencia y cohesión en la argumentación, cuya ausencia afectaría significativamente al texto meta, a pesar de que se empleen otros recursos lingüísticos, léxicos y una reestructuración sintáctica.

Los siguientes son los objetivos de esta investigación:

Objetivo general:

- Establecer el grado de funcionalidad de la simplificación estructural mediante el uso de distintos recursos gramaticales y textuales en la traducción de un texto argumentativo.

Objetivos específicos:

- Identificar la estructuración sintáctica utilizada para dar consistencia a la argumentación en el texto original.
- Examinar la funcionalidad de las posibles modificaciones aplicadas en la elaboración de la propuesta de traducción a la luz de la teoría del funcionalismo.

## Justificación

El texto escogido pertenece al área de las ciencias sociales, específicamente al campo de la psicología. Mucha de la bibliografía reciente y actualizada que se utiliza en esta área se publica únicamente en inglés. Tal es el caso del texto seleccionado, del cual no hay ninguna traducción al español hasta el momento, hecho que se confirmó directamente con la escritora.

Por un lado, debido a la necesidad que tienen los profesionales hispanohablantes en esta área de actualizar sus conocimientos, poner en práctica nuevos tratamientos y conocer nuevas tendencias, éstos se ven obligados a utilizar los textos en inglés. Por otro lado, las editoriales suelen tardar mucho tiempo en publicar un libro de estos temas en español y, en algunas ocasiones, no las publican del todo. Esto representa un obstáculo para muchos de los profesionales en psicología y para el público en general que puede estar interesado en este tipo de temas que afectan su vida directamente.

El lenguaje es parte de la identidad de una sociedad. Análisis similares al estudio de la doctora Malson se realizan también en la sociedad costarricense por profesionales en el área. Hay también estudios sobre lenguaje no sexista, realizados por la Universidad de Costa Rica, tales como la *Guía para el uso no sexista del lenguaje* del Centro de investigación en estudios de la mujer CIEM-UCR. Se ha visto que implicaciones similares en el uso del lenguaje se reflejan de igual manera en las diferentes culturas alrededor del mundo. Se han realizado estudios provenientes de España como el *Estudio sobre lenguaje y contenido sexista en la web* de la Fundación CTIC y el *Manual del lenguaje administrativo no sexista* de la Asociación de estudios históricos sobre la mujer de la Universidad de Málaga. Además, hay otros estudios como *El mundo se escribe y se habla en femenino y en masculino: Guía para el uso del lenguaje inclusivo* del Ministerio de la mujer y desarrollo social de Perú. Otras instituciones internacionales como la UNESCO se

ocupan de estudios similares como las *Recomendaciones para un uso no sexista del lenguaje*.

Se revisaron varios de los estudios de los trabajos de graduación de la Maestría en Traducción de la UNA con el fin de determinar temas afines con estos estudios. Se han realizado en los últimos años estudios acerca del lenguaje, la ideología y la cultura. Se examina, en particular, el uso del lenguaje inclusivo o no sexista, en relación con las investigaciones mencionadas anteriormente. Algunos ejemplos de estos trabajos son los siguientes: Eric Bonilla, en su trabajo *Desarrollo empresarial para mujeres “Manual de entrenamiento”*, hace referencia al uso del lenguaje no discriminatorio y aborda temas de antropología, administración de negocios y feminismo que están incluidos en el texto original de su trabajo. Toma en cuenta terminología de diferentes disciplinas principalmente en relación con las dificultades que puedan surgir con respecto al uso del lenguaje inclusivo. Por su parte, Laura Villalobos, en su trabajo *Directrices de traducción en Aldeas Infantiles SOS: Terminología y lenguaje inclusivo*, realiza una verificación y sistematización de las directrices de traducción en Aldeas Infantiles SOS, y analiza específicamente la terminología eufemística influenciada por el lenguaje políticamente correcto y el lenguaje inclusivo a través de unas publicaciones de la revista *Forum*. Estos dos trabajos estudian la problemática del lenguaje inclusivo y la manera en la que los autores se dirigen a las mujeres o tratan de incluir la posición femenina en sus textos.

Otros trabajos se realizaron con base en textos con puntos de vista de género, feminismo o ideología, pero desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, Lidieth Jimenez, en su trabajo *Gender, Modernism and Psychoanalysis*, aporta recomendaciones y matices de equivalencia que procuran respetar los elementos ideológicos y culturales del texto original mediante el estudio de los movimientos más recientes del arte en donde se incluye una perspectiva feminista o femenina. Por otra parte, Francine Ocampo, en su trabajo *Women American Writers de Eileeb Barrett y Mary Cullinan*, realiza un estudio

basado en literatura escrita por mujeres norteamericanas en el cual se analiza la presencia de una gran cantidad de adverbios de modo en los textos narrativos y propone una manera de evitar el anglicismo de frecuencia en español. Además, se incluyen en ese estudio las variedades de lengua presentes en los textos originales. En el estudio *Closing the Gap de Allerd Stikker: Recursos estilísticos y semánticos del discurso argumentativo y la manipulación textual en la traducción*, Juan Carlos Bonilla expone su contribución con la exploración del tema de la traducción como equivalencia en la diferencia, que había sido expuesto por Jakobson, utilizando como base teórica los postulados de la Escuela de la Manipulación y la Teoría de Polisistema.

La simplificación textual ha sido estudiada desde diferentes puntos de vista. Por ejemplo, los autores Aurélien Max y Advait Siddharthan han argumentado a favor del uso de la simplificación como manera natural para ayudar a los lectores con poca alfabetización. Sarah Petersen y Mari Ostendorf, por su parte han utilizado la simplificación en casos con lectores bilingües. Julie Medero y Mari Ostendorf han estudiado la manera de identificar de forma automatizada cuales oraciones o segmentos de un texto se pueden simplificar. Ellos establecen maneras de predecir ciertas estructuras sintácticas con las cuales siempre se podría utilizar la simplificación. Advait Siddharthan, Ani Nenkova y Kathleen McKeown exponen que mediante la simplificación sintáctica se incluye la información más importante del texto para un resumen. Explican que el problema de la simplificación es que la forma no se corresponde siempre con la información más importante del texto. Advait Siddharthan argumenta que el fin de la simplificación sintáctica es hacer el texto más comprensible ya sea por humanos o por máquinas. Advait Siddharthan utiliza sistemas mecanizados de sustitución de elementos gramaticales para simplificar textos. Al igual que él, Martha Rodríguez, Teresa de Salas Garrido y Ana Belén Vargas han explorado el uso de herramientas electrónicas para la

simplificación textual. Sin embargo, ninguno de estos autores hace referencia a textos traducidos o al proceso de traducción cuando se realiza una simplificación sintáctica.

Desde la perspectiva traductológica, el texto brinda la posibilidad de indagar sobre el uso de diferentes estructuras sintácticas con miras a una argumentación eficaz. El estilo empleado por la autora puede verse como una de las principales dificultades traductológicas, principalmente en cuanto a la estructuración de los párrafos y del texto. El interés por estas estructuras se debe a la observación de una tendencia aparente en la práctica traductológica a la simplificación de estructuras sintácticas, bajo el supuesto de que con tal reestructuración se le facilita al lector meta la lectura y la comprensión del texto. Dicha tendencia se ve reforzada por cuestiones formales que se apoyan en ambientes académicos de aprendizaje de un idioma como lengua extranjera y, también, por publicaciones destinadas al público en general en las cuales se intenta hacer el texto más sencillo y claro para el lector. No obstante, la simplificación puede resultar improcedente precisamente porque es en la estructuración sintáctica sobre la que descansan la coherencia y cohesión del texto.



## **Estructura del informe**

El análisis de la traducción se desglosa en tres capítulos:

En el Capítulo I, *Marco teórico*, se explican los postulados y los conceptos del funcionalismo, la semántica estructural y la gramática generativa utilizados durante el análisis, tanto del texto original como de la traducción.

En el Capítulo II, *Estructura sintáctica y estructura argumentativa en el texto original*, se presenta el análisis del texto original en cuanto a sus elementos sintácticos principales. En el Capítulo III, *Simplificación de oraciones y la estructura argumentativa en el texto traducido*, se analiza una propuesta experimental de la traducción en relación a la funcionalidad de los elementos incluidos, mediante la comparación con el texto original basado en el funcionalismo.

Finalmente, se exponen las conclusiones a la luz de las observaciones obtenidas de la investigación.

## Capítulo I

### Marco teórico

#### Introducción

En esta investigación se utilizan tres bases teóricas a la luz de las cuales se analiza la traducción y se desarrolla la investigación. Primero, trabajamos con el concepto de funcionalidad, derivado de la corriente teórica del funcionalismo, que nos guía en el análisis textual para definir si el resultado de la traducción propuesta resulta *funcional* o no de acuerdo a un propósito y un público meta previamente establecido. Segundo, se utilizan criterios propios de la lingüística textual para definir los parámetros de coherencia y cohesión en los textos argumentativos (el caso de texto traducido para esta investigación). Finalmente, se utiliza la representación arbórea de las estructuras sintácticas, propia de la gramática generativa, como herramienta de análisis. Tanto los criterios tomados de la lingüística textual como las herramientas propias de la gramática generativa se utilizarán precisamente para juzgar lo funcional de una traducción realizada con respecto al propósito y público meta de la traducción propuesta.

De acuerdo con lo anterior, vamos a presentar, a continuación algunos elementos teóricos del Funcionalismo y la teoría de Skopos mediante los postulados y explicaciones de Christiane Nord. Luego, nos referiremos a los conceptos de coherencia y cohesión a partir de las propuestas de Roger T. Bell, T. Givón y Miriam Álvarez. Por último, se dará una breve descripción de la metodología utilizada en el capítulo II, tomada de la gramática generativa propuesta por Noam Chomsky.

## Funcionalismo

En este informe de investigación se utilizan los postulados de análisis textual y la teoría del Skopos según los expone Christiane Nord en *Text Analysis in Translation: Theory, Methodology, and Didactic Application*, publicado en 1991. Según Nord, el comienzo y el final del texto concentran la comprensión y la interpretación del texto completo, por lo que requieren un análisis cuidadoso durante la traducción para establecer su recepción e influencia. Sugiere, además, la subdivisión de las oraciones complejas en oraciones más sencillas, idea que fue nuestra guía en la traducción que aquí se analiza. Según Nord: “complex hypotactic sentences are generally regarded as an appropriate means to describe complex facts” (118). Además, señala que: “the analysis of sentence structure is not an aim in itself but must lead to a functional interpretation” (119). La traducción es la producción de un texto meta funcional, manteniendo una relación con un texto original dado, la cual se especifica de acuerdo a un escopos traductológico (232). Según Nord, el análisis del texto, la situación y el escopos de la traducción parece ser la única manera práctica de controlar un proceso traductológico. Entonces, es la función del texto traducido lo que le permite al traductor decidir el tipo de estructura oracional apropiado para alcanzar la función del texto meta, la cual también puede tener en consideración la función del texto original.

Al respecto, el lingüista Hans Vermeer indica que “the skopos of a translation is determined by the function which the target text is intended to fulfil” (en Nord, 24). Así, el propósito de la traducción determina las escogencias en el método y la estrategia traductológica. Nord, en *Translating as a Purposeful Activity* 2006, añade que:

Function or functionality is not a quality of a text in itself but one that is attributed to the text by the receiver in the moment of reception. Thus, it is the receiver who decides whether (and how) a text "functions" (for her/him,

in this situation). A text producer (and the translator as a text producer) aims at producing a text in such a way that the receivers recognize the function for which it is intended, accepting it as functional precisely for this function. In order to achieve this aim, they use linguistic and extralinguistic "function markers" (142-143).

Así pues, como primer paso para producir una traducción funcional, Nord propone identificar la "función del texto original" a través de elementos intratextuales y extratextuales. Luego sugiere comparar esos resultados con la función que se desea que tenga el texto meta (traducción), para así poder identificar y separar los elementos del texto original en los que se basa la traducción. Señala que la función que se determina a partir del estudio del texto original no será necesariamente la función del texto meta; tampoco todos los elementos del texto original se van a incluir en el texto meta como si se tratara de una reproducción incuestionable (ver Nord, 21-24). Por el contrario, se trata de la evaluación de los cambios en relación a la funcionalidad en el texto meta con respecto a la función deseada. Según menciona Nord, si se requiere un cambio de función del texto meta, el estándar no será la coherencia intertextual con el texto original, sino lo que sea apropiado y adecuado en relación con la función de ese texto meta. Señala: "The function (or hierarchy of functions) intended for the target text may be different from that or those intended for, and/or achieved by, the source text, as long as it is not contradictory to, or incompatible with, the source-text author's communicative intention(s)" (2006, 143). Define el escenario ideal como aquél donde la coherencia intertextual es compatible con la función del texto meta. En síntesis, la función del texto meta es el principal elemento para tomar decisiones traductológicas. Cabe destacar también el hecho de que Nord parece indicar que si bien la función de los textos puede cambiar al producirse una traducción, la intención o función comunicativa permanece igual ("as long as it is not contradictory to, or incompatible with, the source-text author's communicative intention(s)" (pág.143)), esto es,

un texto instructivo seguiría siéndolo luego de ser traducido, lo mismo que uno expresivo e inclusive uno argumentativo.

Así pues, una traducción funcional será aquella que se produzca en consonancia con su propia función y propósito, e idealmente, compatible con la intención comunicativa con que el texto original fue producido. Las soluciones específicas que adopte el traductor buscarán armonizar ambos aspectos.

### **Lingüística textual**

Según se concluía en el apartado anterior, para que una traducción resulte exitosa, Nord recomienda guiarse por su función y propósito (coincidan estos o no con los del texto original) así como por el propósito comunicativo del texto original. Pero, ¿de qué depende que un texto, traducción u original, cumplan su propósito comunicativo? En otras palabras, ¿qué hace que un texto instructivo, expresivo o argumentativo lo sea?

Miriam Álvarez, en *Tipos de escrito II: exposición y argumentación*, señala los elementos propios de los textos argumentativos. Entre los rasgos lingüísticos menciona la presencia de terminología propia de un campo en específico, la sintaxis compleja y la modalidad enunciativa, especialmente en textos demostrativos de nivel especializado (págs. 38-39). En cuanto a la sintaxis, señala que:

“lo más significativo tal vez sea la complejidad de la misma y la aparición de largos períodos oracionales. Predomina la subordinación, más acorde con la expresión del razonamiento: la supeditación de una idea a otra, la comparación o la expresión de la condición para que un hecho sea posible” (págs.39).

Álvarez expone, al mismo tiempo, que “la coherencia en su estructuración interna y la claridad en la elocución son cualidades que deben observarse en toda argumentación y ha de lograrse mediante una correcta disposición de la tesis en los distintos párrafos”.

Lo anterior nos lleva al segundo componente de este marco teórico: la lingüística textual. Más específicamente, nos basamos en los conceptos de coherencia y cohesión textual expuestos por el lingüista Roger T. Bell en *Translation and Translating: Theory and Practice*, publicado en 1991. Según Bell, la cohesión en un texto se presenta cuando la estructura de las oraciones posee elementos léxicos formales que permiten crear vínculos entre las oraciones (pág. 165). De esta manera, “coherence consists of configuration and sequencing of the concepts and relations of the textual world which underlie and are realized by the surface text” (165). La coherencia y la cohesión, según establece Bell, tienen la función de unificar el texto por medio de la creación de secuencias de significados. Sin embargo, no se trata de las secuencias de significados de las palabras o términos, ni de frases en específico, sino de la secuencia temática del texto, y la relación entre párrafos y el significado textual en general (págs. 165-166). Para ilustrar, Bell expone el ejemplo de la siguiente secuencia de oraciones: “1. I had a cup of coffee. I got up. I woke up”. Esta secuencia está perfectamente cohesionado, pero no es coherente de acuerdo al orden lógico del “mundo real”. Las oraciones están gramaticalmente correctas pero las acciones están en desorden (pág.165). Así pues, la coherencia y la cohesión de un texto se basan en esa cadena de significados y en las estructuras sintácticas que permiten la comunicación del mensaje.

Además de estos conceptos propuestos por Bell, se tomaron en cuenta los postulados del lingüista T. Givón, tal y como aparecen en su obra *Functionalism and Grammar*, publicada en 1995, y en *Syntax: A Functional Typological Introduction*, de 1990. Givón propone que “information about the coherence structure of text is thus processed through two parallel channels: (a) knowledge-based inferences, supported by the lexical

vocabulary of the clause (b) grammar-cued inferences, supported by the syntactic structure, grammatical morphology and intonational cues of the clause” (1995: 385). Así, la coherencia de un texto se define como un aspecto tanto general como específico. Se evalúa entonces como un aspecto integral e integrador en la creación e interpretación textual. Según Givón, “coherence over multi-propositional spans means continuity or recurrence of some elements” (1990: 897). La escogencia de tales elementos resulta esencial ya que: “by definition, more coherent discourse, with continuous or recurrent subelements, is organized in a way that makes the information mentally more accessible to the speech receiver” (1990: 897). Esos elementos incluyen los aspectos sintácticos y la jerarquía oracional, es decir, subordinaciones y coordinaciones.

Givón establece un análisis basado en los aspectos pragmáticos y cognoscitivos de las estructuras. Con respecto a las estructuras subordinadas y complejas, expresa que, “if dependent, subordinate clauses were to be considered structurally more complex, and if such presumed complexity had any *cognitive* basis, then the relevant notion of complexity must be norm-dependent. That is, one must first demonstrate independently that main clauses constitute the cognitive norm” (1990: 953). De esta manera, sería necesario establecer normas o criterios que validen o desmientan que las estructuras sintácticas simples reflejan ninguna complejidad cognoscitiva.

## Metodología de la gramática generativa

Como se estableció en el apartado anterior, el análisis de las estructuras sintácticas revelaría el grado de cohesión y coherencia de un texto dado, y por lo tanto, su capacidad de cumplir con la función comunicativa para la cual se produjo. En el caso de una traducción, dicho análisis revelaría su funcional resultaría ser dentro de su situación de recepción. Ahora bien, para llevar a cabo el análisis de la estructuración sintáctica de los textos nos serviremos, como ya se había mencionado, de la gramática generativa.

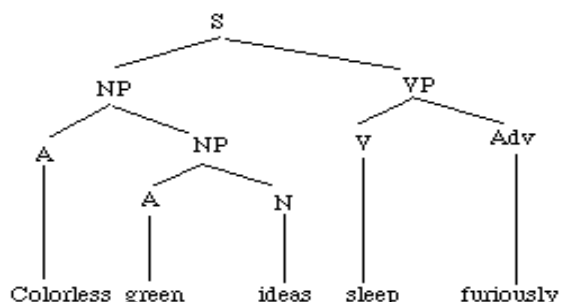
La gramática generativa es una teoría lingüística propuesta por Noam Chomsky en la década de 1960. Se concibe como un modelo para la descripción de la competencia lingüística del hablante nativo, cuya parte central es la sintaxis. Ésta se define como un conjunto de reglas o condiciones que especifican el conjunto infinito de oraciones bien formadas y asigna a cada una de ellas una o más descripciones estructurales (Velarde 4). Se parte del supuesto de que las lenguas, aunque todas son diferentes, vienen determinadas por una facultad universal innata del ser humano llamada “gramática universal”. Según se establece en la *Introducción a Chomsky, en Aspectos de la teoría de la sintaxis*, “el hecho crucial del lenguaje humano es la potencialidad de formar oraciones nunca antes formadas y de entender oraciones antes nunca oídas (Chomsky, pág. XXXV).

En el presente análisis se retoma de esta teoría el método de representación descriptivo de las estructuras oracionales. Se recurrirá a los esquemas oracionales arbóreos, aunque de manera simplificada, siguiendo la notación estándar de la gramática generativa para mostrar las relaciones entre los constituyentes de acuerdo con las necesidades del presente trabajo. Estas ilustraciones permiten visualizar las estructuras y las interrelaciones entre los elementos dentro de las oraciones. Los esquemas incluyen los sintagmas de frase nominal y frase verbal para los cuales se utilizan las siglas en



inglés (NP y VP, respectivamente). Los esquemas se construyen mediante los triángulos que representan los constituyentes inmediatos, sin desglosar, en este caso, las oraciones (principal, subordinada o coordinada), que componen las oraciones complejas. Cada punta del triángulo indica el principio de una oración diferente, simbolizada por S ("sentence").

A continuación se muestra un ejemplo de una representación arbórea simple tomado de *Estructuras Sintácticas* de Chomsky (1974); sin embargo, en este ejemplo no se utilizan los triángulos ya que es una única oración simple.



En este ejemplo observamos la oración principal representada con una S (sentence) y luego sus divisiones. Se muestran los sintagmas nominales y verbales (NP y VP). La representación arbórea señala cada elemento de acuerdo a su relación y función en la oración. Por tratarse de una oración simple, no se ejemplifican posibles subordinaciones o coordinaciones que se representarían como una nueva oración (S) dentro del esquema arbóreo. Este es precisamente el análisis que se realizará de las oraciones del texto original con respecto a su estructura sintáctica.

En este primer capítulo, hemos proporcionado las bases teóricas que utilizamos durante la investigación. En el capítulo II, se desarrollará el análisis de las estructuras sintácticas y argumentativas del texto original, según los lineamientos arriba expuestos.

## **Capítulo II**

### **Estructura sintáctica y estructura argumentativa en el texto original**

#### **Introducción**

En páginas anteriores se mencionó que durante el proceso de edición de la traducción que aquí se investiga, surgió una interrogante sobre la relación funcional que puede haber entre la estructuración sintáctica del texto original y su naturaleza argumentativa. Es evidente que un intento de contestarla exige un análisis de las estructuras sintácticas del texto original, con el fin de caracterizarlas y determinar su función con respecto a la cohesión y coherencia de un texto argumentativo específico. Con esto en mente, en este capítulo, nos ocuparemos de analizar los recursos sintácticos utilizados por la autora en el texto original a la luz de los esquemas oracionales basados en la metodología de la teoría generativa y su propósito (argumentativo) dentro de los párrafos. Como primer paso se presentan algunas consideraciones sobre el carácter argumentativo del texto de Malson.

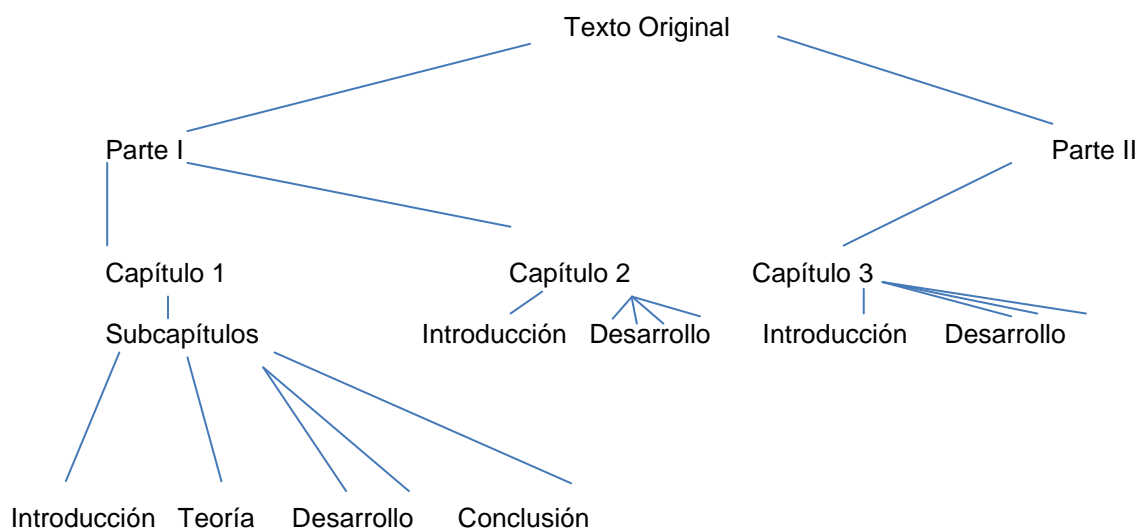
#### **El texto original: un texto argumentativo**

Un texto argumentativo como el que tenemos, se caracteriza por exponer argumentos, ejemplos y contraargumentos de manera secuencial para convencer al lector. Debido a su carácter de feminista, la exposición de los argumentos es sumamente detallada y específica. La macroestructura del texto original sigue un patrón de organización definido para guiar al lector de una manera ordenada a través del texto. En primer lugar, el texto se divide en dos grandes partes: Parte I y Parte II. De esas dos partes se desprenden tres capítulos, de los cuales dos pertenecen a la primera parte y un

tercero a la segunda parte. El primer capítulo, a su vez, se subdivide en cinco subcapítulos: la introducción, un subcapítulo teórico, dos subcapítulos de desarrollo y un subcapítulo de conclusiones. El subcapítulo teórico es la única sección que se subdivide en otros apartados, utilizados para plantear las bases teóricas utilizadas a lo largo de las demás secciones. Además, este primer capítulo es la única sección que presenta explícitamente un subcapítulo de conclusiones.

En el segundo capítulo se identifican cinco subcapítulos, los cuales se dividen en una introducción y cuatro capítulos de desarrollo. En este caso no se incluye ningún subcapítulo o subsección de conclusiones propiamente dicho. De la Parte II del texto original, solo se tomaron en consideración para esta investigación cuatro subcapítulos del capítulo tres: la introducción y tres subcapítulos de desarrollo.

Así pues, la macroestructura del texto original se ilustra en el siguiente esquema:



Para fines del análisis que nos concierne en esta investigación, se examinarán las secciones introductorias o conclusivas de los subcapítulos del texto original más detalladamente. Esto se debe a que en estas secciones se dan con mayor frecuencia las estructuras sintácticas que se describen aquí. Al respecto, Nord indica: “The special part that the beginning and end of a text play in its comprehension and interpretation means that these may have to be analyzed in detail in order to find out how they guide the

reception process and influence the effect of the whole text” (101:1991). De tales secciones se extraen los ejemplos más representativos de su estructura argumentativa. En las introducciones y conclusiones es donde se establecen los argumentos en los cuales se basa el desarrollo del resto de la sección, y del capítulo, y a su vez es donde se producen las relaciones internas que enlazan ideas y dan consistencia a la argumentación.

### **Descripción y análisis de ejemplos del texto original**

Los siete ejemplos seleccionados para este análisis son representativos de una estrategia sintáctica utilizada por la autora del texto original, de manera recurrente, convirtiéndose en una característica de la mayoría de las secciones introductorias y conclusivas, aunque también se utiliza durante el desarrollo de las principales partes de la argumentación.

Cada ejemplo se ilustrará con una figura, numeradas de 1 a 7, que representa la estructura de la oración extraída del texto, específicamente en lo que se refiere a las ramificaciones por subordinación y coordinación.

El primer ejemplo es una oración tomada de la introducción de la primera parte del libro. Se ubica, de acuerdo a la macroestructura, en el primer subcapítulo, en el primer párrafo y es la segunda oración de ese segmento. Se trata de una oración en la que se establece la posición teórica que se desarrollará durante el subcapítulo, la cual contrarresta ideologías previas a la argumentación principal y delimita el tema del subcapítulo.

### Ejemplo 1:

We must question the medical model of anorexia and the empiricist or positivist assumptions concerning the nature and status of “anorexia” that underlie many current perspectives and work instead from a perspective which situates anorexia within its socio-cultural context and which provides a more thorough theorization of gender (pág. 9).

Esta oración constituye la idea central de todo el primer capítulo. Como se trata de un texto argumentativo, resulta esencial establecer una posición desde la cual se desplieguen todos los demás argumentos de los capítulos de esta parte del texto. La autora utiliza esta oración para identificar los principales aspectos que se desarrollarán en las otras secciones.

Así, en la primera oración principal se establece, según mencionamos, una posición que contestaría a las ideologías preexistentes y delimita el tema del subcapítulo. En la segunda oración principal (coordinada con la anterior) se propone una perspectiva diferente para tratar el tema de la anorexia. En las subordinadas se refuerza el contraste entre “las perspectivas actuales” y la nueva opción de análisis especificando las ventajas de adoptar esa nueva perspectiva. Las oraciones subordinadas coordinadas tienen un papel crucial en la argumentación, ya que ayudan a la contraargumentación dándole peso a la contrapropuesta que le permite a la autora delimitar su posición (Ver figura 1 a continuación).

We must question the medical model of anorexia and the empiricist or positivist assumptions concerning the nature and status of “anorexia” that underlie many current perspectives and work instead from a perspective which situates anorexia within its socio-cultural context and which provides a more thorough theorization of gender.

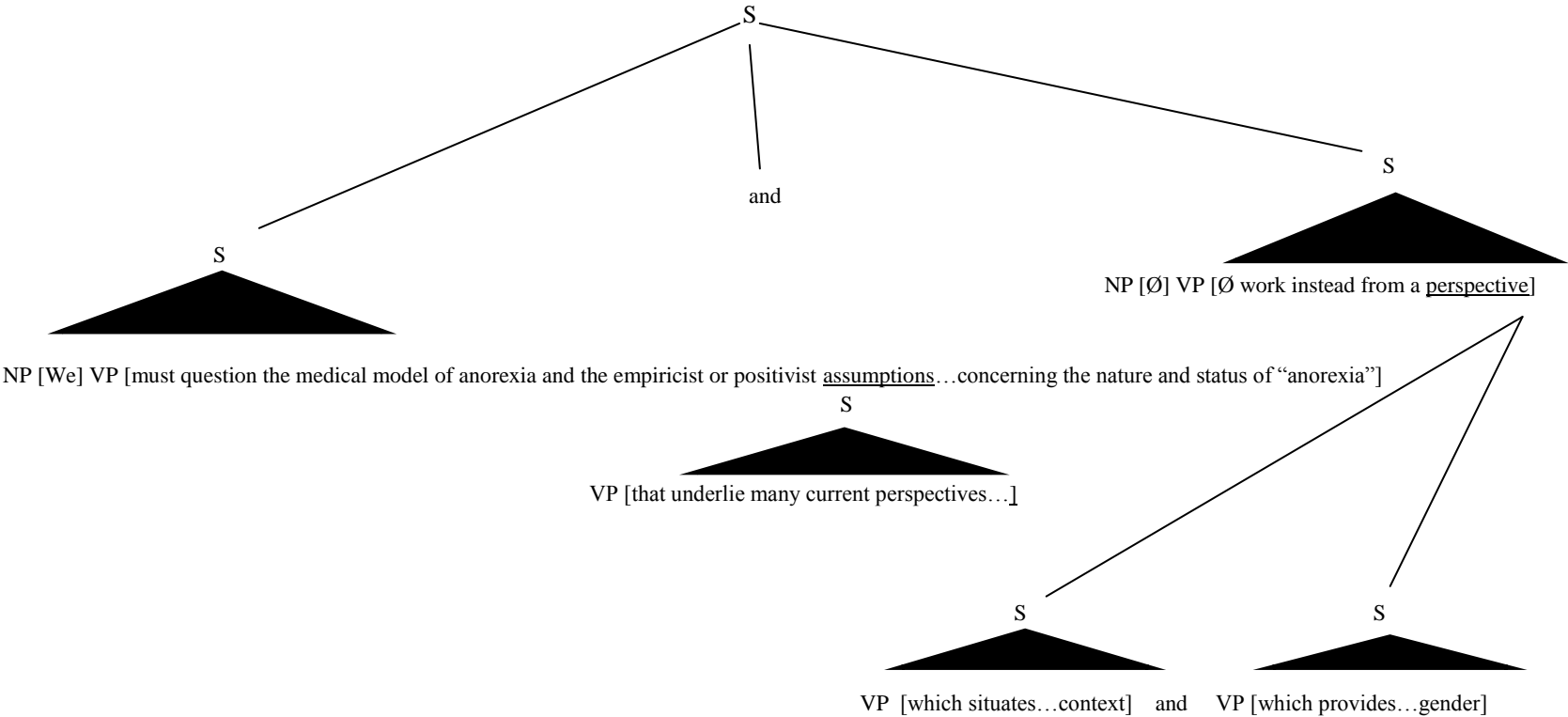


Figura 1.

El siguiente caso es una oración que se ubica en la conclusión del tercer subcapítulo del primer capítulo. Se encuentra exactamente en el último párrafo de esa sección y es la cuarta oración. Contrario a lo que podríamos pensar, su función no es hacer un recuento de los aspectos citados durante el subcapítulo, sino proponer una idea contraria al concepto abstracto de “orden simbólico” de Lacan.

Ejemplo 2:

I would argue that we need to “deconstruct” Lacan’s abstracted concept of the Symbolic order; to ground this order in the actualities of the Social so that we can explore the specificities of the social-political contexts within which our experiences of gender, identity and embodiment are constituted (pág. 25).

Este contrargumento presenta cuatro niveles de subordinación. En ellos se desarrolla una argumentación contraria a la teoría que la autora discute en esa sección. En el primero se enuncia el propósito de “deconstruir” la teoría y el orden simbólico establecido previamente, mismo que se ha discutido hasta el momento, y lo que se debe hacer con respecto a ese concepto del orden simbólico en la sociedad. Luego se describen las razones por las cuales se debe seguir un modelo en el cual se vinculan los aspectos del contexto con las posibles repercusiones. Si se compara este ejemplo y su estructuración con el ejemplo anterior, notaremos que la estructura es bastante similar; sin embargo, la justificación final de las ideas principales en el ejemplo 2 se realiza mediante subordinaciones adicionales, mientras que en el ejemplo 1 se utiliza la coordinación para unificar los diferentes puntos de la idea (Ver figura 2 a continuación).

I would argue that we need to “deconstruct” Lacan’s abstracted concept of the Symbolic order; to ground this order in the actualities of the Social so that we can explore the specificities of the social-political contexts within which our experiences of gender, identity and embodiment are constituted.

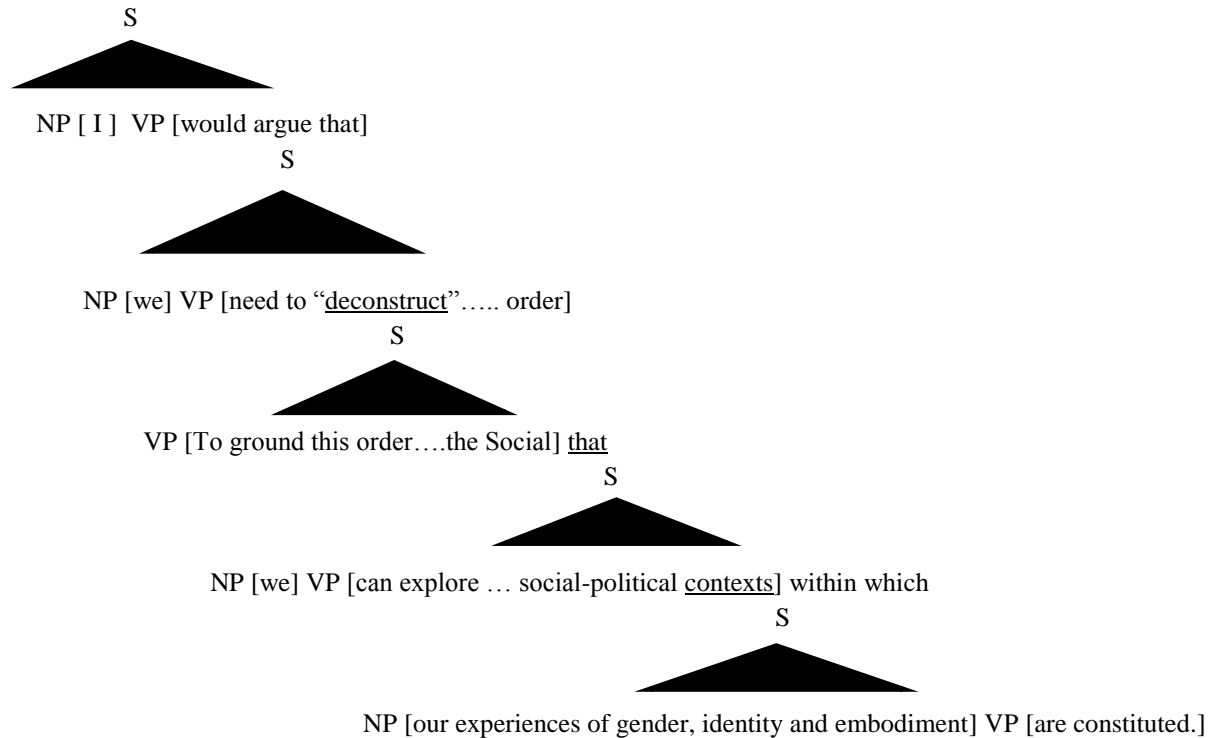


Figura 2.



El ejemplo 3 se ubica en la sección introductoria del tercer subcapítulo de la primera parte. Se presenta en el primer párrafo y es la segunda oración. Tiene la oración principal y una oración subordinada, cada una constituida por dos oraciones coordinadas. Como se trata de un subcapítulo de conclusión, único entre las secciones en estudio, se debe tener en consideración su carácter unificador con respecto a las ideas principales de las demás secciones. El ejemplo es el siguiente:

Ejemplo 3:

I have not set out to offer an exhaustive account of these theories but rather to discuss those aspects of psychoanalytic and post-structuralist theory that may be both useful and inspirational in our understanding of issues of gender, subjectivity and embodiment and more specifically, in our attempts to understand the problem of 'anorexia' (pág. 30)

En este caso podemos observar el uso de la subordinación y la coordinación dentro de la estructura argumentativa. En la oración principal se utiliza una coordinación. A la vez, se incluye una oración subordinada que presenta otra coordinación.. A través de la subordinación se establecen los principales elementos del argumento, a saber, en la oración principal se delimita la posición de la autora con respecto a las teorías, y en la subordinada se establecen los beneficios de su posición. Las coordinaciones extienden y detallan ambos puntos: en la principal, respecto a la relación de la autora con las teorías, y en la subordinada, respecto a los beneficios generales y específicos de su posición. De esta manera, ambas estructuras se complementan en una finalidad discursiva específica (Ver figura 3 a continuación).

I have not set out to offer an exhaustive account of these theories but rather to discuss those aspects of psychoanalytic and post-structuralist theory that may be both useful and inspirational in our understanding of issues of gender, subjectivity and embodiment and more specifically, in our attempts to understand the problem of “anorexia”.

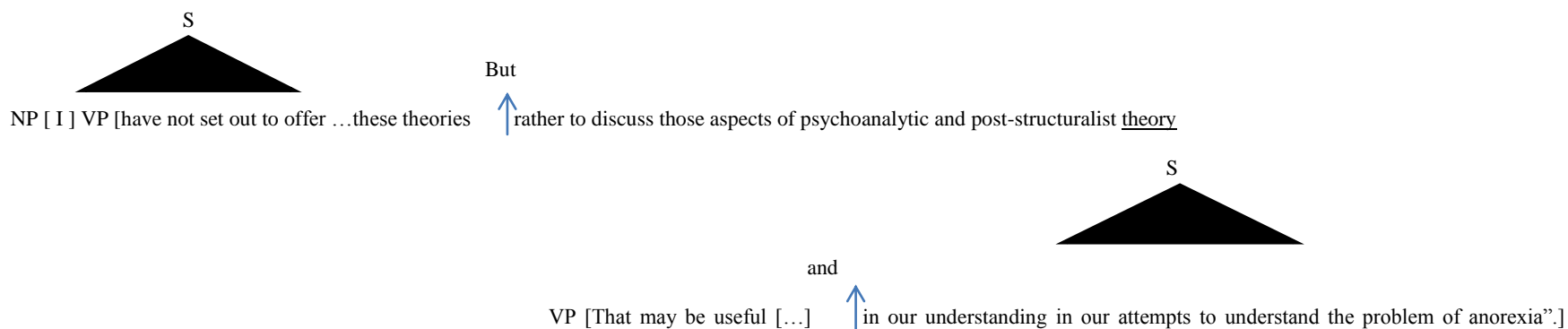


Figura 3.

El siguiente ejemplo está estrechamente relacionado con el anterior, ya que se trata de la sección conclusiva del mismo subcapítulo.

Ejemplo 4:

In this discussion of post-structuralist and psychoanalytic theory, I have sought to demonstrate how the theoretical perspective outlined above will enable us to theorize and research “anorexia nervosa” as a multiply produced object of discourse and as a category that is particularly relevant to women, to the (discursive) constitution and regulation of femininities, subjectivities and the *female* body (pág. 31).

Esta es la primera oración del último párrafo de la conclusión del segundo capítulo. Presenta dos niveles de subordinación definidos. En la primera oración subordinada se hace referencia al planteamiento teórico de la autora sobre la anorexia, desde un punto de vista semiótico. En la segunda oración subordinada se resalta el punto de vista feminista y se enfatiza la relevancia de este argumento dentro de la argumentación del subcapítulo y la congruencia con el resto del capítulo (Ver Figura 4 a continuación).

In this discussion of post-structuralist and psychoanalytic theory, I have sought to demonstrate how the theoretical perspective outlined above will enable us to theorize and research “anorexia nervosa” as a multiply produced object of discourse and as a category that is particularly relevant to women, to the (discursive) constitution and regulation of femininities, subjectivities and the *female* body.

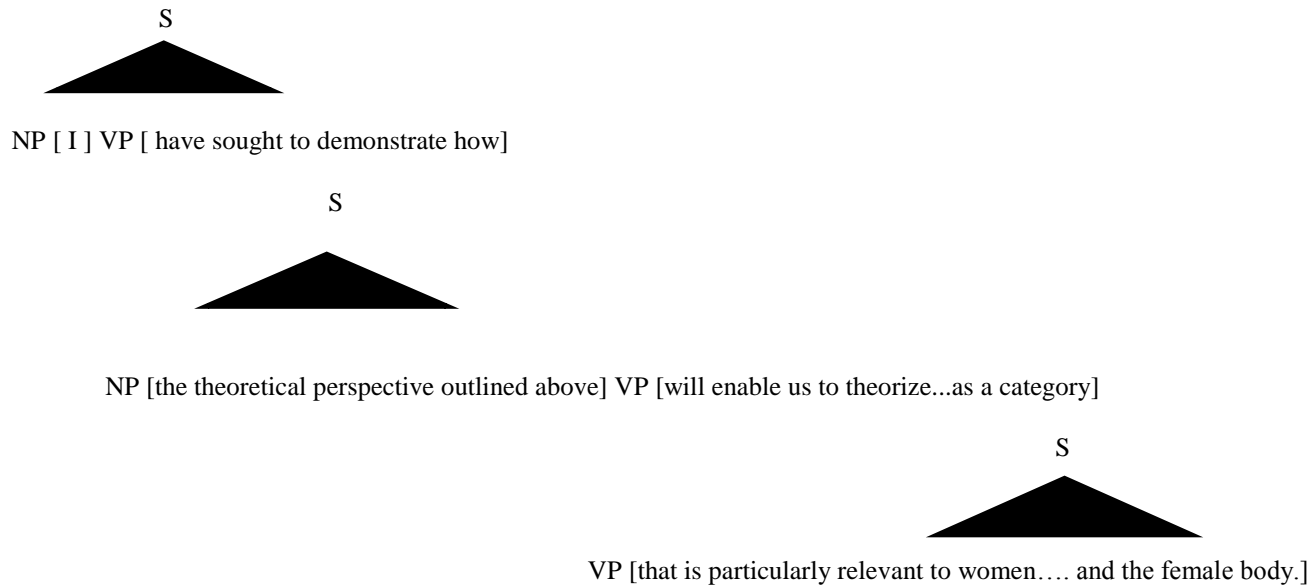


Figura 4.

El siguiente ejemplo representa una situación un poco diferente de las anteriores. A pesar de que esta oración está en una sección introductoria, no se presenta al inicio del primer párrafo sino al final. Esto se debe a que, en esa sección del segundo capítulo, la autora presenta un contexto teórico antes de plantear su punto de vista y argumentar respecto a esa teoría.

Ejemplo 5:

In exploring the problem of “anorexia” I shall be taking up this “critical realist” post-structuralist stance, assuming the existence of a material, extra-discursive reality whilst maintaining that our knowledges of “the real” are always socio-historically contingent rather than objective or absolute; and that knowledge is always ideological, not because it is biased or distorted but because it can only ever offer a partial view (pág. 38).

Esta oración presenta dos niveles de subordinación en los cuales se incluyen oraciones coordinadas. Primero, se presenta la oración principal que sostiene la argumentación mediante una afirmación principal que sirve de base para las subordinaciones siguientes. Dentro de cada una de las dos subordinaciones en este ejemplo se derivan dos oraciones coordinadas que especifican un elemento dentro del argumento.

Tales elementos unifican la argumentación: en la oración principal se define la parte “realista”, o materialista, de la posición adoptada por la autora; luego, en el primer par de oraciones subordinadas la autora establece la parte “crítica” de su posición, frente a una epistemología basada en la cognoscibilidad objetiva y absoluta, proponiendo en su lugar un conocimiento mediatizado por la cultura. En el segundo par de oraciones subordinadas coordinadas se explica el concepto de “conocimiento ideológico” siempre en oposición a ciertos puntos de vista anteriores (Ver figura 5 a continuación).

In exploring the problem of “anorexia” I shall be taking up this “critical realist” post-structuralist stance, assuming the existence of a material, extra- discursive reality whilst maintaining that our knowledges of “the real” are always socio-historically contingent rather than objective or absolute; and that knowledge is always ideological, not because it is biased or distorted but because it can only ever offer a partial view.

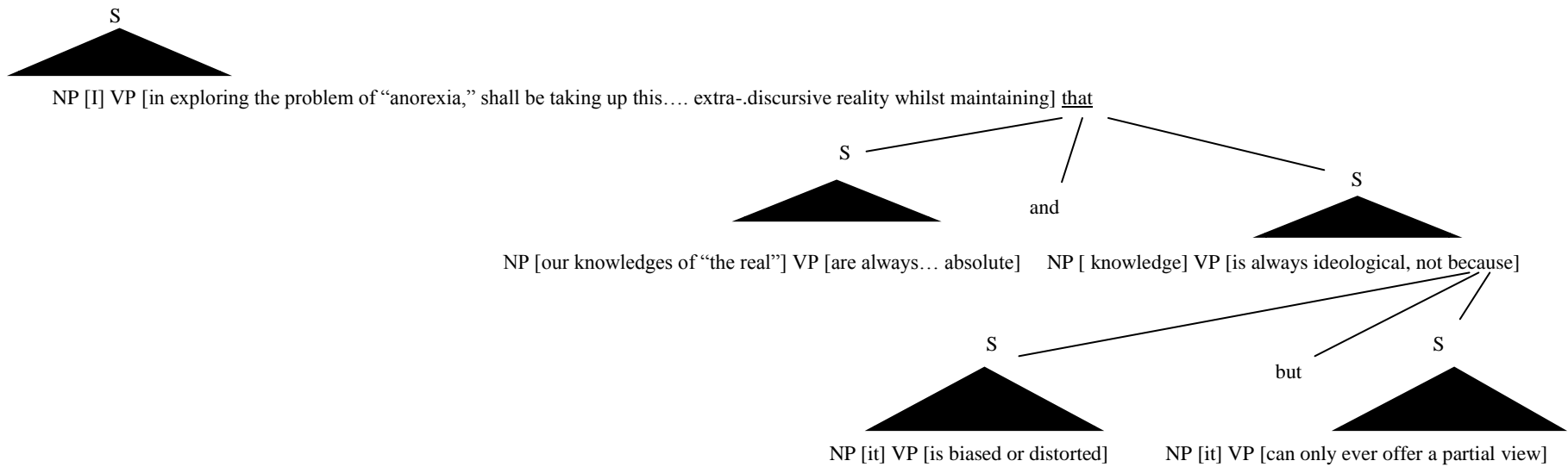


Figura 5.

Nuestro siguiente ejemplo establece soluciones con respecto a una reestructuración de la conceptualización y enfatiza la posición feminista del texto:

Ejemplo 6:

Post-structuralist theory necessitates a re-evaluation of the ways in which “women” and “women experience [s]” are conceptualized: first, because it problematizes or deconstructs the category of “woman” and, second, because it posits a decentred subject whose experience is discursively constituted outside of itself (pág.38).

Esta oración está en el tercer subcapítulo del segundo capítulo, en el quinto párrafo y es la cuarta oración de la sección conclusiva. Presenta tres niveles de subordinación en uno de los cuales, a diferencia de los ejemplos anteriores, la autora incluye una enumeración de elementos que se enlazan mediante la conjunción “and”. Se da una oración principal y luego una oración subordinada con otras dos oraciones subordinadas coordinadas. De la segunda oración coordinada se deriva una tercera subordinación.

En este ejemplo, la autora propone cambios en el punto de vista con respecto a la teoría posestructuralista. Mediante la primera subordinación se especifica el concepto (de mujer) que debe reevaluarse. De esta oración se desprenden dos oraciones coordinadas que explican las razones que motivarían tal reevaluación. La enumeración (first, second) enfatiza la existencia de dos razones, y la coordinación las sitúa en el mismo nivel (de importancia). De la segunda coordinada se desprende una tercera que amplía aun más la explicación sobre la manera en la que el concepto posestructuralista afecta a la mujer y cómo se constituyó. Esta cadena de especificaciones resume los puntos principales de la argumentación posestructuralista y feminista (Ver Figura 6 a continuación).

Post-structuralist theory necessitates a re-evaluation of the ways in which “women” and “women experience [s]” are conceptualized: first, because it problematizes or deconstructs the category of “woman” and, second, because it posits a decentred subject whose experience is discursively constituted outside of itself.

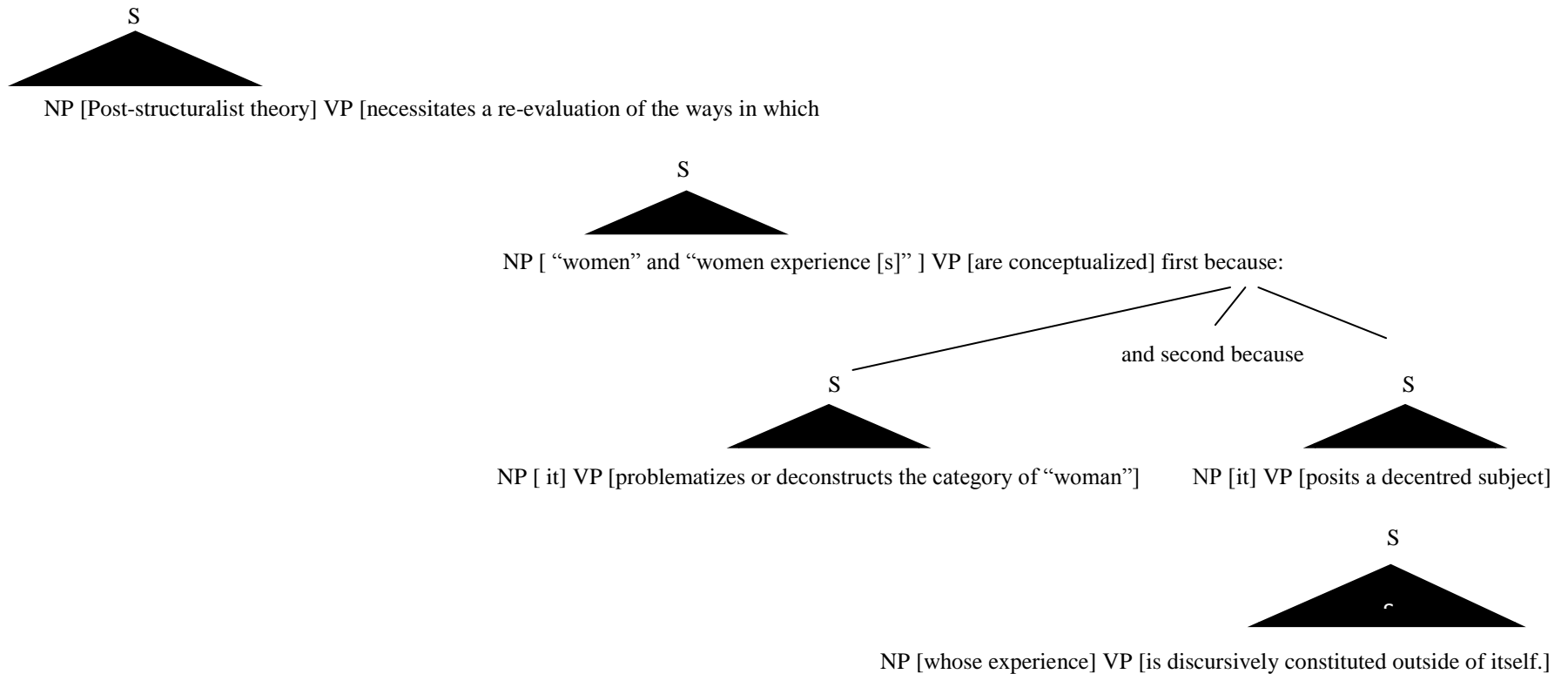


Figura 6.



En el siguiente y último ejemplo, tomado de una sección conclusiva se lleva a cabo una recapitulación que, al mismo tiempo, muestra un nuevo argumento.

Ejemplo 7:

It seeks to demonstrate how objects, practices, subjectivities and desires are constituted in and regulated by discourses and discursive practices and how the discursive practices and how the discursive production of truths can be understood in terms of a “micro-physics of power” that operates upon the female body and upon the “anorexic” body (pág.43).

Esta oración presenta dos niveles de subordinación. En la oración principal se establece el objetivo general de la sección. Luego se da una subordinación completiva que incluye dos oraciones coordinadas. De la segunda oración coordinada se desprende una segunda subordinación.

En las estructuras subordinadas, se recapitulan los objetivos del capítulo referidos a la oración principal. En la primera subordinación, se especifican los conceptos incluidos en los objetivos. Mediante la primera oración coordinada, se contextualiza el discurso analizado en el subcapítulo. En la segunda coordinada se hace referencia al marco conceptual que se propone para el proceso discursivo. Luego se presenta la segunda subordinación en referencia a cómo esos aspectos juntos afectan a la mujer directamente. (Ver figura 7 a continuación).

It seeks to demonstrate how objects, practices, subjectivities and desires are constituted in and regulated by discourses and discursive practices and how the discursive practices and how the discursive production of truths can be understood in terms of a “micro-physics of power” that operates upon the female body and upon the “anorexic” body.

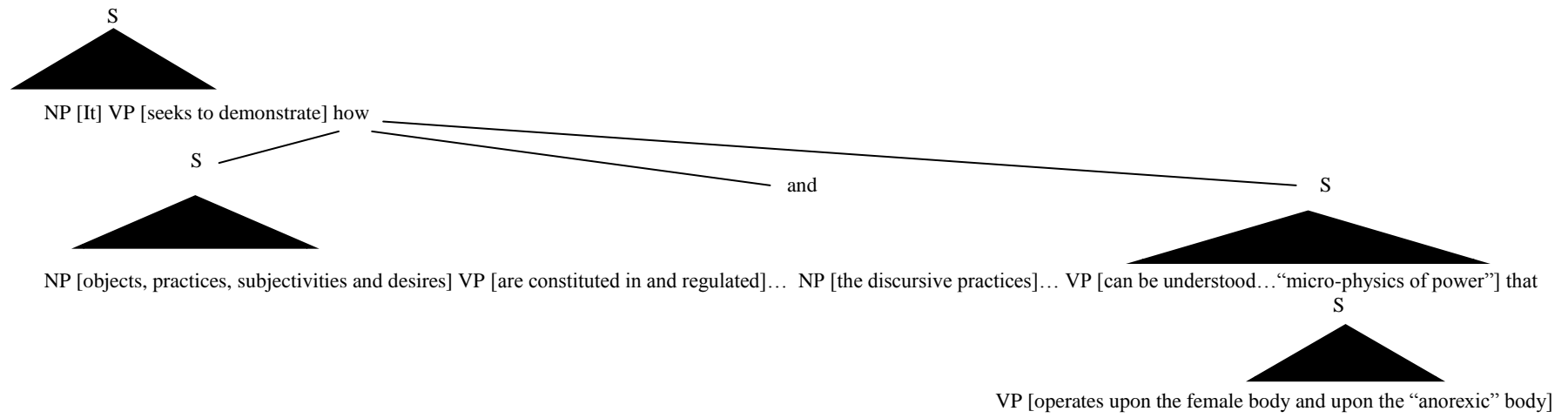


Figura 7.

## **Conclusión preliminar**

A partir de la observación de los elementos sintácticos y argumentativos del texto original se puede concluir que, por lo general, la subordinación establece el flujo de ideas en la argumentación. Esta consiste, primero, en exponer. Se da una secuencia argumentativa que se sigue en cada uno de los casos. Por lo general, se expone un punto de oposición con respecto a teorías preestablecidas; luego se propone una nueva posición que entrelaza el posestructuralismo y el feminismo en cuanto a las ideas principales; al final se dan ejemplos, razones o explicaciones del por qué de las propuestas.

Otro elemento sintáctico relevante resultó ser la coordinación que, en estos casos, se utiliza para extender ciertos elementos de la argumentación dentro de la secuencia descrita antes, con el fin de “darles peso”, o para indicar su posición en un mismo nivel. La coordinación funge como un complemento de la subordinación en la mayoría de estos casos. La complejidad sintáctica es un elemento característico y necesario del texto original ya que se trata de un texto argumentativo. La subordinación principalmente, aunque la coordinación también, es una estrategia utilizada para dar coherencia y cohesión a las ideas expuestas en el texto.

## Capítulo III

### Simplificación de oraciones y la estructura argumentativa en el texto traducido

#### Introducción

En este capítulo se analiza la estructuración sintáctica y argumentativa del texto traducido mediante una comparación entre el texto original y las escogencias traductológicas en el texto traducido. Se pretende mostrar que en la traducción, al intentar simplificar sistemáticamente la estructura sintáctica del texto original se producen diferentes efectos que, en la mayoría de los casos, no son favorables para la argumentación. Los resultados de este análisis nos servirán para reflexionar sobre una tendencia contemporánea muy fuerte de privilegiar los textos sintáctica y discursivamente “simples” con el propósito de hacerlos más “livianos” y “favorecer” su lectura. Los ejemplos de las traducciones que se incluyen en este capítulo para el análisis comparativo se extrajeron de la primera versión de la traducción para este proyecto; sin embargo, no son parte de la versión final; solamente se utilizan para propósitos de este análisis, con el fin de ilustrar las diferentes situaciones que se dieron en un proceso de simplificación estructural real. Se incluye, además, un análisis comparativo entre esas primeras versiones y las que aparecen en este trabajo como resultado del proceso de revisión propio de esta investigación. El análisis muestra las correcciones necesarias para retomar unas estructuras sintácticas cercanas a las del original que restablecen la coherencia y cohesión del texto.

## **La traducción: un texto “argumentativo” simplificado**

Con “simplificación sintáctica” nos referimos en este proyecto a las modificaciones de las estructuras sintácticas por parte del traductor en un intento de lograr un texto más “amigable” con el lector meta. Al facilitar la lectura, también se pretendía y ampliar el público meta, incluyendo no solamente personas con estudios en el área de la psicología, sino un público en general que pudiese interesarse en el tema de la anorexia y sus causas. Básicamente, la simplificación consistía en dividir las oraciones complejas en oraciones sencillas. Paralelamente, se utilizaron conectores más sencillos, o se los eliminó, y se usó léxico menos formal en algunos casos. A nivel argumentativo, se dividieron los argumentos en oración temática, ejemplos y contraargumentos, para separar las ideas y lograr mayor transparencia.

## **Descripción y análisis de ejemplos del texto traducido**

En el capítulo anterior se concluyó que en el texto original se utiliza la subordinación y la coordinación con una función discursiva muy específica para construir la estructura argumentativa. En contraste, en el texto traducido las oraciones largas se dividen, y se recurre más bien a frases adverbiales, conjunciones y conectores para elaborar la argumentación, lo cual disminuye la complejidad del recurso sintáctico, como se muestra en los siguientes ejemplos:

Ejemplo 8 (ejemplo 2 original):

Texto original:

I would argue that we need to “deconstruct” Lacan’s abstracted concept of the Symbolic order; to ground this order in the actualities of the Social so that we can explore the specificities of the social-political contexts within which our experiences of gender, identity and embodiment are constituted (pág. 25).

Texto traducido:

Argumentaría que es necesario “deconstruir” el concepto abstracto del “orden Simbólico” de Lacan y establecer ese orden a partir de la actualidad de lo social. De este modo, se podrán explorar las especificidades de los contextos sociopolíticos en los que se constituyen nuestras experiencias de género, identidad y personificación (pág. 27).

La estructuración sintáctica del texto traducido varía respecto al texto original en dos aspectos: hay una primera oración que coordina la oración principal del texto original, y su primera subordinada, con la tercera subordinada. Las dos últimas oraciones subordinadas se traducen como una nueva oración subordinada, vinculada discursivamente con la oración anterior por medio del adverbio “de este modo” para mantener la cohesión entre las dos ideas.

Este es el único caso de los ejemplos en el cual se logra establecer una estructura sintáctica diferente de la del texto original y es funcional de acuerdo a la argumentación. La división en dos oraciones separadas permite visualizar el punto inicial y final de la argumentación: desde la propuesta de “deconstrucción” hasta sus beneficios. En la oración coordinada se expresa, además, la condición que tiene que darse para que se cumpla el propósito de obtener esos beneficios. El hilo de la argumentación se mantiene a través de los verbos: deconstruir, establecer y explorar; pero la estructura de la coordinación ayuda a expresar que “deconstruir” y “establecer” son los pasos previos para el análisis diferente que se propone. Para la autora, lo más importante es la posibilidad que esto abre para establecer un punto de vista diferente sobre la mujer. En este ejemplo en particular, la estructura sintáctica y argumentativa de la traducción cumple tanto con las necesidades del texto argumentativo como con el propósito de facilitar en cierta medida la lectura. Esto nos lleva a pensar que en algunas ocasiones excepcionales, la simplificación brinda resultados favorables; no obstante, esos casos son la minoría.

Nuestro siguiente ejemplo es el primero de una serie que demuestran los posibles problemas que acarrearán los cambios en la estructuración sintáctica.

Ejemplo 9 (ejemplo 1 original):

Texto original:

We must question the medical model of anorexia and the empiricist or positivist assumptions concerning the nature and status of “anorexia” that underlie many current perspectives and work instead from a perspective which situates anorexia within its socio-cultural context and which provides a more thorough theorization of gender (pág. 9).

Texto traducido:

Debemos cuestionar el modelo médico de la anorexia. Del mismo modo, consideramos inaceptables los postulados empíricos y positivistas con respecto a la naturaleza de la “anorexia” que están implícitos en muchas de las nuevas perspectivas de investigación. En su lugar, proponemos un punto de vista en el que la anorexia se sitúa en su contexto sociocultural, permitiendo una teorización más profunda sobre el género (pág. 3).

En cuanto a la estructuración sintáctica, se observan tres oraciones en la traducción. Se da una oración temática principal que corresponde con una parte de la oración principal del texto original; la segunda oración se introduce con una frase adverbial como conector para hacer referencia directa a la oración temática, y una expresión verbal (“consideramos inaceptable”) recupera el verbo “está”. En la tercera oración se utiliza un conector (“En su lugar”) para mostrar oposición. Esta estructura permite, a grandes rasgos, recrear la división original entre las dos oraciones principales coordinadas, al igual que el papel especificador de las subordinadas. Sin embargo, al dividir la primera oración coordinada del texto original en dos oraciones separadas se interrumpe la cohesión y coherencia del texto, y conduce a una interpretación diferente. La separación de esas dos oraciones hace que la cláusula relativa:

“que están implícitos...” solo se refiera a los postulados empíricos y positivistas, pero no al modelo médico, que en el texto original sí puede interpretarse como una de las fuentes subyacentes de las perspectivas actuales.

Pasemos al ejemplo siguiente en el cual se debilita el hilo argumentativo y la cohesión textual:

Ejemplo 10 (ejemplo 3 original):

Texto original:

I have not set out to offer an exhaustive account of these theories but rather to discuss those aspects of psychoanalytic and post-structuralist theory that may be both useful and inspirational in our understanding of issues of gender, subjectivity and embodiment and more specifically, in our attempts to understand the problem of ‘anorexia’(pág. 30).

Texto traducido:

No busco ofrecer una explicación exhaustiva de estas teorías. Al contrario, pretendo exponer aquellos aspectos de la teoría psicoanalítica y posestructuralista que pueden ser útiles e inspiradores en la comprensión de asuntos de género, subjetividad y personificación. De esta manera, estas teorías serán de ayuda en nuestros intentos por comprender el problema de la anorexia (pág. 36).

Al traducir, la oración original se dividió en tres oraciones. En la primera se hace una afirmación en oposición absoluta con una posición previa, subrayada por la conjunción adversativa que introduce la segunda oración. La tercera oración, introducida por el conector “de esta manera”, se presenta como la única consecuencia de esta oposición. A pesar de que el traductor utiliza su *conocimiento sintáctico*, no se recuperan otros aspectos que se expresaban mediante las estructuras en el texto original tales como la fluidez entre las ideas, lo que le brinda cohesión al texto original y que no se presenta de la misma manera en el texto traducido.



En cuanto a la estructura argumentativa, el reacomodo sintáctico causa modificaciones respecto al original, donde la oración principal, en vez de contrastar, más bien puntualiza la relación de la autora con las teorías y aclara que, en vez de abarcarlas en su totalidad, se centra en ciertos aspectos. En vez de esto, el conector que se utiliza en la traducción intensifica la contraargumentación que no estaba presente en tal magnitud en el original. Mediante la subordinación que se incluye se mantiene la cohesión en esa oración pero no se mantiene la misma interrelación, o coherencia, entre las ideas del argumento que se refleja en el texto original, que es de implicación: un beneficio general que implica otro específico. En la tercera oración, el traductor se vio obligado a incluir elementos por la única razón de haber empezado una nueva oración que requería un enlace y un sujeto. Así, la simplificación sintáctica significó el aumento de elementos a nivel léxico.

Nuestro siguiente ejemplo refleja una situación en la cual, mediante la estructuración sintáctica diferente del texto original, se crea confusión e interrupción en el flujo de ideas:

Ejemplo 11 (ejemplo 4 original):

Texto original:

In this discussion of post-structuralist and psychoanalytic theory, I have sought to demonstrate how the theoretical perspective outlined above will enable us to theorize and research “anorexia nervosa” as a multiply produced object of discourse and as a category that is particularly relevant to women, to the (discursive) constitution and regulation of femininities, subjectivities and the *female* body (pág. 31).

Texto traducido:

Con esta exposición de la teoría psicoanalítica y posestructuralista se busca demostrar cómo la perspectiva teórica descrita anteriormente permitirá conceptualizar e investigar sobre la “anorexia” como objeto de discurso

producido en multiplicidad de formas. Además, se establece esta exposición cómo una categoría de particular relevancia para las mujeres, la instauración y regulación (discursivas) de las feminidades, subjetividades y el cuerpo *femenino* (pág. 37).

La estructura sintáctica en este ejemplo se divide en dos oraciones: una primera, que corresponde a la oración principal y la primera subordinada del texto original, y otra, que retoma la segunda subordinada del texto original. Esta modificación rompe la cohesión y claridad de la estructura original y ocasiona un problema de comprensión. La segunda oración, como originalmente era una subordinada, ahora pierde conexión con el resto y se queda sin sujeto. Para recuperarlo, habría que repetir una porción considerable de la subordinada anterior, de la siguiente manera: “Esta misma perspectiva teórica permitirá también conceptualizar e investigar la anorexia como una categoría...”. Es decir, para hacer coherente la oración separada, creada con el propósito de dar “significado” al texto, habría que repetir toda la parte subrayada, retomada de la oración principal. Como el traductor, en su afán de simplificar, no estará dispuesto a hacerlo, surge la interpretación errónea, si bien más económica, que vemos en la versión presentada.

Si pasamos al siguiente ejemplo, vemos cómo la fragmentación sintáctica afecta la comprensión del argumento:

Ejemplo 12 (ejemplo 5 original)

Texto original:

In exploring the problem of “anorexia” I shall be taking up this “critical realist” post-structuralist stance, assuming the existence of a material, extra-discursive reality whilst maintaining that our knowledges of “the real” are always socio-historically contingent rather than objective or absolute; and that knowledge is always ideological, not because it is biased or distorted but because it can only ever offer a partial view (pág. 38).

Texto traducido:

Para el análisis del problema de la “anorexia”, adoptaré una posición posestructuralista “realista crítica”. Entonces, se asume la existencia de una realidad material y extradiscursiva. A pesar de esto se mantiene que los conocimientos de lo “real” son socio-históricamente determinados y no objetivos o absolutos. El conocimiento siempre es ideológico no solo porque está parcializado y distorsionado sino porque únicamente provee una visión parcial (pág. 47).

En este caso, se hizo una división en cuatro oraciones a partir de la oración original. La oración temática en la traducción refleja la oración principal en el original, aunque interrumpida en la versión traducida. En las siguientes dos oraciones se utilizan conectores de consecuencia y referencia para intentar darle fluidez y coherencia al texto. Se pretende mantener las ideas cohesionadas mediante el uso de ese recurso lingüístico. En la última oración no se incluye ningún conector sino que se hace una afirmación independiente con la intención de generar una lectura sencilla. Ante ello, surge una confusión sobre si esta última idea apoya al argumento principal o si por el contrario se trata de una nueva oración temática.

En el texto original se establece claramente la posición de la autora en relación con las teorías expuestas durante el subcapítulo y específicamente, los postulados ontológicos y epistemológicos básicos de esta posición. En el texto traducido, la reestructuración sintáctica separa cada idea en oraciones diferentes. A pesar de que el uso de conectores muestra una relación entre las oraciones, se afecta la comprensión del texto meta. En el texto original queda claro que las concepciones sobre la realidad y el conocimiento que se presentan en el texto pertenecen a la posición “realista crítica”. No sucede así en la traducción, donde ya no parece haber relación entre la concepción expresada en la tercera oración y la posición teórica mencionada en el original; esa relación podría incluso llegar a ser contraria a la intención del argumento original.

Veamos: en la oración en inglés, “assuming” se refiere a la posición posestructuralista realista crítica y quiere decir “que asume” o “que postula”. En la traducción, esto se acompaña con el adverbio “entonces” (que simplemente quiere decir “en consecuencia”) al inicio de la oración y como elemento cohesionador, y así el verbo parece tener como sujeto implícito la autora. Aquí ya se oscurece la relación entre la posición teórica y el hecho de asumir que hay una realidad objetiva. Por otro lado, “whilst” se traduce como “a pesar de esto”, donde el pronombre demostrativo establece una relación gramatical con su antecedente inmediato, es decir, la oración previa, Aquí la confusión empeora, ya que el postulado de la imposibilidad del conocimiento objetivo no se sigue del otro, sobre la realidad objetiva. De manera que el uso inadecuado de los conectores o frases, encargados de establecer la cohesión, son directamente responsables por las confusiones en el texto meta.

Nuestro siguiente ejemplo es una muestra de lo que sucede cuando se varía la estructuración sintáctica y se eliminan elementos estructurales por completo.

Ejemplo 13 (ejemplo 6 original):

Texto original:

Post-structuralist theory necessitates a re-evaluation of the ways in which “women” and “women experience [s]” are conceptualized: first, because it problematizes or deconstructs the category of “woman” and, second, because it posits a decentred subject whose experience is discursively constituted outside of itself (pág. 38).

Texto traducido:

Se necesita una re-evaluación de las formas de conceptualizar a las “mujeres” y las “experiencias femeninas” dentro de la teoría posestructuralista. Esto sucede porque se problematiza o deconstruye la categoría de “mujer”. Además, se

propone a un sujeto descentralizado cuyas experiencias se construyen discursivamente anterior a sí mismo (pág. 47).

La traducción divide la oración del texto original en tres oraciones, con lo que se separan las ideas en oraciones diferentes. Una vez más, las relaciones sintácticas de subordinación y coordinación que se eliminan se intenta sustituirlas por conectores y frases referenciales, en este caso, por “esto sucede” y “además”. No obstante, estos recursos lingüísticos tienen un efecto diferente, no son capaces de expresar que ambos problemas, tanto la deconstrucción de la categoría “mujer” como la concepción del sujeto descentralizado son del mismo peso para plantear la reevaluación teórica. En el texto original, esto se logra sin dificultad alguna mediante la coordinación sintáctica, reforzada por el recurso léxico de la numeración.

Para finalizar, en nuestro siguiente ejemplo se da una pérdida del predicado de la oración debido a la fragmentación sintáctica y se observan los efectos de esto en la argumentación:

Ejemplo 14 (ejemplo 7 original):

Texto original:

It seeks to demonstrate how objects, practices, subjectivities and desires are constituted in and regulated by discourses and discursive practices and how the discursive production of truths can be understood in terms of a “micro-physics of power” that operates upon the female body and upon the “anorexic” body (pág.43).

Texto traducido:

Se busca demostrar cómo los discursos y las prácticas discursivas crean y regulan los objetos, las prácticas, las subjetividades y los deseos. Del mismo modo, se explica cómo la producción discursiva de las verdades se comprende mediante la “microfísica del poder” que afecta al cuerpo femenino y el cuerpo “anoréxico (pág.56).

La estructuración sintáctica se divide en dos oraciones. En la primera oración se mantienen los mismos elementos pero se interrumpe a la mitad del desarrollo del argumento. En ese punto se inserta un conector para intentar mostrar una secuencia entre las dos ideas y una unión dentro del argumento. Pero, esa integración de los elementos no sucede de la misma manera en la segunda oración en donde se incluyó un verbo diferente y no tan preciso como el que se utilizó en la oración principal del texto original. Se pierde el predicado de la oración principal y se produce una nueva oración que se podría considerar como otra oración temática. Esto podría generarle una confusión al lector con respecto al orden de los elementos en el argumento.

La estructura argumentativa del texto traducido sugiere una explicación de las prácticas discursivas propuestas durante esa investigación. Sin embargo se interrumpe la fluidez de la explicación de la metodología utilizada para lograr esa explicación deseada que sí está presente y coherente en el texto original. Con los elementos extra en la segunda oración, se pretendía dar un mayor énfasis al punto de vista feminista en el argumento. Sin embargo, esos elementos se separan de la enumeración de los elementos de la idea de la oración principal del texto original. Precisamente esto se debe a que la fragmentación de las oraciones hace que se pierda el referente entre el sujeto de la oración principal y el predicado que es la oración subordinada en el texto original.

Aunque en un caso la reestructuración sintáctica no afectó negativamente y más bien favoreció a la argumentación, vale la pena considerar la posibilidad de mantener las estructuras sintácticas del texto original en todos los casos. En los siguientes ejemplos podemos observar que al mantener la sintaxis original mejora la cohesión de las ideas y se favorece la coherencia. De esta manera se evitan malas interpretaciones tanto por parte del traductor durante el proceso como por el lector en el momento de decodificar el mensaje. Se presentan las versiones finales de los ejemplos anteriores:

Ejemplo 15 (versión final del ejemplo 8):

Propondría que es indispensable “deconstruir” el concepto abstracto de Lacan del orden *simbólico* para establecer este orden en el plano de la realidad social, de manera que se exploren las especificidades de los contextos sociopolíticos, dentro de los cuales se constituyen las experiencias de género, identidad y personificación (pág. 27).

Ejemplo 16 (versión final del ejemplo 9):

Es preciso cuestionar el modelo médico de la anorexia y los supuestos empíricos y positivistas con respecto a la naturaleza de la “anorexia” que se encuentran implícitos en muchas de las nuevas perspectivas, y en su lugar debemos trabajar desde un punto de vista que nos permita posicionar a la anorexia dentro de su contexto socio cultural y que a la vez nos brinde una más profunda teorización de género (pág. 3).

Ejemplo 17 (versión final del ejemplo 10):

No buscaba ofrecer una explicación exhaustiva de tales teorías, sino exponer aquellos aspectos de las teorías psicoanalítica y posestructuralista que pudiesen ser útiles e inspiradores en la comprensión de asuntos relacionados al género, la subjetividad y la personificación y, más en específico, en nuestro intento por comprender el problema de la “anorexia” (pág. 36).

Ejemplo 18 (versión final del ejemplo 11):

Con esta exposición de la teoría psicoanalítica y posestructuralista he intentado demostrar cómo esta perspectiva teórica permite conceptualizar e investigar la “anorexia nerviosa” como un objeto de discurso producido de múltiples maneras

y como una categoría particularmente relevante para las mujeres, para la instauración y regulación (discursivas) de las feminidades, subjetividades y del cuerpo *femenino* (pág. 37).

Ejemplo 19 (versión final del ejemplo 12):

Para el análisis del problema de la “anorexia”, tomaré esta posición posestructuralista “crítica y realista”, que presupone la existencia de una realidad material externa al discurso, mientras sostiene que los conocimientos de lo “real” son sociohistóricamente circunstanciales y no objetivas o absolutas, y que el conocimiento siempre es ideológico, no por ser parcializado y distorsionado, sino porque únicamente ofrece una visión parcial (pág. 47).

Ejemplo 20 (versión final del ejemplo 13):

Pero el posestructuralismo demanda una reevaluación de las formas de conceptualizar a las “mujeres” y las “experiencias femeninas”, ya que problematiza o deconstruye la categoría de “mujer” y porque propone a un sujeto descentralizado cuyas experiencias se construyen fuera de sí mismo (pág. 47).

Ejemplo 21 (versión final del ejemplo 14):

Busca demostrar cómo los discursos y las prácticas discursivas constituyen y regulan objetos, prácticas y deseos, y cómo la producción discursiva de las verdades se comprende por medio de una “microfísica del poder” (Foucault, 1977b:139) que afecta al cuerpo femenino y al cuerpo “anoréxico” (pág. 56).

Como se observa en todos estos casos, se retoma la estructuración original de oraciones principales y oraciones subordinadas, complementadas con coordinadas, tal y como ha sido



explicada en el capítulo anterior, como base para la estructuración no solo sintáctica sino también argumentativa en el texto original. Incluso en casos en los que una reestructuración sintáctica resulta funcional en el texto traducido, si se incluye la misma secuencia de ideas provenientes del original, expresadas sin interrupciones, se le brinda mayor claridad al texto meta y a su propósito comunicativo. Vemos cómo si se eliminan los elementos como conectores menos específicos, frases que buscaban la repetición del referente, y, por supuesto, la división de las oraciones complejas en oraciones simples, el texto meta recupera la coherencia y cohesión y se fomenta una mejor comprensión.

### **Conclusión preliminar**

Los ejemplos analizados en este capítulo son una muestra de las modificaciones que pueden darse con respecto a la estructuración sintáctica de un texto y las implicaciones a nivel argumentativo y de transmisión del mensaje que esto trae consigo. Naturalmente, el traductor no tiene la obligación de copiar la sintaxis, ni ningún otro elemento del texto original. No obstante, nuestros hallazgos parecen indicar la necesidad de evaluar cuidadosamente los cambios sintácticos que pretendemos introducir en aras de la simplificación. En este análisis se ha demostrado que sus consecuencias negativas pueden abarcar desde problemas estilísticos hasta la confusión o malinterpretación. Por lo tanto, antes de decidir cambiarlas, se debería considerar seriamente mantener las mismas estructuras en la traducción siempre y cuando sean funcionales para la argumentación.

## Conclusiones finales

En la elaboración del texto meta de este proyecto iniciamos con la idea de la simplificación sintáctica del texto. A nuestro parecer, la reestructuración sintáctica era una opción para producir un texto fácilmente comprensible incluso para las personas que no solían estar muy interesados en esos temas. Durante el proceso de traducción se le dio énfasis a la búsqueda de terminología correcta y expresiones lingüísticas más sencillas; como resultado, se modificó la mayoría de las oraciones y frases para cumplir con esa tendencia de simplificación antes mencionada, la cual algunas personas podrían considerar como una metodología estándar, como fue nuestro caso. No obstante, como se demostró en el capítulo anterior, las consecuencias de este procedimiento afectaron gravemente el resultado de la traducción con respecto a la argumentación. Queda claro que la simplificación sintáctica de los textos, una moda contemporánea, impulsada por el dominio de los medios electrónicos, no se puede seguir ciegamente.

Considero que es de suma importancia recalcar el valor de la lectura inteligente. El traductor debe prestar atención a la función de la complejidad sintáctica como otro elemento para estructurar el discurso, y no como accesorio en la expresión textual. La sintaxis no parece ser sistemáticamente sustituible ya que la sustitución por diferentes estructuras no es completamente adecuada con respecto a su funcionalidad en el texto. La traducción de las estructuras sintácticas requiere por lo menos tanta atención como el vocabulario o el conocimiento del tema en un área especializada.

En esta investigación hemos querido combatir la visión errónea de que la simplificación sintáctica es necesaria para mejorar el texto. Una visión así ignora completamente el papel fundamental de la sintaxis en que las lenguas alcancen su máxima capacidad de expresión. Se puede hacer textos simplificados, cuando se trata, por ejemplo, de un trabajo de adaptación

para un determinado público meta o contexto sociocultural reducido. Sin embargo, la simplificación sintáctica no debe ser vista como una regla exclusiva que siempre necesita estar presente, sino más bien como un recurso que puede tener usos específicos, alcances y límites restringidos dependiendo de la función textual.

Aunque el tema de la sintaxis se ha abarcado desde muchas perspectivas, algunas veces desde un punto de vista meramente estilístico, el traductor siempre debe ser cauteloso de no alterar la coherencia y cohesión textual. La simplificación sintáctica afecta directamente a la argumentación en un texto especializado, donde la discusión de puntos de vista es esencial. La simplificación sintáctica de ninguna manera debe generar una nueva interpretación de esos puntos de vista expresados en la argumentación de un texto especializado y que por el contrario es necesario reproducir esa complejidad sintáctica y argumentativa tan apegada al texto original como sea posible.

A la luz de los análisis de esta investigación, consideramos que nuestra traducción es un “experimento” cuyos resultados desmintieron la falacia de que “entre más simple, mejor”. Hay una tendencia hacia la simplificación a nivel textual que se da como reflejo de un fenómeno sociocultural. El uso de textos simples y fáciles de leer hace que las personas estén acostumbradas a realizar el mínimo esfuerzo leyendo y escribiendo. El traductor puede pensar erróneamente que necesita seguir esa tendencia y cumplir con ciertas expectativas para que el texto sea aceptado, cuando en realidad eso le puede llevar a cometer errores y llegar a decisiones equivocadas con respecto a los elementos en el texto que pueden tener incluso un efecto contrario al deseado.

En cuanto a futuras investigaciones, sería interesante indagar sobre sintaxis en otros tipos de textos, como los médicos, legales, bíblicos y publicitarios entre otros, para un público meta específico y con una función claramente delimitada. Los textos legales, bíblicos y médicos suelen presentar estructuras definidas y frases hechas que pueden ser limitantes en un proceso de simplificación. Si se realiza un estudio sobre sintaxis se pueden proponer posibles

maneras de traducir esos textos evitando esas formalidades. Resultaría interesante el estudio de una simplificación excesiva en el caso de los textos publicitarios, por ejemplo, en donde no existen frases limitantes, que le permite al traductor escoger entre muchas opciones. En ese tipo de textos podría hacerse un análisis comparativo entre diferentes situaciones culturales relacionadas con los efectos de la simplificación. También, se puede estudiar la simplificación sintáctica en los textos didácticos para comprobar si esa tendencia de carácter sociocultural se evidencia desde esos textos. Sería interesante evaluar si se insta a los estudiantes desde los comienzos de su educación a seguir una escritura más sencilla o si por el contrario esa tendencia se presenta en textos didácticos dirigidos a estudiantes avanzados.

## Bibliografía

- Álvarez, Miriam. *Tipos de escrito III. Exposición y argumentación*. Madrid: Arco Libros, 1997.
- Baker, Mona. "Ethics of Renarration". *Cultus* 1(1) 2008: 10-33. *Journal of International Mediation and Communication*. 12 oct 2011.
- Bell, Roger. T. *Translation and Translating*. Londres and Nueva York: Longman Group, 1991.
- Bonilla, Erick. *Desarrollo empresarial para mujeres. Manual de capacitación. Lenguaje Conciliatorio de Género*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2011.
- Bonilla, Juan Carlos. *Closing the Gap de Allerd Stikker. Recursos estilísticos y semánticos del discurso argumentativo y la manipulación textual en la traducción*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2011.
- Castro, Olga. "(Re)examinando horizontes en los estudios feministas de traducción: ¿hacia una tercera ola?". *MonTI* N°9. Universidad de Vigo. Universidad de Alicante, 2009.
- Chomsky, Noam. A., G. Lakoff. J. McCawley, J.R. Ross. *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria 1*. Compilación de Víctor Sánchez de Zavala. Madrid: Alianza Universidad. Alianza Editorial, 1974.
- Chomsky, Noam. *Topics in the Theory of Generative Grammar*. Netherlands: Mouton, 1972.
- Chomsky, Noam. *Sintáctica y semántica en la gramática generativa*. México DF.: Siglo veintiuno editores, 1980.
- Chomsky, Noam. *Estructuras sintácticas*. México D.F.: Siglo veintiuno editores, 1974

Chomsky, Noam. *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Massachusetts Institute of Technology, 1970.

“¿Cómo podemos modificar el lenguaje para hacerlo incluyente, a favor de la Igualdad entre Mujeres y Hombres? Guía para la Incorporación de la Perspectiva de Género en Programas de Salud”. México D.F.: Secretaría de Salud, Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva, 22 sep. 2011. <[http://www.generosaludreproductiva.salud.gob.mx/descargables/biblioteca/ig/Cap\\_6d.pdf](http://www.generosaludreproductiva.salud.gob.mx/descargables/biblioteca/ig/Cap_6d.pdf)>.

Coseriu, Eugenio. *Lingüística del texto. Introducción a la hermenéutica del sentido*. Madrid: Arco Libros, 2007.

Even-Zohar, Itamar (1978): “The Position of Translated Literature within the Literary Polysystem”. *Poetics Today* 11:1, 1990. 15 oct 2011.

Gentzler, Edwin. *Contemporary Translator Theories*. Londres y Nueva York: Routledge, 1993.

Gili, Samuel. *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Spes Editorial, 1972.

Givón, Talmy. *Functionalism and Grammar*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Company, 1990.

Givón, Talmy. *Syntax A Functional Typological Introduction*. Volume II. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Company, 1990.

“Guía de buenas prácticas para el uso de un lenguaje no sexista en la negociación colectiva”. Secretaria Confederal de la mujer. 22 sep. 2011. <<http://www.ccoo.us.es/uploads/descargas/igualdad/publicaciones/guia%20de%20lenguaje%20no%20sexista%20-%20ccoo.pdf>>.

Guijarro-Fuentes, Pedro., María Pilar Larrañaga, John Clibbens. *First Language Acquisition of Morphology and Syntax*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, 2008.

“Hacia la igualdad desde el lenguaje: Guía para un uso no sexista del lenguaje”.

Universidad de Valencia. 22 sep 2011.

<[http://www.uv.es/igualtat/guiallenguatge\\_cas.pdf](http://www.uv.es/igualtat/guiallenguatge_cas.pdf)>.

Hermans, Theo. *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*. Londres and Sidney: Croom Helm Ltd, 1985.

Hermans, Theo. *Translation in Systems*. Manchester: St Jerome, 1999.

Hurtado Albir, Amparo. *Traducción y traductología*. Madrid: Cátedra, 2001.

Jakobson, Roman. “On Linguistic Aspects of Translation” en Venuti, L. *The Translation Studies Reader*. Londres/New York: Routledge, 2000.

Jiménez, L. *Genero, modernismo y psicoanálisis de Gill Perry (editora)*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2003.

Lefevere, Andre. *Translation, History and Culture*. Londres y Nueva York: Routledge, 1992.

Lefevere, Andre. *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*. Londres y Nueva York: Routledge, 1992.

“Lineamientos para el uso no sexista del lenguaje en la redacción de textos”. Unidad de Género. Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres. México D.F.: Secretaría de Gobernación. 2011.

<[http://www.unidaddegenero.segob.gob.mx/work/models/Unidad\\_de\\_genero/Resource/423/1/images/Lineamientos\\_lenguaje\\_NoSexista.pdf](http://www.unidaddegenero.segob.gob.mx/work/models/Unidad_de_genero/Resource/423/1/images/Lineamientos_lenguaje_NoSexista.pdf)>.

Max, Aurélien. *Writing for language-impaired readers. Proceedings of the 7th International Conference on Intelligent Text Processing and Computational Linguistics*. Mexico D.F.: Springer-Verlag, 2006.

Medero, Julie y Mari Ostendorf. *Identifying Targets for Syntactic Simplification*. SLATE Workshop: Venecia, 2011.

- Montero, Ana María. *What Do We Know de Mary Oliver: Deconstrucción sintáctica en función del texto*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2006.
- Munday, Jeremy. *Introducing Translation Studies. Theories and Applications*. Londres: Routledge, 2001.
- Nida, Eugene y Ch. R. Taber. *La traducción: teoría y práctica*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1974.
- Nord, Christianne. *Text Analysis in Translation*. Atlanta GA: Editions Rodopi, 1991.
- Nord, Christianne. "Translating as a purposeful activity: a prospective approach". University of Applied Sciences of Magdeburg-Stendal. Magdeburg-Stendal. TEFLIN Journal. Volumen 17, número 2. Agosto 2006.
- Ocampo, Francine. *American Women Writers, de Eileen Barrett y Mary Cullinan*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2004.
- Petersen, Sarah. y Mari Ostendorf. *Text simplification for language learners: A corpus analysis. Proceedings of the Speech and Language Technology for Education*. SLaTE Workshop: Pensilvania, 2007.
- Roberts, Paul. *English Syntax*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1964.
- Rodríguez, Martha, Teresa de Salas Garrido y Ana Belén Vargas. *Desarrollo de una aplicación de ayuda para la redacción de textos simplificados*. Universidad Complutense de Madrid: Madrid, 2012.
- Reiss, Katharina y Hans J Vermeer. *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*. Madrid: Ediciones Akal. 1996.
- Ruwet, Nicolas. *Introducción a la gramática generativa*. Madrid: Editorial Gredos, 1967.



- Sales Salvador, Dora. *Traducción, género y poscolonialismo: compromiso traductológico como mediación y affidamento femenino*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I de Castelló. Departamento de Traducción y Comunicación, 2006.
- Schäffner, Christina. "The Concept of Norms in Translation Studies". Taylor Francis Online. Institute for the Study of Language and Society. Aston University. 13 oct 2011.
- Schjoldager, Anne. *Interpreting Research and the 'Manipulation School' of Translation Studies*. Manchester: St Jerome, 1995.
- Siddharthan, Advait, Ani Nenkova y Kathleen McKeown. *Syntactic Simplification for Improving Content Selection in Multi-Document Summarization. Proceedings of the 20th International Conference on Computational Linguistics*. Association for Computational Linguistics: Pensilvania, 2004.
- Siddharthan, Advait. *Syntactic Simplification and Text Cohesion*. Tesis doctoral. Universidad de Cambridge: Cambridge, 2003.
- Stockwell, Robert. *Cambio lingüístico y teoría generativa*. Madrid: Editorial Gredos, 1980.
- Stockwell, Robert. *Fundamentos de teoría sintáctica*. Madrid: Editorial Gredos, 1980.
- Stockwell, Robert, Donald Bowen y John Martin. *The Grammatical Structures of English and Spanish*. Chicago: The University of Chicago Press, 1965.
- Vázquez-Ayora, Gerardo. *Translation Studies I: Fundamentals of Translatology*. Washington DC: Georgetown University Press, 1980.
- Villalobos, Laura. *Directrices de traducción en Aldeas Infantiles SOS: Terminología y Lenguaje Inclusivo*. Trabajo de graduación. Maestría en traducción. Heredia: Universidad Nacional, 2011.

## **Apéndice**

### **Texto original**

# The Thin Woman



Feminism, post-structuralism  
and the social psychology of  
anorexia nervosa

Helen Malson

Women and Psychology



**Also available as a printed book  
see title verso for ISBN details**

# THE THIN WOMAN

Feminism, post-structuralism and the  
social psychology of anorexia nervosa

*Helen Malson*



London and New York

First published 1998  
by Routledge  
11 New Fetter Lane, London EC4P 4EE

This edition published in the Taylor & Francis e-Library, 2005.

“To purchase your own copy of this or any of Taylor & Francis or Routledge’s collection of thousands of eBooks please go to [www.eBookstore.tandf.co.uk](http://www.eBookstore.tandf.co.uk).”

Simultaneously published in the USA and Canada  
by Routledge  
29 West 35th Street, New York, NY 10001

© 1998 Helen Malson

All rights reserved. No part of this book may be reprinted or reproduced or utilized in any form or by any electronic, mechanical, or other means, now known or hereafter invented, including photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, without permission in writing from the publishers.

*British Library Cataloguing in Publication Data*  
A catalogue record for this book is available from the British Library

*Library of Congress Cataloguing in Publication Data*  
Malson, Helen M.

The Thin Woman: feminism, post-structuralism, and the social psychology of anorexia nervosa/Helen M. Malson (Women and Psychology)

Includes bibliographical references and index.

1. Anorexia nervosa—Social aspects. 2. Leanness—Psychological aspects. 3. Women—Socialization. I. Title. II. Series.  
RC552.A5M345 96—39930  
616.85’ 262-dc21

ISBN 0-203-36054-0 Master e-book ISBN

ISBN 0-203-37310-3 (Adobe eReader Format)  
ISBN 0-415-16332-3 (hbk)  
ISBN 0-415-16333-1 (pbk)

## Part I

# TOWARDS A FEMINIST POST- STRUCTURALIST PERSPECTIVE

# 1

## THEORIZING WOMEN

### Discoursing gender, subjectivity and embodiment

I have argued that if we are to understand the problem of ‘anorexia’ better we need to engage more thoroughly with its socio-cultural and gender-specific dimensions. We must question the medical model of anorexia and the empiricist or positivistic assumptions concerning the nature and status of ‘anorexia’ that underlie many current perspectives and work instead from a perspective which situates anorexia within its socio-cultural context and which provides a more thorough theorization of gender. In this chapter I aim to provide such a perspective by drawing on psychoanalytic and post-structuralist theory. However, my aim is not to provide an exposition of psychoanalytic and post-structuralist theories in their entirety; such a project lies well beyond the scope of this book. I intend, rather, to discuss those aspects of psychoanalytic and post-structuralist theory which I think are particularly useful and inspirational in attempting to understand the experiences of the social subject and, more specifically, the distress that many girls and women in this society experience around eating and not eating, around losing and gaining weight, being fat or thin, around being a woman and around being ‘anorexic’.

My discussion will focus particularly on Lacanian, feminist psychoanalytic theory and on the work of Foucault, setting out a theoretical framework for this book in which the category of gender is theorized rather than assumed, an individual-society dichotomy is transgressed and the nature and status of knowledges (about ‘femininity’ and ‘anorexia’) is problematized and politicized. Inevitably in this and the following chapter I have had to assume that the reader has some prior familiarity with psychoanalytic and post-structuralist theory and with the discourse analytic approaches as they have been developed in psychology by people such as Valerie Walkerdine, Wendy Hollway, Jonathon Potter and Margaret Wetherell, amongst others. I have, however, sought to render my discussion of these often complex issues as accessible as possible and where appropriate the reader is directed to texts which provide more detailed explanations of the various issues and concepts that have been used. Many of the theoretical themes discussed here will also be returned to and discussed further in subsequent chapters.

In this chapter I will first discuss Freud's psychoanalytic theorization of subjectivity as fundamentally gendered, and of gender as the effect of interpretation of the body rather than as a 'natural' effect of biology (see Sayers, 1982). I will then discuss Lacan's rereading of Freud in which the role of interpretation or signification is emphasized (see Grosz, 1990). This discussion will also draw on feminist appropriations and critiques of Lacanian theory and will then discuss Foucault's post-structuralist theorization of discourse, power subjectivity and the body.

## PSYCHOANALYTIC THEORY

### Freud's theory of psychosexual development

Many feminists have viewed Freud as an enemy (Mitchell, 1974; Ussher, 1991), claiming that psychoanalysis is patriarchal and phallogocentric (see Sayers, 1990)<sup>1</sup> and that it is a justification of the patriarchal status quo, regarding women as biologically inferior and 'true femininity' as subordination (see Mitchell, 1974). Feminists, including de Beauvoir (1953), have often criticized Freudian theory as a biological determinist account of gender (Sayers, 1982). Other feminists, however, have actively engaged with psychoanalytic theory in one form or another as a useful analysis of (rather than prescription of) patriarchal power relations (Grosz, 1990). The relationship 'between feminism and psychoanalysis' has long been both intense and ambivalent (Bowly, 1989)<sup>2</sup> and the breadth of Freud's work, its theoretical developments and paradigmatic shifts (Loevinger, 1978), clearly enables a diversity of readings. Yet psychoanalytic theory is useful to feminism because

if we actually look at Freud's account of the development of psychological sex differences we find that he did not subscribe to a biologically determinist account of female psychology. Instead he regarded the development of the characteristically female (and male) personality as the effect of the way the child construes her (or his) biology.

(Sayers, 1982:127)

That is, femininity and masculinity are not mechanistically determined by biology but are effects of society's *ideas* about biology (Mitchell, 1974). Psychoanalysis conceptualizes gender, not as a natural given, but as the possible and probable consequence of unconscious *interpretations* of genital sex differences (Sayers, 1982). It is not our female (or male) bodies that make us feminine (or masculine) but the way in which we interpret our bodies, the social and psychological meanings or significations that we attribute to our bodies. Psychoanalytic theory can therefore be read as an anti-essentialist theory of sexuality. Indeed, Freud (1935, quoted by Mitchell, 1982:1) objected to those



who attempted to 'establish a neat parallelism' between the biological and the psychic. And because psychoanalysis thus deconstructs our 'phallic illusions'<sup>3</sup> about gender and identity; because 'psychoanalysis is not a recommendation *for* patriarchal society, but an analysis *of* one' (Mitchell, 1974:xv), it may be useful in understanding feminine identity, and therefore 'anorexia', within the context of 'patriarchal' society.

Freud argued that feminine and masculine sexuality (gender and identity) are not innate propensities. Masculinity and femininity are not natural categories, nor are they the natural or even inevitable consequence of physical sexual difference. They are not reducible to the female or male body. Instead, Freud argued that the early infantile sexuality of boys and girls was similar (Sayers, 1982). Neither initially differentiates self from other (Laplanche and Pontalis, 1973); the newborn infant does not initially have a sense of itself as a unified, bounded and coherent whole. In psychoanalytic terms: there is at first no unified ego distinct from the external world for either sex (Laplanche and Pontalis, 1973); there is no distinction between ego-libido and object-libido (Freud, 1914). Rather, the baby is born in a 'primary narcissistic' state characterized by a total absence of relationship to the outside (Laplanche and Pontalis, 1973). And it is only through the mother's absences that the infant recognizes her as a separate object and thus comes to experience itself as a discrete entity (Mitchell, 1974). Hence the *fort-da* game (where a baby repeatedly throws and retrieves a cotton reel on a string) in which the infant attempts to master this experience of loss, central to the development of the ego (Freud, 1920).

For Freud, then, the infant is not born with a differentiated and integrated sense of self (Laplanche and Pontalis, 1973), nor with a ready-made or complete sexuality (Mitchell, 1974). Rather, it is 'polymorphously perverse', bisexual<sup>4</sup> and initially auto-erotic.<sup>5</sup> Freud's theory provides, then, an explanation of how the infant develops from this initially undifferentiated and ungendered state towards a state that we would recognize as masculine or feminine sexual identity. He proposed a series of developmental stages (oral, anal, phallic) through which the child must progress (more or less 'successfully') towards this 'normality'. Hence, 'normality' is only precariously, if ever, achieved after a long and tortuous process of psychosexual development (Mitchell, 1974).

Freud proposed, then, that feminine (and masculine) sexuality is not a starting point but a (probable but always imperfectly achieved and precarious) end point to psychosexual development. Feminine and masculine sexualities cannot, therefore, be seen as explanation for male and female psychosexual development. They cannot be understood as different starting points from which male and female infants develop since, as we have seen, both male and female infants are born in the same undifferentiated ungendered state. Both boys and girls also take the mother as primary love-object and both show active and passive aims during the oral and anal phases of psychosexual development.<sup>6</sup> And it is not until 'the phallic phase' of development that the two sexes begin to diverge psychologically (Sayers, 1982).

During this stage the penis or clitoris becomes the principal erogenous zone, and physical differences thus become significant (Sayers, 1982). For the boy, phallic eroticism leads to phallic desires for the mother so that the father becomes an Oedipal rival.<sup>7</sup> Fearing castration by the father in retaliation for these desires, he renounces the mother as love-object, forming instead an identification with the father, thus taking up a masculine position (Freud, 1924a). That is, the Oedipal father is fantasized (by both sexes) as a powerful figure who would punish the child with castration for realizing its Oedipal desire for the mother (Freud, 1923, in Sayers, 1990). Genital sexual difference is construed as signifying this paternal authority and the boy's renunciation of his mother is a recognition not only of the father's power but also that he will eventually accede to it (Sayers, 1990). The boy's belief in castration is, Freud argues, substantiated by:

the sight of the female genitals. Sooner or later the child, who is so proud of his possession of a penis, has a view of the genital region of a little girl, and cannot help being convinced of the absence of a penis in a creature who is so like himself. With this the loss of his own penis becomes imaginable, and the threat of castration takes its deferred effect.

(Freud 1924a:318)

For girls, however, 'castration' is not a feared possibility but an accomplished fact (Freud, 1924a:321).

They notice the penis of a brother or playmate, strikingly visible and of large proportions, at once recognise it as the superior counterpart of their own inconspicuous organ, and from that time fall a victim to envy for the penis.

(Freud, 1925:335)

Freud argues that during the phallic phase the girl's clitoris has been her 'true substitute for the penis' (Freud, 1905:114) and that the penis is always preferred to the clitoris (Sayers, 1982). Hence, her realization that she does not have a penis results in her sense of inferiority: 'She acknowledges the fact of her castration, and with it, too, the superiority of the male and her own inferiority' (Freud, 1931:376). Freud argued that mothers are often blamed for their daughters' being 'so insufficiently equipped' (Freud, 1925, quoted by Sayers, 1982:128). And when the girl discovers that all women lack a penis her mother also appears similarly devalued. In consequence the girl abandons her mother, taking instead her father as primary love-object (Sayers, 1982). And by replacing her wish for a penis with a wish for a baby she adopts a 'normal' feminine position (Freud, 1924a). Alternatively, she may avoid this unfavourable comparison with male genitals by giving up 'her sexuality in general' or she may continue in her wish for a penis and develop a 'masculinity complex' (Freud,

1931, 1925). In short, Freud argued 'that female psychology is based on envy of the greater size and visibility of the penis' (Sayers, 1982:133) and on 'recognition' that it is only the penis that signifies (paternal/patriarchal) power.

For Freud, then, the female body is negatively defined by what it is not, and femininity begins with an acknowledgement of lack. However, as we have seen, this 'femininity' is not conceived as a natural category nor as a *simple* consequence of female anatomy.

It is essential to understand clearly that the concepts of 'masculine' and 'feminine', whose meaning seems so unambiguous...are among the most confused that occur in science... 'Masculine' and 'feminine' are used sometimes in the sense of *activity* and *passivity*, sometimes in a *biological*, and sometimes, again, in a *sociological* sense... The third, or sociological, meaning receives its connotation from the observation of actually existing masculine and feminine individuals. Such observation shows that in human beings pure masculinity or femininity is not to be found either in a psychological or a biological sense. Every individual on the contrary displays a mixture of the character-traits belonging to his own and to the opposite sex; and he shows a combination of activity and passivity whether or not these last character-traits tally with his biological ones.

(Freud, 1905:141–142, footnote added in 1915)

In short, Freud provides a theory of sexuality in which 'femininity' is conceptualized as a negative term but in which masculinity and femininity are also problematized. They are not natural categories, nor are they the natural, inevitable or certain consequences of genital sexual difference. Rather, feminine and masculine sexualities are conceived of as the possible and probable (but always precarious and imperfectly achieved) consequences of a long and tortuous process of psychosexual development premised on an *interpretation* of the body, not on the body *per se*.

In problematizing gender and (gender) identity, Freud's work can be read as prefiguring post-modern understandings of subjectivity because he denaturalizes and destabilizes both identity and gender (Grosz, 1990). In asserting that the self/other distinction is predicated on a loss or absence (of the mother) and in emphasizing the centrality of the unconscious in psychosexual development, Freud 'deconstructs' our 'phallic illusions' about the individual (see Sayers, 1990, 1994). His theorization of the unconscious subverts the fantasy of the unitary, rational, self-knowing 'man' because the conscious subject can no longer know her (or his) unconscious thoughts (Grosz, 1990): 'The ego is no longer master of its own house' (Freud, 1917:141–143). That is, Freud posits a subject radically split in itself and therefore 'radically *incapable* of knowing itself' (Grosz, 1990: 13). And psychoanalysis similarly deconstructs the notion of gender as a natural given. Gender identity is achieved only after a complex process of psychosexual development and is a result of *interpretation* of physical

sexual differences. It is not until the Oedipus complex that active or passive aims can be described as either masculine or feminine, since it is only then that they are placed within the social structure of sexual differentiation (Nagera, 1969). Gender and, therefore, human subjectivity are constituted by the unconsciously acquired ideas and patriarchal laws of human society (Mitchell, 1974; Coward *et al.*, 1976).

### A Lacanian rereading of psychoanalysis

For Freud, then, 'the ego is first and foremost a body-ego' but 'it is not merely a surface entity, but is itself the projection of a surface' (1923:703). Lacan's rereading of Freud emphasizes the importance for psychosexual development of this projection or interpretation of the body.

Like Freud, Lacan (1949) posits an initially undifferentiated and ungendered infant who achieves gendered identity only through a process of psychosexual development (see Mitchell and Rose, 1982). And, like Freud, Lacan 'deconstructs' our 'phallic illusion' (see Sayers, 1994, 1995) of the unitary, rational and self-knowing 'man'. It is Lacan's rereading of Freud through the French structuralist works of Saussure, Althusser and Lévi-Strauss that further emphasizes that it is the *Symbolic* rather than the *Real* of the body that structures this process of psychosexual development. Lacanian theory emphasizes that masculinity and femininity do not arise from the real of the body but from the way in which male and female bodies are *signified* within a Symbolic order.

This concept of the Symbolic order, central to Lacan's thought, moves psychoanalytic theory further in the direction of the social because the Symbolic order is primarily a linguistic (and therefore social) order (see Saussure, 1960). And it is within this Symbolic order that sexual difference acquires meaning and that (gender) identity is produced. For Lacan the unconscious is 'the site of interaction between the body, history and psychic representation' (Coward *et al.*, 1976:8) so that

In each man's [*sic*] unconscious lies all mankind's 'ideas' of his history; a history that can not start afresh with each individual but must be acquired and contributed to over time. Understanding the laws of the unconscious thus amounts to a start in understanding how ideology functions, how we acquire and live the ideas and laws within which we must exist. A primary aspect of the law is that we live according to our sexed identity, our ever imperfect 'masculinity' and 'femininity'.

(Mitchell, 1974:403)

Lacan's account of the unconscious simultaneously refers, then, both to what is 'within' the subject and also to what is beyond her. It transgresses the individual-society dichotomy. More specifically, Lacan argues that the unconscious is constructed precisely in the acquisition of language (Coward *et al.*, 1976) which

always precedes the individual and comes to her (or him) from outside of herself (Mitchell, 1982). Hence, there is ‘no subject independent of language’ (Sarup, 1988:12).

Human beings become social with the appropriation of language; and it is language that constitutes us as a subject. Thus we should not dichotomise the individual and society. Society inhabits each individual.

(Sarup, 1988:7)

Lacan’s emphasis on language makes it possible to interpret his work as a non-humanist (Mitchell, 1982), decentring (MacCannell, 1986) account of subjectivity; as a sociological account (Squire, 1983), or more specifically as an account which refuses any individual-society dichotomy. That is, for Lacan the ego is always constituted in a misrecognition (*méconnaissance*) of something outside of itself as itself. First, during ‘the mirror stage’<sup>8</sup> the initially undifferentiated infant, whose body-image is fragmentary, identifies with its integrated ‘whole’ mirror-image. It misconstrues itself as its ‘specular image’ (Lacan, 1949). In terms of this mirror metaphor, the infant identifies herself not with herself but with her reflected (specular) image, an image which by definition is precisely something other than herself. It is therefore a misidentification in which:

This jubilant assumption of his specular image by the child...would seem to exhibit in an exemplary situation the symbolic matrix in which the *I* is precipitated in a primordial form, before it is objectified in the dialectic of the identification with the other, and before language restores to it, in the universal, its function as subject...this form situates the agency of the ego before its social determination, in a fictional direction.

(Lacan, 1949:2)

This ‘specular I’ thus prefigures the infant’s alienating destination in the ‘social I’ (Lacan, 1949). It prefigures the moment at which the subject is constituted in language or the Symbolic order (Rose, 1982), in an alienating misidentification of itself in the pre-existing linguistic position of ‘I’.<sup>9</sup>

Lacan thus ‘deconstructs’ the subject, showing it to be social, decentred and fictional: “identity” and “wholeness” remain precisely at the level of fantasy’ (Rose, 1982:32) because subjectivity does not arise from within the individual, from the Real, but from without, created by and within language or the Symbolic order.<sup>10</sup> It is ‘created in the fissure of a radical split’ (Mitchell, 1982:5) in which subjectivity is constituted as an effect of the Symbolic (Sheridan, 1977).

For Lacan the phallus stands for this moment of division in which subjectivity is constituted (Rose, 1982): ‘it is to this signifier (the phallus) that it is given to designate as a whole the effect of there being a signified, in as much as it conditions any such effect by its presence as signifier’ (Lacan, 1982d:80). That

is, the phallus has ‘the privileged function of...representing human identity’ (Benvenuto and Kennedy, 1986:187). It signifies the effect of the signifier, of language or the Symbolic order in creating subjectivity (Lacan, 1958a). And, being constituted only in relation to the phallus, identity is also profoundly gendered. Sexual difference

must exist because no human being can become a subject outside the division into two sexes. One must take up a position as either a man or a woman. Such a position is by no means identical with one’s biological sexual characteristics.

(Mitchell, 1982:6)

And, because it is the phallus that represents human identity, sexual difference is always constructed in language (Coward *et al.*, 1976) such that masculinity is positively signified as ‘I’ whilst femininity is negatively signified as the ‘not-I’: ‘Sexual difference is inscribed in language only in relation to the phallus; the other sex is such, only because it does not have the phallus’ (Benvenuto and Kennedy, 1986:189).

The phallus defines identity, the ‘I’, as masculine. As that which represents the effect of the Symbolic order, it designates the masculine as the position of ‘Oneness’, of knowing and of being, and the feminine as the negatively defined ‘other of being’, not-I, not-all, not-One (Benvenuto and Kennedy, 1986:186). ‘Woman’ enters the Symbolic negatively, ‘guarantee [ing] that unity [of identity] on the side of the man’ (Rose, 1982:47). Thus, like Freud, Lacan defines femininity negatively in terms of a lack.

### **Feminine subjectivity: ‘woman’ as ideology**

As we have seen, Lacan’s work can be read as a non-humanist and decentring theory of subjectivity in which (gender) identity cannot be reduced to biological difference or to the individual because it is fictionally constituted within the Symbolic order: ‘It [sexuality] cannot be solved by any reduction to biological factors, as the mere necessity of the myth underlying the Oedipus complex makes sufficiently clear’ (Lacan, 1982d:75).

Lacan’s rereading of Freud thus emphasizes that gender identity is an effect of signification (or interpretation). The definition of the feminine as a lack is *symbolic*. There can be nothing missing in the real because ‘something can only be seen to be missing according to a pre-existing hierarchy of values’ (Rose, 1982:42). The negativity of the feminine is a consequence not of a ‘real’ lack but of the phallic nature of signification. And, drawing on structuralist linguistics, Lacan demonstrates the illusory and precarious nature of this Symbolic identity.

Following Saussure (1974), Lacan holds that, not only are language systems social and external to the individual; they are also ‘systems of values maintained by social convention’ (Lyons, 1981:221).<sup>11</sup> That is, the relationship between the

signified and signifier, which together make up the linguistic sign, is *arbitrary*. Language is conceptualized here not as a transparent nomenclature. Rather words are meaningful only within the structure of a language system and meaning is the product of the semantic relations between words (Lyons, 1981). It exists not in the word itself but in the divisions and differences produced within language. And, for Lacan, the phallus is *the* 'privileged signifier', signifying sexual difference:

In Freudian doctrine the phallus is not a fantasy, if what is understood by that is an imaginary effect. Nor is it as such an object (part, internal, good, bad, etc....) in so far as this term tends to accentuate the reality involved in a relationship. It is even less the organ, penis or clitoris which it symbolises...the phallus is a signifier whose function in the intrasubjective economy of analysis might lift the veil which it served in the mysteries.

(Lacan, 1982d:79)<sup>12</sup>

For Lacan, then, the phallus, which signifies the effect of the Symbolic in constituting (gendered) subjectivity, cannot be simply equated with the penis. Moreover, whilst Lacanian theory has been accused of phallogentrism this theory is also an exposure of the 'fraudulent' status of the phallus (Rose, 1982). Whilst language fixes meaning and constitutes identity, meaning is also constantly slipping along metaphoric and metonymic axes. The signified can always become a signifier. Because meaning is produced only in the relations between words, '[we] are forced...to accept the notion of an incessant sliding of the signified under the signifier' (Lacan, 1977:154): 'From which we can say that it is in the chain of the signifier that meaning "insists" but that none of its elements "consists" in the signification of which it is at the moment capable' (Lacan, 1977: 153).

The meanings of words are uncertain, unfixed because they are always 'deferred' along chains of signifiers (because it is only in the relations between words that meaning is produced). And because the signifier 'stands in' for the object, signification also indicates loss: 'language speaks the loss which lay behind that first moment of symbolisation' (Rose, 1982:32). Because the phallus signifies the effect of the Symbolic, its presence also signifies an absence (Benvenuto and Kennedy, 1986). The phallus represents 'One-ness' (Benvenuto and Kennedy, 1986:190); it represents identity and certainty. But, as we have seen, Lacan also deconstructs this 'omnipotent fantasy of the self as whole and undivided, showing it instead to be founded in the illusory elision of division—of inner and outer—at its very inception' (Sayers, 1990:200).

Hence, the phallus also signifies that 'lack in being', the splitting in which subjectivity is constituted outside of itself. It signifies both subjectivity and desire which arises precisely because of the lack or gap in the Symbolic (see Rose, 1982).<sup>13</sup> Thus, the 'idealization of separation and the idealization of the phallus go together' (Benjamin, 1985:4), so that in signifying the certainty of

identity the phallus is a fraud (Rose, 1982): ‘the very ideology of oneness and completion’ that it signifies ‘closes off the gap of human desire’ also signified by the phallus (Rose, 1982:46). And, as Irigaray argues,

from the moment that a pole of difference pretends to decree the Universal, it says that its discourse is not sexualized. However, there are indications of sexual difference in this discourse that has *pretensions* to the universal.

(Irigaray 1988:161)

The concept of the phallus in Lacanian theory indicates, then, not so much an assertion of unproblematic male privilege as the problematic, complex and conflictual nature of human subjectivity and sexuality (Rose, 1982). In short, Lacan decentres subjectivity, conceptualizing it as an identification with the preexisting position of ‘I’ within the Symbolic order. Drawing on structural linguistics, he shows how profoundly precarious, problematic and fictional that subjectivity and sexuality are. And, because Lacanian theory thus questions the Symbolic as a ‘register of absolute fixity’, it thereby questions and deconstructs the category of woman (Rose, in Sayers, 1986:92)

Lacan emphasizes that femininity is not a natural category but a symbolic position. And this rereading of femininity also elucidates the particularly problematic nature of this fictional, Symbolic ‘feminine’ identity. As we have seen ‘femininity’ is conceptualized as a socially, symbolically constructed (im) position that is negatively signified in relation to the phallus. It is the not-I, the not-One (Benvenuto and Kennedy, 1986), the Other of identity But it is not that ‘the woman’ is outside of the Symbolic order; rather ‘she’ is excluded within it: ‘Her being not all in the phallic function does not mean that she is not in it at all. She is in it not not at all. She is right in it’ (Lacan, 1982b:145). And, as Lacan argues, there is therefore ‘something unacceptable’ for ‘woman’ ‘in the fact of being placed as an object in a Symbolic order to which, at the same time, she is subjected just as much as the man’ (Lacan, in Rose, 1982:45). The category of femininity is thus theorized as unacceptable at least for women. But it is also ‘fundamentally conflictual’ because ‘woman’ is (impossibly) contained within an exclusion. ‘She’ stands as an impossible contradiction—a subject position as the other-of-identity: That the woman should be inscribed in an order of exchange of which she is the object, is what makes for the fundamentally conflictual, and, I would say, insoluble, character of her position...’ (Lacan in Rose, 1982:45).

Whereas for Riviere (1929) ‘masquerade...indicated a failed femininity’, for Lacan ‘masquerade is the very definition of “femininity”’ because ‘woman’ is defined in terms of that which ‘she’ is not (Rose, 1982:43). Hence, woman does not exist’ (Lacan, quoted in Rose, 1982:48). ‘femininity’ thus indicates ‘the fundamental duplicity’ of the Symbolic (Rose, 1982:42) because it points to the lack in the Symbolic, to ‘something more’, ‘to a *jouissance* proper to her, to this



“her” which does not exist’ (see Lacan, 1982b:145). Hence Lacan’s theorization of feminine sexuality is

an exposure of the terms of its definition, the very opposite of a demand as to what that sexuality should be...it involves precisely a collapse of the phallus...giving the lie, we could say, to the whole problem outlined.

(Rose, 1982:44)

Lacanian psychoanalytic theory thus elucidates the profoundly problematic, ‘unacceptable’ and perhaps subversive nature of ‘femininity’ as the negatively signified Other within the Symbolic order. As Sayers (1986:94) argues, feminist Lacanians have deconstructed the category of woman. Problematically, however, it is not clear what relationship actual women might have to this category of ‘woman’ nor from what (symbolic) position women might resist this unacceptable (im)position.

### **Other femininities (for feminism?)**

Freud argued that femininity and hysteria are linked both historically and psychologically: “‘the feminine’ (being a woman in a psychological sense) was in part a hysterical formation’ (Mitchell, 1974:48). The profoundly problematic and conflictual nature of ‘femininity’ as theorized by Freud and Lacan clearly indicates the difficulties of female psychosexual development. And the elucidation of the impossibility and unacceptability of ‘femininity’ must surely further our understanding of ‘female maladies’ such as hysteria (see Showalter, 1985) and more contemporarily anorexia (Malson, 1992). As Mitchell argues,

Hysteria was, and is—whatever the age and generational status of the man or woman who expresses it—the daughter’s disease. To ‘her’ ‘femininity’ really seems to equal the gap indicated by castration or, in Joan Riviere’s words, it is enacted as ‘a masquerade’ to cover it.

(Mitchell, 1984:308)

And, as noted above, for Lacan ‘masquerade’ is the very definition of femininity in that it is defined in terms of a male sign (Rose, 1982). This is not to argue, however, that women are somehow ‘naturally’ hysterical or that all (or most) women come to be hysterical (Malson, 1992). Rather it is to suggest that ‘the hysterical woman’ or ‘the anorexic woman’ *parodies* the deeply embedded gender ideologies that devalue women, insisting that we inhabit a dependent and restricted social role (Selig, 1988).

Several psychoanalytic feminists have similarly argued that ‘the hysteric’ can be understood as a quasi-feminist refusal of patriarchal heterosexuality (see Ramas, 1985), that ‘she’ makes ‘permanent war’ with the phallogentrism and patriarchy of the Symbolic order (see Cixous, in Gallop, 1985:203). Cixous, for

example, describes Freud's Dora as 'a radiant example of feminine revolt' (Moi, 1985:192). Whilst not denying the rejecting/protesting aspect of hysteria or anorexia, the location of feminist protest in such self-destruction is also inevitably problematic (see Swartz, 1985b). Moreover, hysteria may be not so much a feminist political resistance to patriarchy as a dissenting but co-opted defeat. As Clément argues, it

introduces dissension, but it in no way makes anything burst; that does not *disperse* the bourgeois family, which only exists through her dissension, which only holds together in the possibility or the reality of its own disturbance, always re-closable, always re-closed.

(Cixous and Clément, 1975:287)

That is, whilst 'the hysteric' can be understood as (not) voicing 'her' dissent in 'her' symptoms, 'she' is always assimilable within the phallogocentric order 'she' contests. The hysteric (and also 'the anorexic') 'both refuses and is totally entrapped within femininity' (Mitchell, 1984:290). And, indeed, this paradoxical entrapment-rejection might in itself be seen as bound up with the problematic nature of femininity discussed above.

A related response to the problem of 'the feminine'/feminist is proposed by Kristeva. She shifts Lacan's focus on symbolic abstraction to include the semiotics—the 'texture', gestures and rhythms of speech (see Sayers, 1995). She argues that women speak and write as 'hysterics', as 'outsiders' of phallogocentric discourse (Jones, 1985). Her project of 'semanalysis' thus attends to marginal and resistant meanings. 'A feminist practice' she argues 'can only be...at odds with what already exists so that we may say "that's not it" and "that's still not it"' (Kristeva, 1974, in Jones, 1985:88). For Kristeva, then, 'woman's function (which can also include men) can only be negative, challenging, subverting and reclaiming (masculine) language as our own.

In contrast with Kristeva, Irigaray argues that women have their own specificity distinct from men. For her, a feminist resistance to phallogocentrism must focus on formulating the specificity of the female body and of the mother—daughter relationship. In this latter respect her work converges with that of many non-Lacanian feminists who, objecting to the phallogocentric, fathercentredness of Freud's work, have shifted their focus from the father to the mother (see Sayers, 1988, 1991). Following on from Klein and later Winnicott, feminists like Chodorow (1978), Benjamin (1990) and Orbach (1993) have increasingly focused on the pre-Oedipal mother-child relationship and (following Winnicott) on the effects of its individual material realities rather than fantasies.<sup>14</sup> And, given 'the value Winnicott, unlike Freud, attaches to the work of women as mothers...it is little surprise that feminists have found his theories particularly sympathetic' (Sayers, 1995:126). Yet it is also paradoxical that this feminist analysis focuses on individual issues about the mother to the neglect of issues about the father, because feminism has 'repeatedly insisted on the necessity of

going beyond the individual-centredness of psychoanalysis to take account of the social and patriarchal factors conditioning women's ills and discontents' (Sayers, 1988:368–369).

In focusing on the specificity of the female body, Irigaray's work also converges in part with the much earlier work of Horney (1926), who argued that 'feminine' psychology does not simply result from penis envy but is rather 'rooted in women's "specific biological nature"' (Horney, 1926:17, in Sayers, 1982:130). Yet, whilst Horney's attempt to counter Freud's 'male-bias' is appealing, it has also been described as essentialist because it posits a 'primary' natural femininity (see Sayers, 1982). Lacan (1982a:127) has also asserted that her disputing 'the anatomical priority' of the penis (or clitoris) 'in no sense detracts from Freud's basic thesis on the phallic conditioning of narcissism in the subject irrespective of its sex'.

Like Horney, Irigaray argues for a female psychology specific to the female rather than the male body. As a post-Lacanian, she asserts that because women are caught up in a phallogentric Symbolic order they 'have had no way of knowing or representing themselves' (Jones, 1985:88). Thus, she argues, the mother has no identity as a woman to give to her daughter:

If the mother is the alienator it is because she has no identity as a woman. And this effectively plunges the mother and the little girl into the same nothingness. But the problem is neither to accuse the mother nor to say that it is the father who comes to liberate the little girl. The mother has to find her identity as a woman and from that point, she would be able to give an identity to her daughter. But this is the key point to which our system is most blind.

(Irigaray, 1988:157)

Irigaray (1988:156) argues that society is built not just on the Oedipal myth of patricide but primarily on matricide: 'when fathers took the power they had already annihilated the mother'. What is required, she claims, if women are to find their identity as women, is a return to the specificity of the female body, to the 'two lips' of the vulva and to a specific female desire of multiple libidinal energies (Jones, 1985).

Clearly Irigaray's project can be read as essentialist, as an argument that feminists should fight patriarchy so that we could express a 'femininity' that is 'essentially constituted in biology' (Sayers, 1982:131–132). Her 'solution' is bound up with the very system it claims to undermine (Jones, 1985) for 'the female body hardly seems the best site to launch an attack on the forces that have alienated us from what our sexuality might become' (Jones, 1985:93). Whilst Cixous' description of femininity as flowing from her body or Irigaray's celebration of female sexuality as diverse and diffused, of woman as 'infinitely other in herself', as 'temperamental, incomprehensible, perturbed, capricious', 'a little crazy' and incoherent (Irigaray, 1977, in Jones, 1985), is certainly opposed

to phallic identity, it seems to oppose from that very position in which patriarchal order placed it.

Irigaray's work can, however, be read quite differently. It can be seen as non-essentialist because it can be reread at the level of the Symbolic rather than at the level of the 'real' body (Whitford, 1989). Whitford (1989), for example, argues that Irigaray's project is the formulation of a female Symbolic that would allow the mother to be mother *and* woman, that would not reduce women to a maternal *function* and that would give women a (feminine rather than phallogentric) identity as women. In this reading, Irigaray is arguing that women have been left in a state of 'dereliction', not because of women's 'nature' but because they cannot successfully emerge as subjects within an order that only signifies the feminine as a negative (Whitford, 1989). Because the mother-daughter relationship and the female body remain as yet unsymbolized in their own specificity, women are hindered from having a (symbolic) identity. The 'problem for women lies', therefore, 'in the *non-symbolization* of the relation to the mother and to the mother's body' (Whitford, 1989:114). Irigaray thus criticizes the partiality of the Symbolic and argues for the formulation of a feminine imaginary and Symbolic based on the constantly touching lips of the vulva and on a diffused multiplicity of 'female desire':

The symbolic that you (Messieurs les psychanalystes) impose as universal, free of all empirical or historical contingency, is *your* imaginary transformed into an order, a social order.

(Irigaray, 1985:311–313, in Whitford, 1989:118)

To turn the 'body without organs' into a 'cause' of sexual pleasure, isn't it necessary to have had a relation to language and to sex—to the organs—that women have never had.

(Irigaray, 1977, in Whitford, 1989:113)

Hence Irigaray's description (1977) of 'femininity', Whitford (1989) argues, is not so much a demand for a return to the 'real' of the female body as an attempt to formulate a 'female imaginary' which could be transformed into a 'female symbolic' based on the female body.

Whether Irigaray is talking about the literal physicality of the female body or is using 'the two lips' as an alternative symbolic term is unclear—at least it is to me. However (and setting aside the question of whether or not a 'female symbolic' is possible), Irigaray's work still remains problematic because, like Lacan's, it posits an homogenized category of *the* woman'. And it seems implausible to suggest that any *one* 'feminine' libidinal voice, however non-phallogentrically defined, could speak for *all* women in our diverse sociocultural and economic situations (Jones, 1985). Both Lacan and Irigaray seem problematically to theorize only one 'woman' (however 'she' is defined). Black, white, working-class and middle-class, feminist and non-feminist, Western and

non-Western women surely cannot all be adequately accounted for by any single 'monolithic myth' of femininity (see Jones, 1985). A single concept of femininity seems to 'flatten out the lived differences among women' (Jones, 1985:95) because 'woman' is a sliding signifier, a plural collectivity of mother, daughter, lover, prostitute, Black and so on (Sayers, 1986). Lacanian and post-Lacanian theories often lose sight 'of the social realities that go to make up the category "woman"' and outside of actual social relations the concept of "woman" becomes an abstraction' (Eisenstein, in Sayers, 1986:93). It is therefore necessary, I would argue, to retheorize 'woman' as a multiplicity of these various and often contradictory 'femininities' as they are constituted within actual sociocultural, historically varying discursive practices:<sup>15</sup>

'woman' is a volatile collectivity in which female persons can be very differently positioned, so that the apparent continuity of the subject of 'woman' is not to be relied on; 'woman' is both synchronically and diachronically erratic as a collectivity.

(Riley, 1988:1–2)

In short, the category of 'woman' fluctuates both culturally and historically, encompassing a multiplicity of socio-historically specific 'femininities'. Whilst 'the phallic mode of identity' (Benjamin, 1985) and the negative definition of femininity as Other may be ubiquitous, 'the ways in which it is defined, imposed, accepted, subverted and defied will vary' (Malson, 1992:83). Moreover the relationship of actual women to this category of 'woman' is also uncertain because, as

Freud argues,<sup>16</sup> there is no libido other than masculine. Meaning what? other than that a whole field, which is hardly negligible is thereby ignored. This is the field of all those beings who take on the status of the woman—*if, indeed, this being takes on anything whatsoever of her fate.*

(Lacan, 1972–73, in Rose, 1982:27; my emphasis)

Denise Riley (1988:6) similarly questions 'how far any woman can take on the identity of being a woman in a thoroughgoing manner'. How, she asks, 'could someone "be a woman" through and through, make a final home in that classification without suffering claustrophobia?'. Perhaps, then, as women we have a fluctuating shifting relationship with the already fluctuating category of 'woman'. Women's subjectivities might then be best theorized in terms of 'plural collectivities' of often contradictory subject positions constituted in and by various socio-historically specific discourses of which the Symbolic is an abstraction. And whilst gendered subject positions lean on the corporeality of the body, on genital difference, women take up and are taken up by a multiplicity of different subject positions with 'different densities of sexed being' (Riley, 1988: 6).

### FROM THE SYMBOLIC TOWARDS DISCOURSE

Lacan's rereading of Freud emphasizes the central function of interpretation, of language or the Symbolic order in constituting (gendered) subjectivity. And, as I have argued, this emphasis on language makes it possible to read his work as a non-humanist, decentring account of subjectivity that refuses a dichotomization of individual and society. First, because he theorizes subjectivity as constituted outside of itself as a symbolic position in language and, second, because he thereby shows (gender) identity to be fictional. Adopting Saussurean linguistics as an epistemological framework he demonstrates the precarious, uncertain, problematic and fictional nature of subjectivity and of femininity. He questions 'the register of the absolute fixity. of the category of woman' (Rose, in Sayers, 1986:92). However, in focusing on the abstract concept of the Symbolic order (cf. Saussure's *langue*), Lacan's and some post-Lacanian theories tend to neglect the actualities of speech (cf. Saussure's *parole*), the discourses and discursive practices in which language and therefore (gendered) subjectivities are 're-produced' (Henriques *et al.*, 1984). As Saussure himself argued, language systems are social and material (Lyons, 1981). Language, like any other social institution, must be put into a social setting so that it can be understood as 'something used daily by all' and as 'constantly...influenced by all' even though it cannot be changed by any one individual (Saussure, 1960:73–74). Language or discourse cannot exist independently of its daily re-production and it is therefore changeable (Hollway, 1992). Hence, language can be understood both as an established system that pre-exists the individual and as an historically evolving system that changes because of its continual use.<sup>17</sup>

In a certain sense...we can speak of both the immutability and the mutability of the sign...the sign is exposed to alteration because it perpetuates itself. What predominates in all change is the persistence of the old substance; disregard for the past is only relative. That is why the principle of change is based on the principle of continuity. Regardless of what the forces of change are...they always result in a *shift in the relationship between the signified and the signifier*.

(Saussure, 1960:74–75)

By locating language within its social context, Saussure thus shows it to be sociohistorically mutable. Moreover, attention to the social indicates the necessity of moving from Lacan's and Saussure's structuralist concept of language or the Symbolic order as universal totalities (see Walkerdine, 1988) towards a post-structuralist concept of discourses characterized by diversity and power struggle.

I have argued in this chapter that psychoanalytic theory, particularly Lacanian and post-Lacanian theory, is useful precisely because it 'deconstructs' our notions of gender and identity. (Gender) identity is shown to be not a natural state but the

problematic and precarious effect of a process of psychosexual development which is predicated on the *interpretation* or Symbolic meaning and value of the body. Psychoanalytic theory is useful, therefore, because it shows (gender) identity to be problematic and precarious and also to be socially (rather than naturally) constructed. From a feminist perspective, however, we need to go further still. I would argue that we need to ‘deconstruct’ Lacan’s abstracted concept of the Symbolic order; to ground this order in the actualities of the Social so that we can explore the specificities of the social-political contexts within which our experiences of gender, identity and embodiment are constituted. And post-structuralism, I shall argue, may provide a more adequate theoretical framework within which to understand subjectivity and femininity (and therefore anorexia) as socio-historically located, multiple and shifting subject positions constituted in discourses and discursive practices.

### **DISCOURSE, POWER/KNOWLEDGE, SUBJECTIVITY AND GENDER**

Many critiques of structuralism have stressed that ‘the social “totality” is not a well-fitting and founded structure’ and that it may be better understood as ‘a contradictory nexus of social practices’ (Hirst and Woolley, 1982). Hence, structuralist conceptions of language or the Symbolic order as universal totalities might be better reformulated in terms of a post-structuralist Foucauldian theory of discourses and discursive practices. In the remainder of this chapter I will therefore discuss how post-structuralist theory can contribute to our understandings of subjectivity, gender, power and knowledge and consequently to an understanding of anorexia.<sup>18</sup>

For Foucault (1972) language is not a unitary, trans-historical totality but rather consists of a variety of different historically specific discourses; for example, economic, medical, psychiatric and psychological discourses. Foucault defines these discourses as regulated systems of statements. However, what unites a system of statements, what constitutes the unity of a discourse, is always provisional. Whilst discourses are realized in texts and speech, this realization is always fragmentary; we only ever find pieces of discourse (Parker, 1990b). The unity of a discourse cannot be found in the document or the *oeuvre* because the ‘frontiers of a book are never clear-cut: ... it is always caught up in a system of references to other books, other texts, other sentences: it is a node within a network’ (Foucault, 1972:23). A document only provides ‘a weak, accessory unity in relation to the discursive unity of which it is the support’ (Foucault, 1972:23). Hence, for Foucault, a discourse is a dispersed system whose hypothesized unity is always provisional: ‘we must conceive of discourse as a series of discontinuous segments whose tactical function is neither uniform nor stable’ (Foucault, 1979:100). The division of language into discourses ‘cannot be regarded either as definite or as absolutely valid; it is no more than an initial approximation that must allow relations to appear that may erase the limits of

this initial outline' (Foucault, 1972:30). Hence, to identify a discourse 'is not to close it upon itself; it is to leave oneself free to describe the interplay of relations within and outside it' (Foucault, 1972:29).

Moreover, the unity of a discourse cannot be based simply upon the existence of its objects—on, for example, the economy, the mind, madness, sickness or the body—because, discourses are social 'practices that systematically form the objects of which they speak' (Foucault, 1972:49). For Foucault and the post-structuralist and discourse-oriented researchers and theorists that have followed him, discourse is not a transparent medium which simply describes or reflects some underlying reality.<sup>19</sup> Rather, discourses (and discursive practices) are constitutive of their objects (Foucault, 1972, 1979).

This view of language is very different from the notion of language as reflective because it implies that language does not simply transmit an already-existing meaning. Rather, it involves 'the more active labour of *making things mean*' (Hall, 1982:64). Objects do not exist beyond or 'anterior' to discourse, 'waiting' to be discovered and more or less accurately, objectively described (Foucault, 1977a). A discourse 'finds a way of limiting its domain, of defining what it is talking about, of giving it the status of an object—and therefore of making it manifest, nameable, and describable' (Foucault, 1972:41). Objects of social reality

are not 'things' set apart from and independent of discourse but are realized only in and through the discursive elements which surround the objects in question. Things then are made visible and palpable through the existence of discursive practices, and so [objects, events and experiences] are not referents about which there are discourses but objects constructed by discourse.

(Prior, 1989:3)

Similarly, discourses produce 'identities', subject positions, 'institutional sites' from which a person can speak or be addressed (Foucault, 1972:51; see Henriques *et al.*, 1984). Discourses do not simply describe individuals; they offer up a variety of subject positions (see Walkerdine, 1986). Subjectivity does not come from within but is constituted and reconstituted in texts and talk (Wetherell and White, 1992). Hence 'identity' can be reconceptualized as a multiplicity of different, shifting, often contradictory subject positions (Walkerdine, 1993). Femininity, for example, can be understood not so much as a collection of characteristics found within the individual or as a consistent unitary identity than as an empty category that takes on a variety of historically contingent shapes within different discourses (Wetherell, 1986; Poovey, 1988).

From a post-structuralist perspective, then, subjectivity is not only decentred as *a* subject position in discourse (cf. Lacan); it is also multiple and dispersed:



I do not refer the various enunciative modalities<sup>20</sup> to the unity of the subject. Instead of referring back to *the* synthesis or *the* unifying function of a subject, the various enunciative modalities manifest his [*sic*] dispersion. To the various statuses, the various sites, the various positions that he can occupy or be given when making a discourse. To the discontinuity of the planes from which he speaks. And if these planes are linked by a system of relations, this system is not established by the synthetic activity of a consciousness identical with itself, dumb and anterior to all speech, but by the specificity of a discursive practice...discourse is not the majestically unfolding manifestation of a thinking, knowing speaking subject, but, on the contrary, a totality in which dispersion of the subject and his discontinuity with himself may be determined.

(Foucault, 1972:54–55)

Moreover, a discourse is not simply a set of linguistic practices. The concept of discourse includes discursive practices; it consists of a whole assemblage of concepts, objects, events and activities (Prior, 1989). A discourse is a social practice and discursive relations are neither simply ‘internal to discourse’ nor ‘exterior to discourse...they are in a sense, at the limit of discourse’ (Foucault, 1972:46). ‘Of course, discourses are composed of signs; but what they do is more than use these signs to designate things. It is this *more* that renders them irreducible to the language (*langue*) and to speech’ (Foucault, 1972:49). That is, discourses as social practice have powerful, ‘real’ effects (Walkerdine, 1986). They regulate and normalize human behaviours and activities, defining what is normal and abnormal in various social settings and for various groups of people (Walkerdine, 1986).

Similarly, as practices, discourses are not simply conditioned by linguistic rules. The coming into existence of, for example, ‘madness’ as an object of discourse was ‘ruled’ by ‘the conditions of possibility’ (Woodiwiss, 1990:63) of a discourse on madness. Such conditions included its ‘surface of emergence’—the social conditions such as the rise of the bourgeois family and of the medical profession which as an authoritative, institutionalized body of knowledge and practice ‘delimited, designated, named, and established madness as an object’ (Foucault, 1972:41–42). Clearly, then, discourses as social practices have ‘real’ effects, legitimating particular practices, particular forms of authority, constituting particular ‘truths’ about ‘reality’ and positioning and constituting people as, for example, sane or insane. Yet at the same time as acknowledging these powerful real effects we must also acknowledge that these ‘truths’ are not absolute but are ‘historically produced within certain specific conditions of possibility’ (Walkerdine, 1986:64), so that

the possibility exists for fiction to function in truth, for fictional discourse to induce effects of truth, and for bringing it about that a true discourse

engenders or ‘manufactures’ something that does not as yet exist, that is, ‘fictions’ it.

(Foucault, 1980:193)

For Foucault, then, discourses are about power. In constituting a field of knowledge, a discourse rules out other truths. In not saying everything it represses what it does not say (Foucault, 1972). Power and knowledge are inextricably linked, in that

power produces knowledge (and not simply by encouraging it because it serves power or by applying it because it is useful); that power and knowledge directly imply one another; that there is no power relation without the correlative constitution of a field of knowledge, nor any knowledge that does not presuppose and constitute at the same time power relations.

(Foucault, 1977b:27)

Power functions in and through discourse (and discursive practices). But this post-structuralist concept of power is not a sovereign power, a fixed possession of particular individuals. Instead Foucault (1977b:139) reconceptualizes power in terms of a ‘micro-physics of power’, as an aspect of the regulative function of knowledge itself (Walkerline, 1986:65). Discourses regulate and discipline by constituting fields of knowledge, instituting truths, constituting subjectivities in particular ways, positioning people within discourses and subjecting them to normalizing judgements (Foucault, 1977b, 1979), so that power relations, although unevenly distributed, are everywhere (Foucault, 1979:95).

However, as Foucault (1977b:170) argues, this infinitesimal control is not simply a repression. Power/knowledge is productive as well as repressive: it ‘makes’ individuals.

The individual is no doubt the fictive atom of an ‘ideological’ representation of society, but he [*sic*] is also a reality fabricated by this specific technology of power that I have called ‘discipline’. We must cease once and for all to describe the effects of power in negative terms: it ‘excludes’, it ‘represses’, it ‘censors’, it ‘abstracts’, it ‘masks’, it ‘conceals’. In fact, power produces; it produces reality, it produces domains of objects and rituals of truth. The individual and the knowledge that may be gained of him belong to this production.

(Foucault, 1977b:194)

Power/knowledge does not simply repress but rather produces ‘the individual’ and other objects in particular ways. And, as Foucault (1979:96) argues, discourses also produce their own ‘plurality of resistances’ to power. Nineteenthcentury medical discourse on sexuality, for example, produced ‘the

homosexual' as perverse but it thereby produced a subject position from which such pathologization could be resisted (Foucault, 1979). Hence, there 'is not, on the one side, a discourse of power, and opposite it, another discourse that runs counter to it. Discourses are tactical elements or blocks in the field of force relations' (Foucault, 1979:101–102). In short, Foucault (1979:102) conceptualizes power in terms of a 'multiple and mobile field of force relations' functioning in discourses and discursive practices 'wherein far-reaching, but never completely stable, effects of domination are produced'.

The idea of the body is also central to Foucault's theorization of discourse and power/knowledge (McNay, 1992). He argues that discourses 'discipline' the body through 'a multiplicity of minor processes of domination' (Foucault, 1977b: 138). Discourses construct the body in particular ways, 'exercising upon it a subtle co-ercion,...obtaining holds upon it at the level of the mechanism itself—movements, gestures, attitudes, rapidity: an infinitesimal power over the active body' (Foucault, 1977b: 137). He insists, therefore, that the body is an historically and culturally specific entity, shaped and reshaped in different discourses and discursive practices (McNay, 1992):

The body is the inscribed surface of events (traced by language and dissolved by ideas), the locus of a dissociated self (adopting the illusion of a substantial unity), and a volume in perpetual disintegration. Genealogy, as an analysis of descent, is thus situated within the articulation of the body and history. Its task is to expose a body totally imprinted by history and the process of history's destruction of the body.

(Foucault, 1977a:148)

Despite its corpo-reality the body is not an originating point (Riley, 1988). The body that we know is a result or effect of discourse because it is 'always already' produced within discourse and discursive practices (McNay, 1992). It is not possible to know it outside of discourse, before it is 'inscribed' within social practices and power relations (McNay, 1992). Discourses do not, however, simply produce docile useful bodies, since, as noted above, discourses produce their own 'plurality of resistances' (Foucault, 1979). Bodies can never be totally once and for all subjected to any one inscription: they articulate and sustain a multiplicity of often conflicting meanings. Foucault thus provides a radically anti-essentialist account of the body in which, at the same time, the materiality of the body is not denied (McNay, 1992). The physical body is 'always already' multiply produced in socio-historically specific discourses which constitute, 'penetrate' and regulate it in particular ways, but which also produce resistances to their 'infinitesimal controls'.

In short, post-structuralist theory offers an account of subjectivity and the body, as produced in and regulated by discourses, which constitutes a useful framework for feminist analyses of 'anorexia' as well as of many other aspects of women's (or men's) experiences and of social reality more generally.

First, the theorization of subjectivity as decentred, as constituted in and regulated by socio-historically specific discourses, enables an analysis of 'femininity' as a 'plural collectivity' (Riley, 1988) of historically and culturally varying subject positions rather than as an eternal, asocial category. In contrast with psychoanalytic theory, which often lacks historical specificity (McNay, 1992), post-structuralism offers a more grounded theory of subjectivity as it is variously constituted, regulated and resisted.

Second, Foucault's theorization of the body is radically anti-essentialist: the body is 'always already' constituted in and regulated by discourses and discursive practices. Foucault (1977a) attacks the search for origins, whether in body or in history, as 'an epistemologically problematic quest' for ahistorical, asocial essences (McNay, 1992). He conceptualizes the body as a locus in which power relations are manifest most concretely (Foucault, 1977b). His project thus coincides with that of feminism in its analysis of the body as a material site of power struggle. For Foucault, the body and sex are constructs of discourses and discursive practices which regulate and normalize activities, subjectivities and sexualities (Foucault, 1979; Walkerdine, 1986). And, as I have argued, it is through discourses that power/knowledge functions (Foucault, 1977b, 1980). Furthermore, because knowledge is always bound up with historically specific regimes of power, Foucauldian theory rejects any categorical distinction between ideology and science, between fact and fiction. The notion of an empirically verifiable, objective or absolute Truth becomes untenable because societies produce their own specific, normalizing, regulating truths (Foucault, 1979). Post-structuralist theory thus enables a feminist questioning of those scientific 'truths' which have constituted women as (biologically) inferior and defective or as otherwise lacking (see Ussher, 1992a). And at the same time it provides a theoretical framework within which to analyse the 'real' effects of these truths that 'fiction' women in a multiplicity of socio-historically specific ways.

## CONCLUSIONS

In this chapter I have aimed to draw out some of the theoretical insights provided by psychoanalytic and post-structuralist theories. I have not set out to offer an exhaustive account of these theories but rather to discuss those aspects of psychoanalytic and post-structuralist theory that may be both useful and inspirational in our understanding of issues of gender, subjectivity and embodiment and, more specifically, in our attempts to understand the problem of 'anorexia'.

Specifically, I have argued that Lacan's rereading of Freud offers a particularly useful theory of subjectivity and gender as constituted outside of itself within the Symbolic order. However, as we have seen, Lacanian and some post-Lacanian theory tends to lack the socio-historical specificity that Foucauldian theory offers. Foucault's post-structuralist concept of discourse not only allows for a more socially grounded analysis of subjectivity and gender; it

also enables a conception of 'woman' as an unstable collectivity of *multiple*, often contradictory subject positions in discourse. In addition, Foucault's concept of the body as discursively constituted and regulated is not only anti-essentialist but also acknowledges and theorizes the corpo-reality of the body. And because power and knowledge are seen as bound together, functioning in discourse (Foucault, 1979), Foucauldian theory provides an account of the body as a site of power struggle as well as a critique of scientific truths of the female body as inferior and defective.

Feminists have, however, been critical of Foucault's lack of attention to the gendering of discursive positionings and regulations (McNay, 1992). Whilst he provides a detailed theorization of the discursive production of sex and sexuality and of technologies of sex (Foucault, 1979), he often fails to attend to how women and men are differently positioned, disciplined and regulated (McNay, 1992). It is important, therefore, to retain the psychoanalytic, Lacanian insights into the phallic nature of signification (Frosh, 1994) and the problematic nature of 'woman' as the negatively signified Other. Moreover, a theorization of subjectivity as a 'sum total of positions in discourse' leaves an important area of desire and investment largely unexplored (Walkerdine, 1986). Lacan theorizes the signifier that by its presence also signifies an absence (Benvenuto and Kennedy, 1986). Hence, desire is conceptualized as an effect of the fundamental loss and splitting of signification (Rose, 1982): 'it is as a derivation of the signifying chain that the channel of desire flows' (Lacan, 1958b: 259). Desire, then, is intimately bound up with subjectivity, since both are effects of signification so that 'Insofar as a cultural phenomenon succeeds in interpellating subjects—that is, in summoning them to assume a certain subjective (dis)position—it does so by evoking some form of desire or by promising satisfaction of some desire' (Bracher, 1993:19).

The psychoanalytic insights into desire, into the irrational and unconscious nature of identification and into the phallic nature of signification are therefore important in understanding the ways in which women (and men) are interpellated (Althusser, 1977) or taken up by and positioned in discourses, and in understanding our 'investments' in particular subject positions (Hollway, 1992). Sayers (1994), for example, has illustrated how those unconscious defences, theorized by psychoanalysis, are imbricated in maintaining our 'phallic illusions' in identity. And, as Walkerdine (1990) argues, 'woman is fiction, lived as fact, and imbued with fantasy'.

In this discussion of post-structuralist and psychoanalytic theory I have sought to demonstrate how the theoretical perspective outlined above will enable us to theorize and research 'anorexia nervosa' as a multiply produced object of discourse and as a category that is particularly relevant to women, to the (discursive) constitution and regulation of femininities, subjectivities and the *female* body. Importantly, therefore, whilst drawing on Lacanian as well as post-structuralist theory, my analyses of 'anorexia' 'shall remain, or try to remain, at the level of discourse itself' (Foucault, 1972:48). It is the texts about 'anorexia'

rather than any putative reality ‘behind’ these texts that will be the object of my analysis. In [Part II](#) of this book I shall explore the genealogy of ‘anorexia’—its historical emergence as an object of medical discourse—and the subsequent development and proliferation of this discursive object as increasing numbers of different clinical and academic discourses appropriate and re-produce it as their own—in terms of physiological dysfunction, genetic propensity, cognitive biases or psychodynamic or familial dysfunction, or within socio-cultural feminist discourse as an effect of cultural ideals of female thinness and women’s oppression in patriarchal capitalist society. In [Part III](#) of the book I shall be turning to the discourses deployed by women diagnosed or self-diagnosed as anorexic to explore how a variety of culturally sanctioned discourses converge on the body—in this case, the female body, the (very) thin body, the ‘anorexic’ body—to constitute and regulate the body, subjectivity and femininity in multiple, often contradictory ways.

## DISCOURSE, FEMINISM, RESEARCH AND THE PRODUCTION OF TRUTH

In [Chapter 1](#) I discussed psychoanalytic and post-structuralist theories and explored how these theories undermine our commonsense and mainstream psychological notions of gender, identity and embodiment. In providing a radically anti-essentialist account of subjectivity, gender and embodiment, I argued that a feminist post-structuralist perspective, informed by Lacanian theory, provides a useful and inspirational theoretical space within which to question critically the status of our current knowledges of ‘anorexia’ and in which we can re-examine the problem of ‘anorexia’ in its socio-historically specific and genderspecific discursive contexts. A feminist post-structuralist perspective, I have argued, enables us to transgress the individual-society dichotomy and to engage more thoroughly with a concept of ‘anorexia’ as a socio-culturally constituted phenomenon, manifested in individual women. It enables us to locate women’s and girls’ experiences and distress around food and eating and around gender, subjectivity and embodiment within those discourses that constitute and regulate our lives in late twentieth-century Western society. It also enables us to explore the gendered dimensions of these discourses, allowing us to engage with the socio-political dimensions of our own and/or others’ subjectivities. By unravelling some of those discourses that converge upon the female body and on the ‘anorexic’ body we can explore how the ‘micro-physics of power’ that functions in discourse operates upon the anorexic body.

This feminist post-structuralist perspective has radical implications not only for how we conceptualize the social world but also for how we can investigate that world and the status we give to our resulting knowledges of that world. Feminist post-structuralism has radical implications for the way we view mainstream psychological approaches to research and how we can then conduct our own research. For, as I argued in [Chapter 1](#), objects of social reality

are not ‘things’ set apart from and independent of discourse but are realised only in and through the discursive elements which surround the objects in question. Things then are made visible and palpable through the existence of discursive practices.

(Prior, 1989:3)

And ‘it is in discourse that power and knowledge are joined together’ (Foucault, 1979:100). What, then, of psychological theory and research? How, from a post-structuralist perspective, should we view the discourses of psychology and the processes in which we engage to produce ‘scientific’ knowledges about social reality, about individuals and about gender and pathology? In this chapter I shall discuss some of the methodological implications of feminist post-structuralism for psychological research. I shall begin with a brief review of the critiques of ‘mainstream’ positivist methodologies made by feminist and ‘new paradigm’ psychologists. I will then discuss how post-structuralist theory has further undermined the epistemological and methodological assumptions that underlie positivist research.

These critiques have also been accompanied by the development of new, often qualitative approaches to social and psychological enquiry (Henwood and Pidgeon, 1992). Amongst these approaches are the discourse analytic methodologies promoted in psychology by, for example, Potter and Wetherell (1987), Burman and Parker (1993), Hollway (1989) and Walkerdine (1986, 1988). It will be argued that discourse analysis is, or can be, epistemologically compatible with the theoretical perspective developed in [Chapter 1](#). And it is this methodology that has been applied to the problem of ‘anorexia’ in [Parts II and III](#) of this book.

### CRITIQUES OF POSITIVISM

Since at least the 1930s the hypothetico-deductive or positivist methodology has been presented as the dominant paradigm in psychology (Kitzinger, 1987). This approach might be characterized by its idealization of experimental control and manipulation of variables and by its concern with the minutiae of research procedures, with quantification, measurement and statistical analysis.<sup>1</sup> The philosophy of science underpinning this approach is that of logical positivism, formulated by the Vienna Circle in the early 1920s. It assumes an objective knowable reality and is based on the empiricist epistemology that ‘true’ knowledge must be grounded in experience and observation (Harre and Secord, 1972). The ‘objective truth’ of research findings are seen here to be guaranteed by the researcher’s rigorous adherence to particular research procedures. Objective knowledge, it is argued, is attainable only by scientific experimentation and observation which could verify (or falsify) the truth of logical prepositions (Bechtel, 1988): ‘By reducing complex concepts to simple logical functions of simple concepts, related to unambiguous experimental operations, science, it was thought, could be built upon a solid foundation of indisputable facts’ (Harre and Secord, 1972:33).

The critiques of logical positivism by, for example, Popper, Kuhn, and Quine, and the works of Lakatos, Laudan, Feyerabend and others, have also led to the emergence of post-positivist philosophies of science (Bechtel, 1988; Outhwaite, 1987). Broadly speaking, however, the positivist view of scientific research as



progressively accumulating objective, universally applicable knowledge, determined by the actual nature of the world, persists (see Woolgar, 1988) and it remains the dominant paradigm within psychology. Nevertheless, it has received much criticism both within and outside of psychology (Henwood and Pidgeon, 1992; Parker, 1989).

Much of this criticism has come from 'new paradigm' psychologists such as Harre (1979) and Shotter (1975, 1984). Harre and Secord (1972:28), for example, argued that the positivist methodology does not automatically produce reliable, scientific knowledge; that behaviourism, the epitome of positivist psychology, has yielded only an illusion of objectivity and that the results of animal and laboratory experiments, so favoured by positivist psychologists, could not be generalized to humans in their social contexts. Positivist social psychology, they argued, was inadequate because it took no account of the meanings or contexts of human behaviour nor of human agency or experience. Consequently 'new paradigm' psychologists adopted ideas and methodologies, such as ethnomethodology (Garfinkel, 1967), role-play analysis, interviewing and speech act theory (Austin, 1962) from other disciplines in an attempt to produce a more person-centred and context-oriented psychology (Harre and Secord, 1972; see also Parker, 1990a).

Feminism has also provided a number of valuable critiques of the positivist quest for scientific objectivity. There are, however, 'virtually as many different theories and arguments in the feminist debate as there are feminists' (Ussher, 1991:187). Given the myriad feminist perspectives it would be naive to talk of 'the feminist position' (Ussher, 1991) or *the* feminist critique of positivism. Rather, there is a diversity of different feminist critiques and feminist agendas for research.

Many feminists have argued that, whilst science claims to be objective, valuefree and apolitical, it is in fact masculine and androcentric.<sup>2</sup> First, the positivist 'scientific' epistemology is based on a liberal ideology which posits 'rational *man*' producing objective knowledge of the natural world through scientific endeavour (Fee, 1981). This ideology entails the often unstated assumption that the characteristics of 'rational man' are actually the characteristics of males (Fee, 1981). Thus, whether intentionally or unintentionally, science has systematically excluded the possibility that women could be the 'agents of knowledge' (Harding, 1987:3). Whereas 'man' is associated with culture, rationality, knowledge and science, 'woman', as the Other of man (see [Chapter 1](#)), is associated with nature, superstition and emotion (Jordanova, 1989). Associated with nature, 'woman' could only be the object, not the subject, of scientific knowledge (Fee, 1981; Jordanova, 1989; Bleier, 1984).

Second, feminists have shown how, within the social sciences, people are often assumed to be male (Harding, 1987). 'Mainstream' research has thus been termed by some feminists as 'the academic male-stream' (Siltanen and Stanworth, 1984) and as 'men's studies' (Spender, 1980). This androcentrism has not only excluded many aspects of women's lives from 'legitimate' research

(Harding, 1987); it has also resulted in a 'male-as-norm' principle (Griffin, 1986) which inevitably marginalizes and pathologizes women. Women are either rendered invisible or are construed as inferior deviations of men (see Jordanova, 1989). And the feminist critique of this 'male-as-norm' principle is not simply a demand for a more 'balanced' focus in research, since 'if you take women seriously, if you make women's experience the central feature of what you're doing, then you *can't* leave the rest undisturbed' (Stanley and Wise, 1983: 3).

It is not an adequate solution simply to add women into a scientific research programme that is already deeply embedded within patriarchal ideology (Griffin, 1986; Harding, 1987). For what status should we accord to the positivist concepts of 'objectivity' and 'Validity' premised as they are on a notion of science as an apolitical endeavour? And how should we interpret the 'objectivity' of research programmes that preclude engagement with the socio-political dimensions of our experiences?

Many feminists have also shown how science has been used in the interests of (white, bourgeois) men by, for example, constructing masculinity and femininity in particular ways and by naturalizing these notions. Hence, gender, the sexual division of labour and the sexual status quo have been constituted as putatively natural facts rather than as sociopolitical constructions and practices. That is, science has played a part in the construction and regulation of gender and oppressive gender relations (Walkerdine, 1986; Foucault, 1979; Ussher, 1991). An allegedly value-free science has produced supposedly objective evidence that women are naturally suited (only) to domesticity and mothering (Jordanova, 1989); that women are less intelligent than men (see Sayers, 1982; Bleier, 1984), less capable at mathematics (see Walkerdine, 1986, 1988) and more prone to sickness (see Ehrenreich and English, 1974) and mental instability (Ussher, 1991). For many years, feminists have challenged these scientific definitions of woman and have sought in a number of ways to produce different, more positive knowledges of women (Walkerdine and Lucey, 1989).

In short, feminists have challenged 'science' by elucidating the 'masculinity' of its alleged objectivity, by highlighting its androcentric foci and by demonstrating how science has often functioned in support of a patriarchal status quo. Using a variety of epistemologies (Ussher, 1991) and methodologies (Harding, 1987), feminist researchers have sought to falsify and undermine scientific knowledges of women's alleged inferiority; to reclaim women's experiences (Stanley and Wise, 1983) and women's voices (Gilligan, 1982) and to deconstruct scientific accounts of gender (Gavey, 1989; Bleier, 1984); to show that 'the line between scientific accounts and science-fictional narratives may be a lot finer than is usually thought' (Walkerdine and Lucey, 1989:31). Feminist researchers are increasingly rejecting 'traditional' positivist methodology for ethical, epistemological and emancipatory reasons (Henwood and Pidgeon, 1992). As feminist standpoint theorists argue (see Griffin and Phoenix, 1994), feminist research should not only be 'woman-centred' but should also aim to be

reflexive and to be critical of accepted epistemologies and methodologies. Feminist research should adopt epistemological and methodological perspectives that are appropriate both to its research questions and to its emancipatory aims.

## POST-STRUCTURALIST THEORY AND RESEARCH

Post-structuralist critiques of science have much in common with some aspects of the feminist critiques discussed above (Gavey, 1989). Indeed, some feminists explicitly locate feminism within post-structuralism or post-modernism (e.g. Flax, 1987) or argue that post-structuralism simply reiterates feminism (e.g. Burman, 1990). Like some feminist critiques, post-structuralist theory undermines science's claims to objectivity and asserts that power is inevitably imbricated in knowledge (see [Chapter 1](#)).

The post-structuralist critique of science proceeds from post-Saussurean linguistic theory, which problematizes the relationship between signifier and signified, between language and reality. Language is understood not as a transparent medium through which we can view the world. It does not simply describe reality more or less objectively. Rather, it is constructive of reality (Parker, 1990b). Discourses are social practices that 'systematically form the objects of which they speak' (Foucault, 1972:49). They actively construct certain realities in particular ways (Wetherell and White, 1992), and thereby constitute certain power relations and normalize certain forms of social regulation (Foucault, 1979; see also [Chapter 1](#)).

Post-structuralist theory, therefore, radically undermines the claims that scientific discourses objectively describe and explain a reality existing anterior to and independently of discourse. It recasts empirical 'facts' as theory-and language-dependent contentions (Lawson, 1985), and 'scientific methodology' not as a means of revealing reality but as a technique of constructing particular realities and truths (Tseelon, 1991). So from a post-structuralist perspective there is no simple correspondence between ontology and epistemology (Parker, 1990b), between extra-discursive reality and our knowledges of the world. Hence, the notion that 'propositions of scientific theory are true or false by virtue of the way the world is, cannot fruitfully be used to characterise a defensible realism' (Harre, 1992:153). This is not to argue, *à la* Derrida (1976:158), that 'there is nothing outside of the text', that there is no material reality outside of discourse. Rather, post-structuralist theory demonstrates the implausibility of 'brute empiricist' claims that the extra-discursive physical reality of things can be directly known (Parker, 1990a). That is, post-structuralist theory disputes the 'philosophical concept of Truth which can provide the ultimate seal for a particular account' (Outhwaite, 1987). It denies the possibility of objectively knowing a reality outside of discourse. It does not, however, necessitate denying the existence of an extra-discursive reality, existing 'independently of the perceptions, actions or whatever of human subjects' (Woodiwiss, 1990:25). As

Bhaskar (1978:250) argues, there are things which ‘exist and act independently of our descriptions, but we can only know them under particular descriptions’:

the relations between the ‘real material’ object and the practices of its production are complex: there is never a moment of ‘reality’ which is comprehensible or possible outside a framework of discursive practices which render it possible and transformable.

(Walkerdine, 1984:163)

In exploring the problem of ‘anorexia’ I shall be taking up this ‘critical realist’ post-structuralist stance, assuming the existence of a material, extra-discursive reality whilst maintaining that our knowledges of ‘the real’ are always sociohistorically contingent rather than objective or absolute; and that knowledge is always ideological, not because it is biased or distorted but because it can only ever offer a partial view (Hall, 1982).

Post-structuralist theory thus coincides with feminism in disputing science’s claims to objectivity and in asserting that power is imbricated in knowledge. It demonstrates again that ‘scientific’ attempts to eliminate the subjective, to guard against bias and other sources of ‘error’ do not guarantee a value-free objectivity (Tseelon, 1991). Indeed, the very possibility of *absolute* truth is rejected as fantasy (Walkerdine and Lucey, 1989). And, in rejecting the possibility of absolute universal truth, post-structuralist theory allows for a plurality of ‘truths’, including feminist truths (Gavey, 1989:462).

However, post-structuralism also problematizes certain feminist perspectives such as the ‘privileged standpoint’ (see Flax, 1987) and essentialist feminism (see Sawicki, 1991). In particular, it problematizes a feminist (or non-feminist) notion of an authentic feminine or female experience, identity or desire, repressed by patriarchy (Sawicki, 1991). The feminist research focus on women’s experience (see Harding, 1987; Stanley and Wise, 1983) and the call for women-centred research (see Nicolson, 1986) has clearly addressed many of the problems of ‘male-oriented’ positivist research discussed above. But post-structuralist theory necessitates a re-evaluation of the ways in which ‘women’ and ‘women’s experience [s]’ are conceptualized: first, because it problematizes or deconstructs the category of ‘woman’ and, second, because it posits a decentred subject whose experience is discursively constituted outside of itself. Post-structuralist theory indicates that there can be no quasi-natural feminine/female experience outside of patriarchy or essentially different from male experience. Rather, women’s (or men’s) subjectivities, experiences and desires are ‘always already’ constituted in and regulated by discourses and discursive practices (Walkerdine, 1986; see [Chapter 1](#)). Feminist post-structuralist research is therefore concerned not with an exploration or reclamation of an authentic female experience but with analysing the ways in which women’s subjectivities, experiences and desires are discursively constituted and regulated and with

elucidating the socio-historical specificities of gender power/knowledges (see Gavey, 1989).

### DISCOURSE ANALYSIS AND POST-STRUCTURALISM

These various critiques of positivism have been accompanied by the development of new, often qualitative approaches to research (Henwood and Pidgeon, 1992). And amongst these methodologies are the discourse analytic approaches promoted in psychology by, for example, Potter and Wetherell (1987), Burman and Parker (1993), Hollway (1989) and Walkerdine (1986).

There are a number of different trends covered by the term 'discourse analysis' (Potter *et al.*, 1990) and 'discourse' itself is often conceptualized in different ways (Walkerdine, 1986). Broadly speaking, however, the discourse analytic approach to research can be understood as part of a 'turn to language' within the social sciences (Parker, 1990a).

Social psychology has traditionally taken the view 'that language acts as a neutral, transparent medium between the social actor and the world' (Wetherell and Potter, 1988:168); that people's ordinary discourse *reflects* real and often stable phenomena and processes such as attitudes, personalities or cognitions that exist within the individual, independently of language. Researchers have, therefore, aimed to reveal (objectively) these phenomena as if they were transparently reflected in the language through which they are studied. Yet developments in linguistics, literary theory, philosophy and sociology have shown this view of language to be implausible (Wetherell and Potter, 1988). Discourse analytic psychologists have therefore drawn on ideas in ethnomethodology (Garfinkel, 1967), speech act theory (Austin, 1962), post-structuralism, linguistics, conversation analysis and literary criticism to develop alternative conceptualizations of language and discourse (Wetherell, 1986; Walkerdine, 1986). Within discourse analysis discourse is viewed as action-oriented and as constructive of reality (Potter and Wetherell, 1987, 1991); that is, discourse is understood as socio-historically located social practice (Parker, 1990a): 'People perform actions of different kinds through their talk and their writing' (Potter and Wetherell, 1991:3). They construct particular versions of reality using particular socially available discursive resources. Discourses construct particular truths, particular realities and subjectivities and thereby re-produce power relations. 'Particular regimes of truth, bodies of knowledge, make possible both *what can be said* and *what can be done*' (Walkerdine, 1984:154–155). They thereby constitute our subjectivities, interpellating the speaking (or listening) subject in particular ways (Hollway, 1992; Parker, 1990a). Discourse analytic research is concerned therefore not with revealing any objectively knowable reality outside of discourse but with analysing discourses themselves as they are manifest in texts and talk.

There are, however, a number of different approaches encompassed within 'discourse analysis'. Indeed, 'it is very difficult to speak of "discourse" or even "discourse analysis" as a single unitary entity, since this would blur together approaches subscribing to specific and different philosophical frameworks' (Burman and Parker, 1993:3). These various approaches have been differentiated in a number of different ways and have been discussed in detail elsewhere.<sup>3</sup> Potter and Wetherell (1991), for example, identify at least four different types of work commonly described as discourse analysis.

The first of these has been strongly influenced by speech act theory and is primarily concerned with analysis of conversational exchange in particular institutional settings. Sinclair and Coulthard (1975), for example, analysed classroom discourse in terms of verbal 'acts', similar to grammatical clauses, which could be combined to form moves such as 'focusing' and 'framing' of classroom activity. A second form of 'discourse analysis' is characterized by the work of van Dijk, who conceives of discourse analysis as 'part of a more embracing cognitive and social theory about the rules and strategies that underlie the production and understanding of (media) discourse' (van Dijk, 1983:27). Here, 'discourse analysis' is concerned with the effects of 'discourse' on cognitive processes such as understanding and recall. His analysis of newspaper articles, for example, was used to develop a cognitive model of media production, comprehension and recall.

Beyond a concern with language, these forms of 'discourse analysis' share little with the approach that will be adopted here. They are not opposed to the conceptualization of language as a transparent medium through which we can access 'the real world'. Neither are they epistemologically compatible with post-structuralist theory. Such approaches to 'discourse analysis' might be viewed as methodological developments *within* empiricist psychology rather than as radical alternatives to that paradigm. Indeed, the latter approach quite explicitly conceptualizes the analysis of 'discourse' as a means of revealing underlying cognitive processes.

A third type of discourse analysis is that developed within the sociology of science. This body of research (e.g. Gilbert and Mulkay, 1984; Woolgar, 1988) is concerned with analysing scientists' talk and texts so as to elucidate the ways in which they produce their actions as rational and their findings as factual, whilst conversely others' 'scientific' activities are produced as flawed. This approach to discourse analysis is closer to a post-structuralist approach in that it eschews the notion of an objectively knowable Truth existing anterior to discourse and is, rather, concerned with an analysis of the ways in which discourses constitute their objects in particular ways. However, there are also important differences between this approach and the approach that I have adopted in this book.

A further approach that might be distinguished within 'discourse analysis' is primarily concerned with analysing rhetoric, with examining the ways in which particular discursive resources are deployed in talk and text to produce particular effects. Rhetorical analysis is not therefore concerned with questions of

'accuracy', of how an account relates to some putative reality (Potter and Wetherell, 1991). Rather, its aim is to elucidate how an account is constructed to compete successfully with other versions of 'reality' (Billig, 1991). Potter *et al.* (1991), for example, have examined the quantification rhetoric used in a recent TV documentary on cancer and by British cancer charities. They showed how particular forms of calculation (for example, of incidence rates, frequencies of different types of cancer and success rates of treatments) and particular presentation practices were successfully deployed by different groups to produce conflicting accounts of the degree of success (or otherwise) of medical research in treating cancers. Similarly, Widdicombe (1993) has examined 'the rhetorical processes of negotiation and argument' involved in talking about changes in identity. By analysing interviews with 'punks' and 'goths' she identifies some of the ways in which speakers orientate to, and negotiate, the problem of appearing to be authentic members of a subculture rather than as simply copying others.

In short, this approach to discourse analysis is concerned with explicating the discursive resources deployed in constructing particular accounts of reality, in, for example, warranting particular accounts as factual whilst undermining alternative versions. As such, these studies emphasize the constructive nature of discourse; the way in which discourses and discursive resources do not simply reflect some reality that exists anterior to discourse but rather constitute their objects or events in particular ways. And by focusing on the argumentative aspects of talk and text they also begin to elucidate the ways in which power is imbricated in discourse. This approach thus shares some of the theoretical and methodological concerns of post-structuralism. It opposes itself to the empiricist project of objectively revealing a (putative) reality existing anterior to discourse and is concerned rather with an explication of the ways in which discourses and discursive resources constitute their objects within particular socio-cultural contexts (Potter and Wetherell, 1987). However, there are also significant differences between this approach and a post-structuralist approach to discourse analysis.

This post-structuralist approach is characterized by the works of, for example, Henriques *et al.* (1984), Hollway (1989), Walkerdine (1986, 1988) and Wetherell (1996). It is concerned with elucidating the ways in which discourses constitute and regulate particular (discursive) practices, experiences and subjectivities; the ways in which discourses constitute particular knowledges or Truths and thereby regulate our lives. Unlike those approaches described above, this form of discourse analysis draws on continental social philosophy and cultural analysis, most notably on the post-structuralist theory of Foucault. It can be distinguished from those other approaches by its more explicitly theorized concern with epistemology and with the development of a post-structuralist theoretical framework for research (see Parker, 1990a, 1990b). Valerie Walkerdine (1986), for example, has examined 'everyday social practices' in the family and the school to show how particular discourses have defined 'childhood', 'good' teaching and 'good' mothering, and how these definitions constitute 'part

of a variety of “regimes of truth” which have positive and powerful effects in regulating the modern order’. Her study was

concerned with understanding how assumptions about ‘good mothers’, ‘sensitive teachers’ and the ‘nature of the child’ operate and have effects in those domestic and pedagogic practices which make up the daily lives of many women and children. [It was] concerned primarily with the relationship between conceptions of truth, power and the construction of the subject...[with exploring] the way in which post-structuralism may help us to understand the positioning of girls and women in these practices.

(Walkerdine, 1986:57)

In short, this approach is distinguished by its explicit concern with post-structuralism; with the ways in which discourses constitute and regulate knowledges, objects, practices, subjectivities and experiences; and with elucidating the socio-historical specificities of these power/knowledges. The differentiation of these different forms of discourse analysis is, I think, useful in locating ‘discourse analytic’ studies within their particular methodological and theoretical frameworks. This categorization is, however, provisional in that many studies draw on more than one of these approaches. For instance, Widdicombe’s study of the rhetorical resources used in autobiographical accounts of ‘becoming a goth’ exhibits a concern with the discursive production of the subject that is more often associated with a post-structuralist than with a rhetoric-oriented approach. The distinction between the different forms of discourse analysis described above is therefore often blurred with studies drawing on more than one approach. Indeed, I would argue that the methodology adopted by, for example, Potter and Wetherell (1987), Gilbert and Mulkey (1984) and rhetoric-oriented ‘discourse psychologists’ is not incompatible with the theoretical framework of post-structuralism. Both approaches are premised on a conception of discourses as ‘action-oriented’ and as constitutive of reality. Both share ‘a concern with the ways language produces and constrains meaning, where meaning does not reside within individuals’ heads, and where social conditions give rise to the forms of talk available’ (Burman and Parker, 1993:3). Yet, as I have argued, there are also important differences between these approaches. First, the post-structuralist approach might be characterized by its tendency to be concerned with ‘global’ analysis, with *broadly* explicating discourses and discursive resources and analysing the ways in which they constitute and regulate their objects. In contrast, the rhetoric-oriented approach may be characterized as ‘fine-grained’, in that it focuses on the more *detailed* discursive procedures (such as rhetorical devices) that are deployed in the production of particular accounts (Wetherell and White, 1992).

Second, and more important, these approaches differ in terms of their theoretical framework. Whilst the methodology deployed in ‘fine-grained’ analyses is not incompatible with post-structuralism, neither is it explicitly post-



structuralist. It is not, for example, committed to the use of a Foucauldian conceptualization of 'discourse'. As the debate between Parker (1990a, 1990b) and Potter *et al.* (1990) illustrates, the use of the term 'interpretive repertoires' rather than 'discourse' indicates subtle but important distinctions between the two approaches in terms of the way in which 'discourse' is conceptualized and in the way in which post-structuralist theory does or does not inform analysis.

### A FEMINIST POST-STRUCTURALIST APPROACH TO DISCOURSE ANALYSIS

The term 'discourse analysis', then, covers a wide range of approaches to research, some of which have little in common with the post-structuralist methodology adopted in this book. In analysing the discourses surrounding 'anorexia nervosa' I shall be concerned primarily with a 'global', rather than 'fine-grained', analysis of the discourses and discursive resources deployed in the production and regulation of 'anorexia', subjectivity and gender.

The approach that I have adopted and developed can therefore be broadly located within those approaches which eschew any notion of an objectively knowable reality existing anterior to discourse, and are concerned with an analysis of the ways in which discourses and discursive resources are constructive, rather than reflective, of their objects. I shall be concerned with analysing the ways in which discourses as social practices construct particular truths, particular realities and subjectivities and thereby re-produce particular (gendered) power relations. In exploring the problem of 'anorexia' I shall, then, be drawing on Foucauldian theory, particularly on Foucault's theoretical discussions of discourse and knowledge (1972), power and regulation (1977b, 1980) and genealogy (1977a). But I shall also be drawing on Lacanian theory of subjectivity and gender and its feminist appropriations (see [Chapter 1](#)), in its focus on the ways in which *women's* bodies, subjectivities, desires and experiences are discursively constituted and regulated within a *patriarchal* discursive context.

This form of discourse analytic research is concerned, therefore, not with revealing any objectively knowable reality about 'anorexia' outside of discourse, but with analysing discourses themselves as they are manifest in texts, talk, practices and institutions (see Henriques *et al.*, 1984). It is concerned with elucidating the inseparability of discourses from their conditions of emergence and from the institutions and practices of which they are a part (see Walkerdine, 1984). It seeks to demonstrate how objects, practices, subjectivities and desires are constituted in and regulated by discourses and discursive practices and how the discursive production of truths can be understood in terms of a 'micro-physics of power' (Foucault, 1977b:139) that operates upon the female body and upon the 'anorexic' body.

This is, I think, an approach which enables a critical questioning of the 'mainstream' conceptions of 'anorexia nervosa' and which facilitates a mode of

enquiry that more fully locates 'anorexia' within its socio-cultural discursive contexts. It enables an exploration of the discourses in which anorexia, femininity, subjectivity and the body are discursively constituted and regulated. It enables an exploration of the ways in which the micro-physics of power that functions in discourse operates upon the female and the anorexic body.

## Part II

### INSTITUTING THE THIN WOMAN

The discursive productions of ‘anorexia  
nervosa’

### 3

## A GENEALOGY OF 'ANOREXIA NERVOSA'

while the name of the symbolic female disorder may change from one historical period to the next, the gender asymmetry of the representational tradition remains constant.

(Showalter, 1985:4)

In late twentieth-century Europe the concept of 'anorexia nervosa' has taken up a prominent place in the pathologization of certain aspects of women's experiences. 'Anorexia nervosa' has become the name of, and an 'explanation' for, the extreme distress that some girls and women experience in relation to food and body weight and for the seriously self-destructive behaviours that accompany this distress. And if we are to understand better how 'anorexia' has come to function as an explanation for women's 'disordered' eating and not eating; if we are to understand better its high cultural, clinical and academic profile; and if we are to understand better the relationships between 'anorexia nervosa', 'woman' and women, then it is necessary to take a genealogical perspective and 'trace the descent' of anorexia. One must explore how 'anorexia' has emerged and developed as an object of medical and psychological discourses and examine the part that discursive constructions of femininity have played in this historical process. For, as feminist authors have repeatedly demonstrated, an affinity between deviance, 'insanity', sickness and the category of 'woman' has existed in a variety of different socio-historical contexts.<sup>1</sup> How might 'anorexia nervosa' fit into this history of female and feminized pathology?

This relationship between 'woman' and 'pathology' has been apparent both in the gender-bias of various clinical diagnoses and in cultural representations of insanity and sickness as feminine. For example, more women than men have been diagnosed and treated for 'mental illness' in the twentieth century (Ussher, 1991; Chesler, 1972) and in the eighteenth and nineteenth centuries (Showalter, 1985; Ehrenreich and English, 1974).<sup>2</sup> And, as the Other of 'rational man',

'woman' has often been 'fictioned' as sick, intellectually impaired and as irrational and mad (Ussher, 1991). For, as the Other of rational 'man' (see

Chapter 1) ‘women and madness share the same territory’, positioned in relation to a fundamentally male norm (Martin, 1987:42).

This equation of femininity with sickness and insanity was certainly apparent in the nineteenth century, during the period in which ‘anorexia nervosa’ first emerged as an object of medical discourse. And, whilst medical and cultural discourses about gender have certainly changed significantly since the nineteenth century, femininity is still associated with sickness and insanity. In their classic study of clinicians’ concepts of mental health, Broverman *et al.* (1970), for example, found that clinicians’ concepts of a healthy adult corresponded with their concepts of a healthy man, but not of a healthy woman. Women, they found, were much less likely than men to be attributed with ‘healthy adult’ characteristics. This disjuncture between ‘woman’ and (mental) health is amply illustrated by a recent journal article in which the symptom list of a screening test for ‘somatization disorder’ was organized in such a way that the following mnemonic could be used: ‘somatization disorder besets ladies and vexes physicians’ (Othmer and DeSouza, 1985:1148). It seems that medical misogyny did not die with the Victorians: the category of ‘woman’ continues to be constituted as a category of otherness, of deviance and pathology.

Woman’s association with pathology has been interpreted as the result of patriarchy, either because patriarchal oppression makes us sick and/or because patriarchal society seeks to portray us as ‘naturally’ inferior (see Ussher, 1991). Either way, the discourses and discursive practices surrounding ‘anorexia nervosa’ can be seen as part of a plethora of patriarchal discursive strategies by which ‘woman’ has historically been constituted as other, as deviant, pathological and inferior. Hence, if we are to better understand this contemporarily prominent category of ‘female pathology’, then it is important to take a genealogical perspective, examining the socio-historical discursive contexts within which (European) women’s self-starvation has been constituted and regulated. Thus, after briefly discussing pre-medical and early medical accounts of women’s self-starvation, I shall consider those aspects of eighteenth- and nineteenth-century medicine which, I shall argue, converged to produce ‘anorexia nervosa’ as an object of medical discourse.

In this chapter I shall not, therefore, be concerned with assessing the ‘accuracy’ of historical accounts of self-starvation or with retrospectively establishing diagnoses. Nor shall I attempt to ‘restore an unbroken continuity’ (Foucault, 1977a:146) between past and present, between those women diagnosed as anorexic in the twentieth century and historical accounts of medieval, Georgian or Victorian women who starved themselves. Nor shall I be demonstrating that ‘anorexia nervosa’ has always existed (independently of its socio-historical discursive contexts), since ‘Genealogy...rejects the metahistorical deployment of ideal significations and indefinite teleologies. It opposes itself to the search for “origins”’ (Foucault, 1977a:140).

This chapter is not, therefore, about ‘the discovery’ of ‘anorexia nervosa’ since, as Foucault argues,

the object does not await in limbo the order that will free it and enable it to become embodied in a visible and prolix objectivity; it does not pre-exist itself, held back by some obstacle at the first edge of light. It exists under the positive conditions of a complex group of relations.

(Foucault, 1972:45)

The object 'anorexia nervosa' did not exist independently of medical discourse, 'waiting' to be revealed by scientific progress. Rather, 'anorexia nervosa' was constituted through the medical discourses and discursive practices that defined and treated it:

In these fields of initial differentiation, in the distances, the discontinuities, and the thresholds that appear within it, psychiatric discourse finds a way of limiting its domain, of defining what it is talking about, of giving it the status of object—and therefore making it manifest, nameable, and describable.

(Foucault, 1972:41)

We cannot, therefore, look to the female 'anorexic' body for the meanings or origins of anorexia. Rather, we must look to the discourses and discursive practices in which it emerged and is constituted. Because the body is not, for all its corpo-reality, a natural, transhistorical object (Riley, 1988). It is always-already constituted in and regulated by socio-historically specific discourses. As Foucault (1977a:147) argues, history or 'descent' 'attaches itself to the body'. Discourses and discursive practices are 'inscribed' in the body and the aim of this genealogy is therefore to 'expose a body totally imprinted by history and the process of history's destruction of the body' (Foucault, 1977a:148).

In producing this genealogy my aim is to demonstrate the discursive nature of 'anorexia nervosa'; to analyse those discourses and discursive practices that, first, made possible and, second, constituted anorexia as a category of medical discourse. The late nineteenth-century medical discourse in which 'anorexia nervosa' emerged did not, I shall argue, simply describe a 'reality' that existed independently beyond it. Rather, medical discourse in dialogue with the wider culture was 'inscribed' on the (female) body that could be diagnosed as anorexic. The body is historically mutable; it is 'always already' inside culture (Riley, 1988). The diagnosed body cannot be easily distinguished from the discourses that speak of it.

The emergence of 'anorexia nervosa' was, then, a discursive event made possible by the gaps *in* and the relationships *between* discourses (see Foucault, 1977a). As we shall see, anorexia emerged at the interface of medical and cultural discourses on hypochondria, hysteria and femininity. It was constituted as a feminine nervous disorder at a time when 'the nervous woman' was a significant cultural figure (see Ehrenreich and English, 1974), and when explanations of female nervous debility were shifting (see Rousseau, 1991).

Anorexia thus figured as a political forum, as much as a medical one, in which to debate and therefore constitute and reconstitute feminine nervousness.

### PRE-MEDICAL CASES OF FEMALE SELF-STARVATION

There have been numerous documented cases of religiously inspired female self-starvation in medieval Europe, the most famous being that of Catherine of Siena (1347–1380).<sup>3</sup> Other such cases include ‘Joan the Meatless’ and ‘Christina the Astonishing’, ‘who gave up food because she had nothing else to give up for Christ’. The sainted Princess Margaret of Hungary similarly fasted until she died in 1271, aged 26 (Halmi, 1983:2), whilst Liduine of Schiedam (c. 1500) was said to have existed on nothing but ‘a little piece of apple the size of a holy wafer’ (Strober, 1986:231).

Several historians of anorexia have asserted that many such cases can be retrospectively diagnosed as anorexia. Halmi (1983:1), for example, argues that anorexia nervosa ‘did, in fact, exist as early as the 13th century’ and that Margaret of Hungary ‘had a typical anorectic premorbid personality’. Palazzoli (1974:3–4) similarly claims that it is ‘quite possible that cases of anorexia nervosa have been known since time immemorial’ and that ‘the disease was not uncommon in the Middle Ages’. Whilst others (e.g. Habermas, 1989; Tolstrup, 1990) are more cautious in their retrospective diagnoses it is clear that many historians of anorexia assume that it is legitimate to apply the twentieth-century concept of ‘anorexia nervosa’ more or less categorically to a variety of historical cases of women’s self-starvation. These histories thereby privilege modern medical and psychological knowledges of anorexia as objective, transhistorical truths. They assume ‘anorexia’ to be a transhistorical medical entity, existing independently of the discourses in which it is currently constituted and the cultural milieu in which it is now experienced. As Brumberg (1988:42) notes, ‘some medical writers and historians...would have us believe that Karen Carpenter and Catherine of Siena suffered from the same disease’.

Yet such retrospective diagnoses are highly problematic (Dinicola, 1990). Historical analyses of self-starvation demonstrate that medieval European meanings of food and fasting were very different from those that are available today (see Bynum, 1987). Famines were still present in Europe and ascetic practices, including fasting, were common religious practice. Fasting, a thirteenth-century commentator claimed, was ‘useful for expelling demons, excluding evil thoughts, remitting sins, mortifying vices, giving certain hope of future good and a foretaste of celestial joys’ (cited in Bynum, 1987:2–3).

Food, particularly the Eucharist, was located within a religious framework. God and Jesus were frequently represented as both feeders and food. The Eucharist symbolized union with God through eating, and many of the female fasters ate nothing but the host (Bynum, 1987). Within medieval Europe fasting

was understood not as an individual pathology but as an instrument of spirituality (Brumberg, 1986).

There are inevitably similarities between medieval descriptions of fasting women and twentieth-century descriptions of anorexia nervosa in terms of the physical effects of starvation (Brumberg, 1988). Beyond this, however, the differences are so great as to make an argument of equivalence between the two phenomena almost meaningless. The differences between medieval and contemporary culture indicate that fasting resulted in very different social consequences and had very different meanings from contemporary 'anorexia'. The subject positions, and hence the experiences, of religious female faster and twentieth-century 'anorexic' are very different. Thus, symptomatic continuities between self-starvation in medieval and twentieth-century Europe are not evidence of a continuity of personal experiences or of social meanings (Brumberg, 1986). Nor do they indicate some transhistorical 'natural' feminine propensity to eating disorders. Contemporary records construe Catherine of Siena's fast as an admirable and holy expression of piety. Her death was not presented as a regrettable or tragic culmination of a disease or disorder.

### **SELF-STARVATION IN EARLY MEDICAL DISCOURSE**

With the Protestant Reformation, traditional Catholic practices, including harsh asceticism and the worship of saints, were disavowed. Female fasters thus came under greater scrutiny and suspicion (Brumberg, 1988). However, cases of female fasting continued to be recorded into the nineteenth century. Examples include Martha Taylor (c. 1669) the 'Famed Young Derbyshire Damsel', Ann Moore (c. 1807) the 'Fasting Woman of Tutbury' and, most famously, Sarah Jacobs (c. 1873), the 'Welsh Fasting Girl', who died whilst her fast was being monitored (Morgan, 1977).

These records of 'miraculous maids' and 'fasting girls' represent an important transition in the history of women's self-starvation. Whilst they were often recorded within a religious framework they were also increasingly being appropriated into the domain of the emerging medical profession. During the sixteenth and seventeenth centuries 'anorexia mirabilis' became a subject of heated debate amongst doctors and civil authorities as well as clergy. Physicians and magistrates began to be considered as suitable investigators of claims of miraculous fasting (Brumberg, 1988). The term 'anorexia mirabilis', coined by François Boissier de Sauvages de la Croix in the late eighteenth century (Brumberg, 1988), itself indicates this transitional point from theological to medical explanations of fasting.

This transition from religious to medical formulations of self-starvation did not occur instantaneously. Yet the juncture nevertheless marks the beginning of a 'radical discontinuity' in discursive constructions of self-starvation as 'scientific' theories began to displace theological interpretations. With the ascendancy of the



medical profession, the 'flesh was brought down to the level of the organism' (Foucault, 1979:117) so that by the end of the eighteenth century a new *medical* technology had emerged which 'escaped ecclesiastical institutions without being truly independent of the thematics of sin' (Foucault, 1979:116). And as medical interpretations of self-starvation became detached from previous religious formulations, constructions of fasting as miraculous or divine were increasingly viewed as ideological. Hence the scepticism with which doctors often wrote of 'Fasting girls' (see Smith-Rosenberg and Rosenberg, 1973/1974). Hammond (1879, cited in Strober, 1986), for example, criticized the religiosity of many early descriptions of 'Fasting girls' as unscientific, claiming that they were probably cases of deception, fraud or organic disease.

This juncture in which self-starvation became a more medical than religious concern is also often taken as 'the beginning' of the history of anorexia. A number of late seventeenth-century accounts of 'wasting' through lack of appetite have been presented as early medical descriptions of anorexia nervosa. One such retrospectively diagnosed case (see Strober, 1986) is a description by the physician Fabricius in 1611 of a 13-year-old girl said to have lived without food or drink for three years:

She was of a sad and melancholy countenance; her body was sufficiently fleshy except only her belly which was compressed so as that it seemed to cleave to her back-bone... As for excrements she voided none; and did so abhor all kinds of food. That when one, who came to see her privately, put a little sugar in her mouth she immediately swooned away.

(cited by Strober, 1986:232)

Although many other contemporaneous cases of self-starvation were still interpreted religiously this account is recognizably medical. That Fabricius was a physician and that he documents the girl's physical condition also guarantees its medical status. This is clearly an example of early medical discourse. Yet, contrary to assertions that 'the clinical resemblance to true anorexia nervosa is self-evident' (Strober, 1986:232), it is not so clearly a description of anorexia nervosa as it is presented in late twentieth-century medical and psychological literature. Although the girl's belly was described as very 'compressed' her body, whatever its weight, was construed as otherwise 'sufficiently fleshy'. As with earlier religious accounts of fasting, and in contrast with modern descriptions of anorexia, there is an emphasis on apparently continued health despite self-starvation: 'what was most wonderful was, that this maid walked up and down, played with other girls, danced and did all other things that were done by girls of her age' (cited by Strober, 1986:232).

Similarly, 'to swoon away' when 'a little sugar' is put in the mouth is not characteristic of current descriptions of anorexia and there is no mention in the text of the now central characteristics of fear of fatness or body-image distortion.

Other seventeenth-and eighteenth-century reports that have also been presented as early medical descriptions of anorexia nervosa include Hobbes' *Medical lectures and clinical aphorisms* (1668), Reynolds' (1669) *A discourse on prodigious abstinence* (see Bliss 1982) and Whytt's (1767) discussion of 'nervous atrophy' (see Dowse, 1881). Most commonly, however, it is Richard Morton's *Phthisiologica: or, a treatise of consumption* (1689/1694) that is credited as the earliest report of anorexia in the medical literature (Bruch, 1974). Many historians of anorexia (e.g. Tolstrup, 1990; Waltos, 1986) describe this as the first detailed, comprehensive and easily recognizable description of anorexia nervosa. In *Phthisiologica*, Morton described the cases of several women and one man who were 'wasted' with 'nervous atrophy or consumption'. Mr Dukes' Daughter, he wrote,

fell into a total suppression of her Monthly Courses from a multitude of Cares and Passions of her Mind... From which time her Appetite began to abate, and her Digestion to be bad; her flesh also began to be flaccid and loose, and her looks pale... I do not remember that I did ever in all my practice see one, that was conversant with the Living so much wasted with the greatest degree of a Consumption (like a Skeleton only clad with skin) yet there was no Fever, but on the contrary a coldness of the whole Body; no cough, or difficulty with breathing, not an appearance of any other distemper of the lungs, or any other entrails.

(cited in Bliss and Branch, 1960:10–11; Waltos, 1986:1–2)

Morton categorizes this 'nervous atrophy' as a form of 'consumption' or 'phthisis', that is, as a 'wasting' disease, characterized by a lack of appetite, amenorrhea, extreme emaciation and an absence of fever, cough or other 'distemper'. However, it does not follow from this, as some historians of anorexia have argued, that Morton had identified a disease in the modern medical sense or that the 'distemper' he describes is 'anorexia nervosa'.

A Nervous Atrophy or Consumption is a wasting of Body without any remarkable Fever, Cough, or Shortness of Breath; but it is attended with a want of Appetite, and a bad digestion, upon which there follows a Languishing Weakness of Nature, and a falling away of the Flesh every day more and more... The Causes which dispose the Patient to this Disease, I have for the most part observed to be violent Passions of the Mind, the intemperate drinking of Spirituous Liquors, and an unwholesome Air, by which it is no wonder if the Tone of the Nerves, and the Temper of the Spirits are destroy'd.

(cited by Bliss and Branch, 1960:9–10)

Georgian conceptualizations of disease were clearly rather different from modern medical and psychological theories. As L.P. Hartley (1953:1) noted, ‘The past is a foreign country; they do things differently there.’

Pre-modern medicine lacked a systematic nosological system and theory of disease. Diagnosis depended on patients’ accounts of illness, thus creating an ongoing dialogue between lay folklore and the ‘scientific’ theories of the emerging medical profession (Porter and Porter, 1988). A multiplicity of explanatory models existed. Among these, the theory of ‘humours’, a preoccupation with ‘nerves’ and ‘nervousness’, the effects of the imagination on the body, the dangers of the environment, and an holistic concern with ‘constitution’ predominated (Rousseau, 1991). Traditional humoral theory, for example, posited that temperament, physique and health were ‘all determined by the same fluctuating equilibrium of internal fluids, spirits, appetites and “souls”’ (Porter and Porter, 1988:201). Diseases were not understood as ‘generic fixed entities’ but were frequently explained in terms of temporary concentrations of humours. Hence one disease could mutate into another (Porter and Porter, 1988). Any illness could be caused by humours, by the imagination or by nervousness (Stainbrook, 1965). Sickness was often seen as the sign of a ‘vitiating constitution’. It was deepseated and, however trivial, could involve the whole body and the whole person (Porter and Porter, 1988).

Morton’s medical discourse thus differs significantly from modern medical discourse. In the eighteenth century ‘consumption’ or ‘phthisis’ denoted a state rather than a thing (Porter and Porter, 1988). For Morton it was the state of ‘wasting’ that constituted the disease. His distinction between ‘nervous’ and other consumptions is not equivalent, therefore, to a modern differentiation of TB from ‘anorexia nervosa’. Moreover, consumption indicated a ‘broken constitution’ (Porter and Porter, 1988). Nerves or imagination could play a part in ‘organic’ as well as ‘nervous’ consumption (Stainbrook, 1965). Morton attributes the cause of ‘nervous atrophy’ to ‘Violent Passions of the Mind’ (as well as alcohol and ‘unwholesome Air’) which destroy ‘the Tone of the Nerves’, ‘the Temper’ and ‘the Spirits’. He thus produces a typically Georgian holistic explanation of disease to which the modern distinction between psychological and somatic causation are not applicable. Even until the end of the nineteenth century, ‘nervous disorders’ referred as much to physically diseased or inflamed nerve fibres as to psychopathology (Rousseau, 1991). Dowse (1881:96), for example, wrote of ‘inflamed, irritated, or softened...pneumogastric nerves’ causing a lack of hunger. To describe Morton’s account as heralding contemporary psychosomatic thought is, therefore, anachronistic, since the discourses within which Georgian physicians construed the relationship between mind and body differed significantly from those that prevail today. For them ‘self and soma [were] at least synergistically united, if not the same. Their mutual interplay, through experience, result[ed] in their mutual transformation’ (Porter and Porter, 1988:201).

In short, the early medical texts of Fabricius (1611/1646), Morton (1689/1694), Whytt (1767), Naudeau (1789) or Willan (1790), so often presented as more or less definite descriptions of anorexia nervosa, are more appropriately understood as early medical explanations of fasting (see Dinicola, 1990; Brumberg, 1988). Attempts at retrospective diagnosis inevitably deny the differing cultural significances of self-starvation as well as the considerable differences and discontinuities in medical 'knowledge'. They also gloss over the substantive differences in descriptions. Attributing differences in presented symptomatology to faulty observation and lack of medical expertise of earlier physicians problematically privileges current medical and psychological knowledge as transhistorical truth, and presumes (rather than demonstrates) that 'anorexia nervosa' has always existed as a 'disease entity' independently of medical knowledge or cultural context.